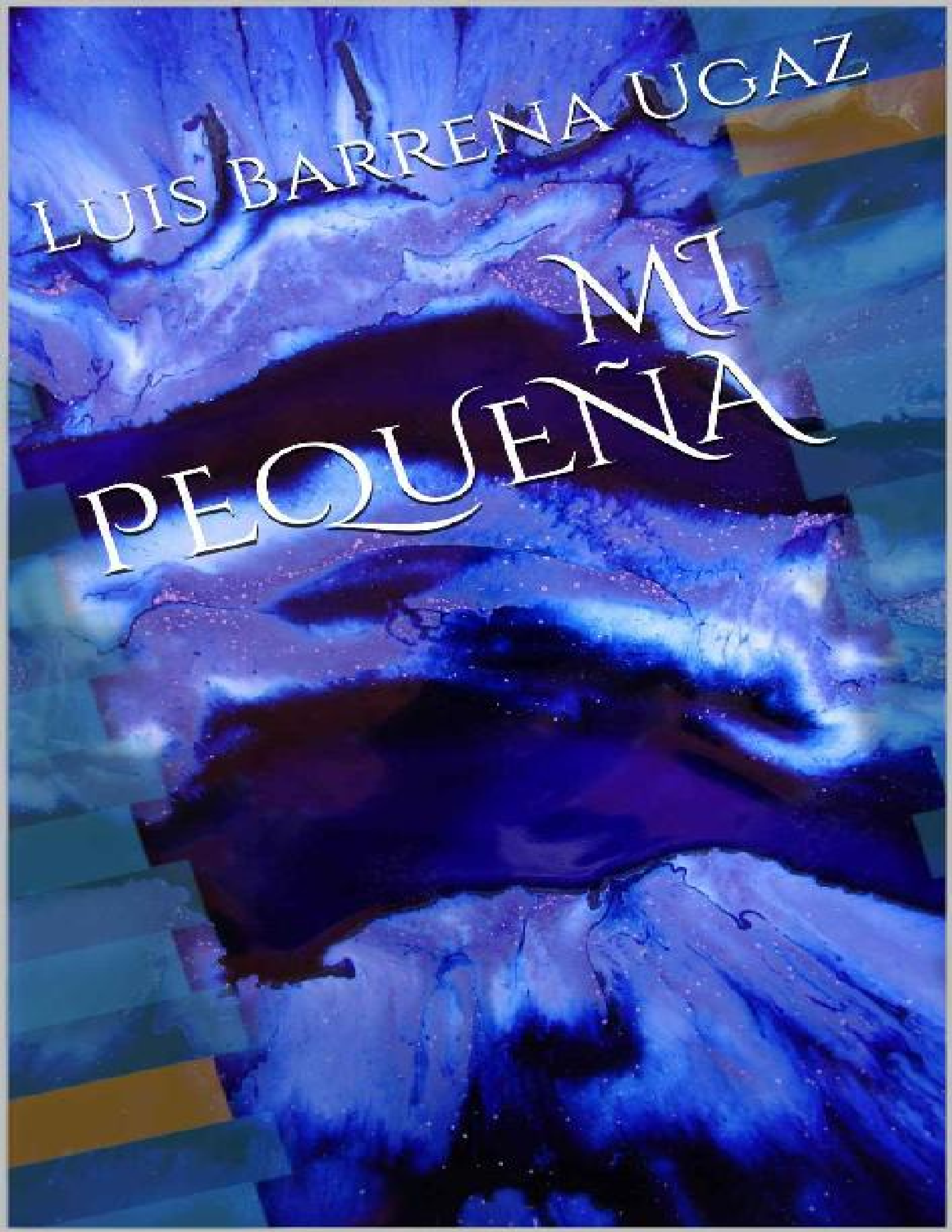
LUIS BARRENA UGAZ
MI
PEQUEÑA

I

Entre las interminables sombras que habitan mi mente, algunas toman forma, otras solo se oscurecen. Se oscurecen aun las pequeñas luces que veo en los amaneceres cuando apenas despierto y poco recuerdo. Algunas sombras se tornan de colores, vestidas y con aromas; otras hay que solo hablan, y no faltan otras que tan solo escuchan. Sin embargo, cuando un silencio punzante recorre mi cuerpo, hago descansar mis manos sobre una hoja de papel y empiezo a rememorar, añorar y soñar.

II

Mis dedos palpitaban al compás de su corazón en una pulsación desordenada, ocasionada por cada caricia y cada beso que recorría su cuerpo. Su respiración aceleraba jadeante por el placer total, y, rápidamente, se sonrojaba como un durazno autumnal. Nos comunicábamos tan solo a través del tacto y no por palabras; aunque, en un lapso de ternura, tomé su rostro y sonriendo le dije lo increíble que es enamorarse de los ojos, porque adoraba la forma como me miraba y de las marcas en su piel, aunque ella odiaba sus cicatrices, y, sobre todo, de los aromas y sabores, porque el de ella era fresco y delicioso.

– ¿Acaso estás enamorado de mí? –me dijo tranquilamente.

Sentí que debía mentir y quise decir ¡No!; pero previo un gran respiro respondí:

– ¡Sí!

Ella desvió la mirada, no respondió absolutamente nada, pero, ¿por qué? ¿Acaso no se ha enamorado de mí? Mis ojos se dilataron totalmente. Quedé sorprendido por su silencio y en la cabeza divagaban mil ideas que

solo agitaban mi corazón. Me calmé… Solo me calmé y respiré.

– ¿Tú sientes algo por mí? –le pregunté, totalmente atento a ella–. Esperaba que solo estuviera jugando, que fuera una broma.

– No es eso, Jean. No me malinterpretes –respondió mientras acercaba sus labios a los míos y, en esas circunstancias, quedé totalmente incapacitado para reflexionar. Ahora solo quería sus besos antes que su respuesta.

Jugueteaba con su boca de cien formas diferentes y de ciento dos mientras era algo creativo. La tenía totalmente desnuda en la cama de mi habitación. Con el brazo derecho envolvía totalmente su cuello, y mi mano izquierda se deslizaba suavemente por su cuerpo intentando descubrir algo nuevo. Aún no había sido la mujer de nadie y ahora planeaba ser mía.

Ella, a quien nombré mi *Pequeña*, menor que yo, con una lista de risas infinitas. Era tierna, dulce y hermosa; tenía todas las cualidades que se pueden encontrar en las obras románticas y que solo se puede entender cuando uno se enamora profundamente. Quizás algún día la encuentres en la calle. Siempre podrás reconocerla. Ella baila y baila con el viento, esté donde esté.

III

“El amor, esa deliciosa enfermedad dada por Dios. Un parásito diminuto que se aloja en el alma, causando euforia y alegría. Una bacteria que invade tu organismo y crea la fiebre más intensa, con las alucinaciones más bellas. Ese virus, colapsado entre la vida y la muerte que te convierte en un zombi, hambriento por dolor”.

Una tarde habitual, la luz naranja invadía la habitación pintando las

paredes de tonalidades vívidas. El aire entraba cálidamente por las ranuras de la mampara de vidrio que daba directamente hacia un abismo de una caída de cinco pisos. Las cortinas se tambaleaban lentamente por el viento, mientras miraba fijamente el espectro de colores que se formaban en la mesa de centro de vidrio. Siete colores existentes, de los que solo podía distinguir cinco nítidamente. El reloj estaba a punto de dar seis campanadas y ya me hallaba listo para encontrarme con Daniel.

Bajé lento, mirando aún el color de naranja del cielo, con el sol gigante que se escondía detrás de los edificios. Me sentía en un mundo maravillado como el actor solitario de una película que esperaba nadie me viera protagonizar. El viento me resoplaba el rostro y sentía la magnitud de la belleza del mundo cuando se experimenta la claridad en calma. El tiempo se detuvo cuando vi dos colibríes que volaban a mi alrededor; aleteaban tan rápido que podían formar un círculo perfecto en el espacio. Se movían con tanta perfección que daban la impresión de que todo el mundo estaba en completa armonía, o lo que represente eso.

Nunca pude descifrar lo que Daniel pensaba. Era una de las tantas personas que rogaban obtener algo, y cuando lo lograban, la vida se les venía abajo, como los que se sacan la lotería y después de cinco años quedan en la bancarrota y afirman que lo peor que les pudo pasar en la vida fue obtener ese premio. ¿Quién podrían entender realmente a las personas? Es una ardua labor en lo que no me quiero involucrar.

Daniel solía vestir de manera formal. Sentía que lo hacía verse más interesante, más importante y que se acrecentaba el valor de hombre ante los ojos de Lucía, su pareja. Aquella tarde no fue una excepción. Vestía camisa blanca, pantalón dril, corbata y unos zapatos que brillaban más que su despejada frente a causa de su precoz calvicie. Es evidente que las personas son diferentes, nosotros lo éramos, y mucho; pero los azares del destino

suelen unir lo que parece que no debería unirse. Nuestra amistad era algo extraña y algo monótona. Casi siempre parábamos en mi casa y era poco probable no ver a Daniel quedarse dormido en el mueble.

Esa tarde iríamos a una fiesta; pero no era una fiesta de adultos, con tragos y música *trap*, ¡Claro que no!, sino a una fiesta infantil. Esta fue la mejor propuesta de fiesta que había recibido en ese día. La ansiedad que experimentaba por culpa de la universidad era increíble y necesitaba dulces a toda costa.

– Me preocupa que no me dejen pasar –hablé.

– Sigues diciendo lo mismo –dijo Daniel cogiéndose la cabeza–. Te he dicho mil veces que Sara aceptó que llevara a alguien. Así que vamos –continuó y me jaló del hombro.

– Está bien –asentí.

– Además, lo peor que puede pasar es que el payaso sea un asesino serial –dijo Daniel y rió.

– Eso malograría la perfecta tarde –le dije y me puse a caminar–, solo que no debemos avanzar tan rápido que quiero ver el atardecer.

Cuando la noche se acercaba, llegamos a una casa peculiar, dividida en dos colores diferentes desde el centro: amarillo a la izquierda y verde a la derecha. La puerta era de color marrón caoba. Había un pequeño jardín en la entrada, con diferentes plantas y una pequeña sillita en la esquina con un muñeco parecido a Pinocho sentado en ella. Únicamente faltaba Pepe Grillo saltando por ahí; pero no el de Disney, sino el original de 1882, con aspecto más de insecto que curiosamente tenía el poder de la resurrección.

Daniel tocó el timbre, no pude distinguir la tonada. Salió una chica de rasgos asiáticos y cabello lacio. Saltó directo a abrazar a su amigo y cuando

terminaron de saludarse, se detuvo a mirarme detenidamente como queriendo preguntar: “¿Qué haces acá?” Yo no te di una tarjeta de invitación.

– Sara, él es Jean. Dijiste que podía traer un amigo –pronunció Daniel.

La chica hizo una ligera mueca. Posiblemente pensó que Daniel no tomaría en serio esa propuesta. Ahora estaba obligada a aceptarme. También cabe la posibilidad de que haya inferido mal todo por la vergüenza de estar en ese lugar sin siquiera conocer a alguien. Pero ¡qué va! Estamos en el siglo XXI, las cosas son así ahora.

Cruzamos la puerta, directo hacia la sala que no era una muy grande, mas sí tenía el espacio suficiente como para albergar media docena de niños, ocho padres y unos cuantos infiltrados, contando dos perros que merodeaban todo el lugar. Al fondo se encontraba una mesita, adornada coloridamente, con incontables dulces, un pastel de *Spiderman* y muchos bombones atravesados por mondadientes. Entre las patas de la mesa, unas zapatillas de color de rosa eran agitadas por unas piernas algo ansiosas, unidas a unas bellas caderas que, a su vez, eran parte de un esbelto cuerpo femenino sentado en una silla. La chica tenía la virtuosa misión de llenar las bolsitas de recuerdo con caramelos y un pequeño juguetito. Lo irónico de aquellas bellas caderas que me hicieron sonreír cambió a unos ojos un tanto molestos que hicieron que borrara mi expresión inmediatamente.

– Te presento a Sofía –dijo una voz desde mi espalda–. Si gustas te la puedes llevar de obsequio al término de la fiesta –agregó.

Podría parecer divertido, pero Sara tenía cierta peculiaridad de hacer bromas que creaban incomodidad en el entorno. Todos reíamos, sí, pero con mucha hipocresía. Sofía –así se llamaba la dueña de las bellas caderas– se levantó de la silla mostrando una sonrisa cansada y nos saludó. Luego retomó su sitio sin decir ninguna otra palabra.

– ¡Hey, Jean! –cuchicheó Daniel–, ¿no crees que Sofía es muy linda?

– Y También pienso que es muy seria –le repliqué.

– Tú eres quien menos debería decir eso, cuando te conocí parecías haber salido de prisión.

– No deberías recordármelo. Ya hemos matado esas etapas con un poco de alcohol –le dije– y le golpeé el hombro con el codo. Además, si piensas que es linda, deberías invitarla a salir –concluí.

Ninguno de nosotros le habló. Sofía se encontraba misteriosamente calmada y totalmente callada con “aparente” comodidad en la silla. Se pasó envolviendo más y más bolsitas de regalo, con cierta quietud que no me atrevía a perturbar. Pasaron tres horas y todo estuvo tranquilo, excepto que un niño quería volar y se lanzó del sofá al suelo y cayó boca abajo. Se levantó riendo, aunque no estoy seguro de que se le haya roto un diente, o es que nunca lo tuvo en el lugar que ahora le faltaba.

Ya eran las diez de la noche y los niños lloraban de fastidio. Algunos tiraban cosas, otros bostezaban en un rincón y tan solo dos de ellos seguían comiendo algunos caramelos que recogían del suelo. Todo había terminado. Sara comenzó a repartir las bolsitas de regalo con el pequeño juguete que contenía. Una muñeca para las niñas, un carrito para los niños y nada para mí. La decepción fue grande cuando no obtuve ningún juguete de recuerdo. Debía comportarme como el adulto que era y coger unos caramelos de la mesa sin que nadie se diera cuenta. En seguida los metí cuidadosamente en el bolsillo.

IV

Caminábamos en una noche cálida. Comíamos algunos caramelos. Aún

en esa época era yo un incorregible adicto al dulce, luego debí dejar. Respiraba aire puro o lo más puro que podía ofrecernos la ciudad. Por unas calles, lejos del tráfico abundante, y chillones taxis dispuestos a buscar nuevos pasajeros, como hienas, obstaculizando el paso o avanzando lentamente, con la mirada fija del conductor en tus ojos.

El camino ofrecía un sendero de árboles descuidados, con las ramas alargadas y caídas. Tu rostro podía topar las hojas, y quizás unos cuantos insectos viajarían a tu ropa; luego, al dormir, seguirían su trayecto a tu boca, o, eso dicen las estadísticas.

Un diálogo disperso se había iniciado: Daniel a la derecha, Sofía al centro y yo a la izquierda. Ella apareció irónicamente con otra de las "bromas" de Sara luego de finalizada la fiesta: "Llévenla a su casa o a la casa que deseen." Más sonrisas hipócritas se suscitaron luego.

– Cuéntenme algo de ustedes –prorrumpió Sofía.

Recuerdo perfectamente su voz. Siempre era una mezcla de suavidad y vigor. Podía imaginarla gritando a todo pulmón, para luego sentir que su voz se apagaba en cada segundo.

Tenía muchas historias que contar, pero al hablar solo me limité a pronunciar unas cuantas oraciones: "No soy de esta ciudad. Vivo solo y me burlo de casi todos los eventos del mundo. Para mí el mundo es una novela, un drama y una comedia." Prefería reírme de todo, tanto que parecía que no estaba tomando en serio las cosas. ¡Disparates! La vida me la tomaba muy en serio.

– ¿Desde cuándo conoces a Sara? –le preguntó Daniel.

– Hace un año. Somos compañeras en la Universidad –dijo, y luego se quedó callada-. Aunque debo aceptar que su personalidad es… un poco hostigante –continuó. Siempre parece que trata de venderme al mejor postor,

como si fuera una prostituta –terminó diciendo.

Reímos. Volteé a ver su rostro y su expresión era fría ante sus palabras. Callamos. Nos miramos tímidos con Daniel. Sofi solo caminó y lo que siempre recordaré fue su tan inesperado comentario: “Tengan cuidado al caminar, hay hormigas en el camino, son muy pequeñitas”. Pero, ¿a quién podrían interesarle realmente las hormigas? Son solo insectos diminutos que si tienen algo de suerte vivirán un día más.

Paramos en una esquina. Allí nos despedimos. Sofía quiso ir el resto de trayecto sola. Avanzó unos pasos y de pronto volteó a decir:

– Descuida. No le diré a nadie.

Sé perfectamente que ella me vio cuando guardaba los caramelos en el bolsillo. Quizás debí comprar su silencio con una paleta de chocolate. Quizás le gusten los ladrones de fiestas infantiles. Reí mientras pensaba en todo eso.

V

“Nunca sabré si esa mujer te amará por siempre,
pero yo, hijo mío, te amaré, aunque me alejes de ti.”

“No nos engañemos, señores, el amor es una elección, no un evento al azar.” Así comenzó el programa de Didier Ferrec, un francés, locutor de radio en la ciudad desde hace cinco años, con una mentalidad algo distinta de la normal; por eso me gustaba escucharlo cada mañana, a las diez en punto; por supuesto, si es que lograba despertar antes de esa hora. Convenientemente el tema del día era: La decisión de amar.

“El amor da señales, podemos detectar las buenas y las malas. Tan solo un estúpido es incapaz de darse cuenta de quién debe y no debe enamorarse; por lo tanto, todos, señores y señoras, somos estúpidos.” Didier siempre ha sido muy directo al hablar. Tuvo muchos problemas por sus comentarios acusadamente misóginos. En cierta ocasión, casi pierde su trabajo por golpear a un hombre que le insinuó que debería vender perfumes en vez de estar hablando en la radio.

Al escucharlo me hacía recordar mucho a mi madre y sus palabras cuando, por el mismo hecho de ser su hijo, me decía que siempre me amaría. Ahora sé que esa no es la razón suficiente. Más aún cuando he visto la realidad de mujeres que golpean y asesinan brutalmente a sus pequeños niños. Quizás simplemente fue su elección. Amarme a su manera hasta el fin de sus días.

El programa duró aproximadamente una hora. Ferrec se despidió con esta frase: ***Filles y épingles sont à qui les trouve*** “chicas y alfileres pertenecen a quien los encuentra”. Creo que es una antigua superstición francesa acerca del matrimonio y robar alfileres de un vestido de novia. No estoy seguro.

Estaba a medio desayuno constituido por uvas y naranjas. Un golpeteo repentino apareció. Un sonido nada raro, algo familiar y del que no sientes extrañeza cuando aparece, sino cuando este no se presenta. Daniel había llegado jadeante y sudoroso. Chocamos palmas y puños al saludarnos y, mientras entraba y veía su calvicie prematura de la que muchas veces hice burla, recordé cómo se inició nuestra amistad, una amistad que fue acabando progresivamente muchos años después. Cuando éramos compañeros en la universidad pudimos compartir el estrés y la alegría de ser estudiantes.

– ¡Eres un maldito suertudo! –resultó diciendo Daniel, mientras se

acomodaba en el mueble.

– ¿Ahora qué pasó? –le inquirí riéndome.

Quedé pendiente de que Daniel respondiera, mientras veía cómo limpiaba el sudor de su prominente frente. “Quizás le hubiese ido mejor como rapero o actor de películas de acción, pensé.”

– Sofía, ella es lo que pasa –me contestó secamente.

– Sigo sin entenderte –le espeté, mientras terminaba de comer la última uva.

– Le gustas.

Quedé en silencio esperando que terminara de decir algo más; aunque, ciertamente, entendía a qué se refería.

– Lo que vine a decirte es que en la tarde vendrá a tu departamento –continuó–, te recomiendo que recojas la ropa de las sillas.

No entiendo por qué no pude hacer una pregunta. De inmediato comencé a limpiar la sala. Retiré unos cuantos polos, una media de debajo de un mueble y un pantalón de una silla, y me prometí que con el tiempo debería ser un hombre ordenado. También dicen que el desorden es de mentes creativas. Seré el próximo Picasso, pintaré la nueva Guernica de una guerra nuclear.

Luego de media hora de haber barrido, Daniel me explicó lo que estaba sucediendo, claro que luego de verlo reír y burlarse de mi impetuoso ánimo de sujetar la escoba. Sofía vendría con Sara a las cuatro de la tarde. La ventaja de la juventud es que las cosas suelen ocurrir de forma tan acelerada que es sorprendente cómo podemos seguirle el paso. Era cierto, yo le gustaba a Sofía y no tuvieron mejor excusa que crear una escena en donde yo le daría clases de matemática. Es risible pensar que, por lo menos las matemáticas,

también sirven para crear amoríos. ¿Descartes habrá tenido amoríos en la Universidad? Esta y otras análogas son las preguntas que a uno no lo dejan dormir.

Se acercaban las cuatro de la tarde. Se aspiraba un clima de finales de julio, a un mes de la primavera. Con los pajaritos de blanca nieves cantando por la ventana, todo iba tranquilo hasta que surgió una pregunta suelta:

– ¿Qué opinas del amor? –preguntó Daniel–. No entiendo cómo es que podemos acabar todas las veces mal, o, por lo menos, yo sí. Sé que pueden decir que como hombres somos lo que lastimamos; pero… en mi vida no ha sido así, y tan cierto eso de: "el amor puede ir íntimamente relacionado con el odio" aún las odio, ¿sabes?

– ¿Por qué me dices todo esto? –le pregunté sorprendido.

– Recordé eventos pasados y aunque ahora tengo una relación, quiero ser sincero. No soy feliz. A veces la quiero y otras… ¡Ahmmm…! Creo que la odio –dijo y se quedó unos minutos en silencio; quizás debería hacer algo al respecto, pero…- calló súbitamente.

En ese momento empezó a vibrar su celular. Era Sara que anunciaba su llegada; quería que vaya alguien a recogerla, no conocía nuestra dirección exacta. Daniel se ofreció. Lo vi obligarse a cambiar su expresión a una sonrisa forzosa, que…, con los minutos, se volvió más natural.

Pensé mucho en lo que dijo Daniel. Tenía muchas respuestas en la cabeza, pero solo atiné a sonreír y dije en voz baja: "La vida no es como las frases de Internet". Caminé al bañó. Lavé mi rostro, arreglé mi cabello y agregué unas gotas de perfume, uno que poseía desde hace medio año; pero, seguía teniendo la mitad en el recipiente. Me miré los ojos. Los amaba. Crecí con la ferviente creencia de que mis ojos eran lo más espectacular en mí. Amaba mi mirada, aunque algo seria, que los demás tomaban como expresión

de enfado. Poco importaba. Yo los amaba.

Un golpeteo de la puerta interrumpió mis pensamientos. Exhalé un suspiro de incertidumbre y salí a responder. Abrí la puerta y allí estaba ella.

Tal como la recordaba: tímida, algo avergonzada y un poco callada. Vestía pantalón y una polera de color gris encima de un polo blanco, calzaba zapatillas. Sara, pues… no le presté mucha atención. Solté un "hola" con un gesto de bienvenida, con ese gesto tan peculiar de los ojos al entrecerrarse. Nos miramos muy poco, pero la escuché también decir: "hola"; aunque también percibí un: "Es lindo volver a verte". Quizás lo imaginé o quizás lo leí a través de sus ojos, o quizás quise creer que lo dijo.

Pasamos a la sala. Cerca de la puerta se encontraba la mesa de comedor con superficie de vidrio y algunos rayones, con seis sillas a su alrededor. Todo el comedor lo había armado en ocho horas seguidas, fue uno de mis grandes logros. Al frente se encontraban los muebles de color marrón, formando una medialuna, con un extremo peculiarmente alargado, mi favorito, especial para recostarme en mis momentos de descanso.

Pasamos y nos acomodamos en el comedor. Sofi se sentó a mi lado y, cual dos niños, comenzó el juego. La seducción siempre es y será un juego. Acercábamos nuestras rodillas para que se tocaran; nos reíamos de palabras que no entendíamos y, sobre todo, sentíamos la tensión cercana a nuestros cuerpos. Era muy obvio, obvio también por las risas y los cuchicheos que había entre Sara y Daniel.

La chica no hablaba mucho y, algunos meses después, también seguiría siendo difícil hacerla hablar, excepto cuando contradecía sus pensamientos feministas revolucionarios o sobre los actos de violencia en el mundo. No es porque no la apoyara, sino porque mi naturaleza curiosa generaba demasiadas preguntas y ella odiaba el exceso de estas.

Los minutos pasaron y planeaba cumplir mi cometido, o, mejor dicho, hacer bien mi papel de maestro. Todo era una obra de teatro. Era obvio que no deseaba aprender nada de números, y está por demás decirlo.

Luego de explicar fórmulas que nunca llegó a entender; puesto que era una artista. Pintaba. Las abstracciones de los números no importan en un mundo de colores y formas (lo sé porque ya la conozco bien). Podía aprenderse infinidad de canciones, memorizar poemas, mezclar colores para crear vida en los lienzos; pero nunca pude hacer que aprendiera la pendiente de la recta y mucho menos la derivada de una constante.

Pasó un par de horas entre conversar y bromear. Los cuatro sentados junto a la mesa de vidrio. Un departamento solitario. Una soledad que me encanta disfrutar, sin recibir regaños por no lavar los platos y las ventajas de caminar en ropa interior a la cocina.

- Daniel ¿Recuerdas que prometiste acompañarme a comprar? – dijo Sara, mientras le lanzaba una mirada fija.

– ¡Ahhhh…, sí! Ya recordé. Debemos ir a comprar los… Debemos comprar, así que vayamos –respondió.

– ¡Entonces vamos! –dijo Sofía–, quiero algo para comer.

– ¡Nooo! –respondió Sara y, luego, soltó casi como un grito:

– Tú quédate. Esto es cosa mía y de Daniel. Sabes que no nos hemos visto hace tiempo y también quiero aprovechar para conversar con él.

Daniel me miró con una sonrisa pícara, y yo respondía con una carcajada, tan grande que Sofía pensaba que me estaba burlando de ella y demoramos un buen tiempo en tratar de convencerla de que mi risa era por otro motivo, algo así como una risa secreta que entre hombres entendíamos. Felizmente lo creyó y así fue cómo finalmente quedamos solos.

– ¿Te parece si vemos una película en *Netflix*? –sugerí.

– ¿Tienes *Netflix*? – preguntó emocionada–. ¿Sabes que existe un sinfín de series y películas que se pueden ver? –agregó, casi como si estuviera haciendo publicidad.

– Creo que sí –dije lentamente–; pero apenas lo uso, puedes elegir lo que tú gustes.

Encendí la computadora y dejé que mire libremente todo. Su rostro mostraba mucha curiosidad y alegría, a la vez. Estuvo unos 15 minutos mirando y repasando, hasta que, finalmente, pronunció: *Netflix*, me has decepcionado.

Me acerqué y seleccioné una película al azar y ambos fuimos a sentarnos en el mueble.

Conversábamos en voz diminuta. Jugaba con las ansias, lo admito. Me acercaba a ella y luego me retiraba. Hasta la oí decir: “Casi te beso”. Fingí no escuchar y el reloj seguía con su tic tac. Aprovechaba para pasar mis dedos por su rostro, con la excusa de retirarle una pelusa o, si no, solo me la quedaba mirando mientras veía sonrojarse y la escucharla decir: “¿Por qué me miras así?”

Hasta que el juego llegó a su parte culminante y nos besamos.

<<¡Qué delicia de labios! –me decía–, parece que estuviera bebiendo agua pura>>. Tal como dirían los poetas: me embriagué de sus labios. Acaricié su cabello, la recosté en el mueble y me acerqué cada vez más. Nos acariciamos y lo hacíamos como si nos conociéramos siempre.

Si preguntaran, diríamos:

– ¡No!, no nos enamoramos a primera vista, ni al primer beso, ni a la primera caricia. Lo disfrutamos. Es cierto. Nos atraíamos con una fuerza

gigantesca. Así pasamos una hora, entre besos y caricias, con apenas unas pocas palabras dichas.

La cargué y la senté en mis piernas. Me sonreía suavemente y apenas con un empujón de mis dedos en su espalda conseguía que se acercase a mí para besarnos. Lanzaba pequeños mordiscos a su cuello hasta que podía escuchar exhalaciones profundas, y, luego, sonidos que eran signos de placer. Bajé el cierre de su polera y besé la parte desnuda de su escote. Fue la primera vez que vi su tatuaje, una rama alargada y curvada con muchas hojas. No la vi antes porque su prominente pecho lo escondía. Quise acariciarla más profundamente hasta que... solo se me ocurrió ver hacia la ventana y, en el reflejo, vi a Daniel y Sara sentados en las gradas de la escalera de la entrada. Reí dentro de mí, mas no dije nada. La cargué y la llevé a mi habitación. Con mucha habilidad desabroché con una mano el *brasier* debajo del polo y, apenas bajaba el cierre de su pantalón, ella tomó mi rostro y sutilmente dijo:

– No va a suceder nada.

Imagino que mi expresión era de sorpresa o de incredulidad; porque ella, llevándose las manos a la boca comenzó a reír. Un estruendo que resonó en toda la habitación.

– Y ahora, ¿de qué te ríes? –le pregunté a punto de sonrojarme.

– De tu cara, es como si hubieras quedado en shock –respondió mientras trataba de controlarse la risa.

– ¡Claro que no! Solo…, solo fue inesperado, nada más –le respondí mientras me forzaba en cambiar la expresión.

– Lo siento, cariño, pero debo irme a casa - dijo secamente.

Me permitió abrocharle el *brasier*; pude darle unos besos en la espalda, fue lo único de lo que pude disfrutar aquel día. Nos lavamos el rostro y

retiramos el sudor de la piel. Quedé frente al espejo arreglándome el cabello.

– Estás guapo, date prisa –me dijo finalmente.

Muy lejana estaba la chica tímida que recibí hace unas horas. Bajamos las escaleras hasta el primer piso. Imagino que al no poder ver el show, Sara y Daniel se marcharon. Caminamos, las manos sueltas y conversando de cualquier cosa. Estaba todo oscuro; sin embargo, era una noche agradable, una noche bella. Tan solo faltaba la música ambiental, las luces de colores y ponernos a bailar entre saltos y sonrisas. Una canción que cuente nuestra historia. Felizmente, no es así. Al primer salto es posible que me hubiera caído de bruces.

¿Cuántas veces he pasado por lo mismo? No es un secreto. Las "citas" de este tipo ocurren, son aparentemente normales; pero… Nos hallábamos a un par de cuadras de su casa y lo dijo, tenía que decir la frase que más parece guión de novela en estas situaciones:

– ¿Ahora qué sigue? ¿Qué somos? –dijo mientras me miraba fijamente; aunque con una leve sonrisita dibujada que duró medio segundo antes de desaparecer.

– "¿Qué podríamos ser?" –me decía–. Era la segunda vez que nos veíamos. Comprendía que no quería que la viera como una mujer que se besa con cualquiera. Entendía su pregunta ¿Y quién no? ¿Acaso todas las mujeres que he conocido son formadas con la misma frase?

Solté una pequeña carcajada.

– ¿Acaso te parece gracioso? –dijo visiblemente molesta.

– La verdad es que sí –le respondí mientras mantenía la sonrisa–. Es que no puedes estar con una persona que apenas conoces. Quizás sea alguien malo y tú no lo sabes, o quizás tú seas una mujer demente, loca –y volví a

reír–. Además, no quiero tener una relación en este momento.

– Todos los hombres son iguales –concluyó y miró a un costado con los ojos húmedos–. Hubieras dicho todo esto antes de haberme besado –agregó.

– ¿Y haberme perdido tal evento?... No lo creo –respondí.

Parecía que fuera a llorar de la cólera, mas no lo hizo. Luego se calmó un poco, agachó la cabeza y seguimos caminando en silencio. "¿Será una actuación o lo dirá en serio?" Comenzó a crecer en mí la idea de sentirme especial. Esa idea que te dice: "Eres único, enloqueciste con un solo beso".

Llegamos a la puerta de su casa y como si no estuviera dispuesta a rendirse, tomó dos trabillas de mi pantalón, hizo una mueca coqueta y me besó. Probablemente quería demostrarme convicción, no estoy seguro. La besé y disfruté de aquel beso. Intercambiamos números con la promesa de llamarnos. Regresé feliz a casa, con mucha hambre y, sobre todo, con los labios latiéndome fuertemente.

VI

Un poco de locura es buena, un poco de enojo también;
pero odiar a quien amas con locura es la peor enfermedad.

Realmente, conocía el odio. Mis ojos siempre han sido los de un animal cuando estoy en este trance. Mis pupilas se dilatan como si estuvieran vigilando una presa imaginaria en el vacío. Miro siempre hacia el infinito, hacia la nada. Mi mandíbula se aprieta y comienzo a enloquecer, viejo hábito de la infancia. Sonrío por momentos; sonrío ante la locura que estoy experimentando; sonrío porque la odio, porque probablemente soy un maldito masoquista. Mis dedos juegan golpeteando la pared; hacen un puño y golpean

muchas veces y no paro hasta ver temblar mis manos. No hay dolor. La adrenalina bloquea todo…

Ya en la casa, voy de un lado a otro. No puedo dormir. El insomnio crece demasiado y ni el ejercicio ayuda. Voy al baño, me lavo la cara. Levanto la vista hacia el espejo y noto mi estado. Solo es ira. No quiero estar así de patético. Me digo a mí mismo que sea fuerte. No soy el único que sufre, no soy el único que tiene un dolor en el corazón. No soy el único; pero… ¡Maldita sea! Ahora soy yo quien se siente mal.

Camino, a veces lento, a veces rápido; mi respiración se agita y me digo a mí mismo: no agaches la cabeza, no ante su recuerdo. Pongo mi cuerpo totalmente erguido, miro con seriedad hacia adelante y me dirijo hacia mi cuarto.

Comienzo a hacer mis monólogos. Una versión nocturna de Hamlet. Converso con ella. La imagino. Vuelvo a sonreír, ahora a ese fantasma de cabello ondeante que me sigue adonde voy. Ahora es un ánima viviente de mis recuerdos y de mi enojo.

– Pensé que había logrado entenderte –dije ya en la oscuridad, sentado en la cama, las manos entrecogidas y los ojos cerrados.

– Te cegaste y no notaste los detalles de lo que en realidad era –me respondía ella. Con la voz imaginaria en mi cabeza yacía delante de mí. Nunca usaba vestido, pero en este momento sí: uno blanco y floreado.

– ¿Acaso no decías que lo que más deseabas era a alguien que te amara? –intenté no llorar, así que acerqué la mano derecha para presionarme fuertemente los ojos.

– La mayoría de personas no sabe lo que desea realmente. Dicen querer algo, pero luego hace lo contrario que la lleva a sus deseos. Tú lo sabes. Siempre dijiste que le temías a la naturaleza humana. Yo soy parte de

ese temor.

– Pero tú eras mi amor… –regresé de mi imaginación, suspiré, encendí la luz, cogí un papel y escribí:

Si deseas *odiar, odia, odia con todas tus fuerzas, odia hasta que te quedes dormido, ódiala hasta en sueños y luego ámala para completar el proceso.*

Escuché sus pasos claramente detrás de los míos. La imaginaba caminar alrededor de la cama. Ella conocía perfectamente el lugar, estuvo muchas veces en la habitación conmigo. Estuvimos muchas veces…

– Pensaste que tú eras mi oportunidad. Creíste que me ibas a salvar de un pasado que nunca te terminé de relatar. Nunca te lo pedí. Tienes complejo de héroe

Ahora, ella estaba cerca de mí; podría jurar que sentí su respiración en el hombro derecho.

– Solo te pedí que seamos mejores juntos. Pensé que podría ser yo el que no se equivoque esta vez.

– Entendiste las cosas a tu manera. Pensaste que tenías control de todo; pero te equivocaste. No eres tan inteligente como piensas. Creíste poder conectarte con mi corazón, cuando este nunca latió por ti.

– Irónico el día que con gran fortaleza dije que tomaba el riesgo de enamorarme – dije y le sonreí; aunque mis ojos se entrecerraban en un gesto de dolor y comprensión.

– Nunca te dije que estaba enamorada de ti, no me culpes por eso. No me culpes por el dolor que sientes.

Desapareció de mi cabeza. Me encontraba envuelto en desesperación total. Las imágenes de cada segundo vivido a su lado daban vueltas, una y

otra vez. Comencé a golpear muchas veces la pared y ahora escribo esto con las manos doloridas. Intentaba manejar mis emociones. Me repetía que un hombre fuerte es aquel que tiene autocontrol; pero yo ya estaba recordando todo sobre ella, hasta el último día que la vi. Mi respiración aceleraba mientras mi pecho presionaba el corazón que latía tan fuerte que dolía verdaderamente. Volví a sonreír y dije: “Que duela, que duela más y más. Que duela hasta que me acostumbre. Que duela hasta que no sienta la diferencia de estar bien a estar así.”

El cansancio fue inevitable, no dormía hacía varias noches y, al haberme recostado ya en la cama, solo me dejé llevar.

Comencé a soñar. Siempre mis sueños son vívidos y los recuerdo como hechos muy reales. En el sueño me encontraba en el centro de una sala gigantesca de forma circular. Alrededor de esa sala había una escalera en espiral que, dando la vuelta completa, conducía hacía cuatro pisos y podía ver lo que ocurría en cada uno de ellos.

El primer piso, en mis alrededores, todo estaba oscuro, aunque escuchaba murmullos y risas diminutas. En el segundo se hallaba una gran cantidad de animales. En el tercero parecía que se ofrecía un banquete; había comida de toda clase sobre una mesa enorme. En el cuarto piso vi una chica de tez blanca y de estatura media. Me sonreía. Corrí directamente por las escaleras tras ella. Llegué y no la hallé. Aparecieron muchas caras conocidas y al unísono dijeron: Jean, ya sabes dónde está.

– Claro que lo sé. Siempre duerme temprano –respondí a todos.

Fui corriendo por un pasadizo hasta una habitación. Abrí la puerta con cuidado. En el centro encontré una cama con una mujer que estaba durmiendo ahí. Tenía el cabello sujeto en una cola; vestía un pijama blanco con dibujos de panteras y un polo azul. Toqué suavemente su hombro. Se

despertó, me miró y sonrió.

– Mi rey hermoso, ¿qué sucede? –me inquirió–. Apenas veía sus ojos. Su expresión era inmensamente dulce.

– Nada, no sucede nada –respondí de pie aún–, mirándola.

– ¿Quién te lastimó, mi rey hermoso? ¿Quién te rompió el corazón? Ven te apachurro fuerte mientras dormimos –me dijo con resolución y estiró las manos hacia mí.

No pude negarme a la invitación. Su voz era cálida y estaba calmando un dolor que hasta en sueños se hacía presente. Me recosté y en el mismo sueño: dormí.

VII

¿Han oído de alguna persona que no le agrade el chocolate? Quizás rara vez –Sofi era una de ellas– demoré un poco en darme cuenta de ello. Luego la vi guardar en el bolsillo cada uno de los chocolates que le entregué durante las siguientes dos semanas; pero, ¡Dios!, ¿cómo es posible que no le guste? ni siquiera las tortas, ni los caramelos. Sin embargo, las diferencias creaban una sensación inmensamente curiosa que llamaba mi atención. Se acercaba el fin de semana y decidimos ir a bailar, gracias a una invitación que surgió espontáneamente en una conversación sobre música moderna. Cuando me di cuenta de ello, solo podía reír de la vergüenza que probablemente se acercaba. No soy en lo absoluto un buen bailarín. En vez de tener dos pies izquierdos, tengo dos derechos. En la tranquilidad de mi baño, en cambio, soy un gran bailarín. ¿Y quién no lo es en privado? También mezclaba el

baile con actuaciones de modelaje en ropa interior, claro que sumiendo el estómago y diciendo lo perfecto que me vería con un solo mes de gimnasio.

La cita se acordó a media noche, con Sara y Rosa de compañía. Sofi vendría dos horas antes a mi departamento para poder pasar un momento a solas. La esperé listo en el primer piso, un poco ansioso y pensando en las excusas que yo podría dar si me resbalaba o le pisaba los pies. Miré la calle extenderse solitaria hacia el fondo con luz amarilla; el foco de uno de los postes parpadeaba, creo que lo hacía desde hace años, parece un elemento enigmático de la comunidad. Cuando unas polillas revoloteaban a una ventana reluciente, el sonido de unos zapatos irrumpió la quietud del lugar. Una sombra un tanto lejana se asomaba por la esquina para cobrar forma y color al voltear hacia mi dirección. Mientras que, parado en la reja de la entrada, observaba que una mujer se acercaba. Más y más cercana estaba dicha presencia que pude distinguir un suave pero notorio aroma. Tan solo miraba y permanecía en plena quietud esperando cualquier impulso para actuar. Cuando el tiempo dejó de detenerse, ella habló:

– ¿Te gusta cómo me veo?

– ¡Por supuesto que sí! ¡Me encanta! –le dije con inocultable emoción y Sofía giraba su cuerpo en su sitio para que pudiera observarla con mayor detenimiento.

– ¿Quizás es un poco provocativo? ¿Qué crees?

¿Podía decirle que el vestido corto de color negro, su cabello perfectamente ondulado, los labios de color de rosa y el rostro con un hermoso rubor de tonos dorados hacían de ella una perfección viva? !No! Podía pensarlo, pero no debería entregar ese tipo de halagos con tanta facilidad.

– ¡Te ves linda! –le sonreí–. ¡Vamos! Subamos a mi casa –la invité–.

La tomé de la mano y nos dirigimos hacia las escaleras.

Subimos los cinco pisos, odiosos cinco pisos para cualquiera que venga a visitarme. No hay ascensor y, por más que mis amigos se quejen, no aparecerá uno de la nada. Llegamos a la entrada, ella más fatigada que yo. Intenté instintivamente encender las luces antes de abrir la puerta, pero estas ya no funcionaban desde hace unos días. Coloqué la llave en la cerradura, vi algo escrito en la puerta. Entrecerré los ojos para siquiera poder distinguir las letras. Fue imposible.

– Por favor, Jean, abre la puerta. Tengo frío –dijo mientras ponía su mano en mi espalda y con la otra se acariciaba el hombro.

– Ahora mismo –le respondí mientras esperaba no olvidar averiguar mañana lo que estaba escrito en la puerta–. Además… no entiendo por qué siempre tienen que vestir así –agregué–. Podrías haberte puesto un pantalón y algo con mangas.

– ¡Claro!, pude hacerlo, mas no hubieras puesto esos ojos cuando me viste llegar –dijo, al tiempo que sostenía mi mano, introducía la llave en la cerradura e ingresaba dejándome atrás.

Se me vino a la memoria una escena de una película, en donde la actriz explica que, aunque el frío arremetía con fuerza, jamás debería perderse el estilo de una falda corta con un buen escote.

Prendí las luces. Rápidamente se hicieron notorias las piezas de ajedrez que adornaban la mesa de centro. Cuando aún estudiaba en el colegio, jugaba siempre con mi mejor amigo con quien, a la vez, éramos vecinos. Nos reuníamos cada noche, desde las ocho en punto hasta pasadas las doce, y si no hubiese sido por que los gritos de su mamá, desde el otro lado de la calle, interrumpieron la diversión, hubiéramos podido pasar toda la madrugada jugando. Ahora ese ajedrez solo era un recuerdo y un adorno para el lugar.

Caminamos despacio y, luego, nos sentamos.

– ¿No crees que ya deberíamos ser enamorados? –dijo sin hacer preámbulo alguno.

Como si se tratase de un balde de agua helada que me hubiese caído en la cabeza, sin pensar, le respondí:

– Es una pregunta muy rápida, ¿no crees?

– Solo quiero saber cuándo decidirás que debemos ser enamorados –reiteró, con seguridad.

– Me divierto demasiado a tu lado; pero…, es una decisión precipitada para tomarla en apenas dos semanas.

– Pero no es precipitado que intentes acariciarme como se te da la gana cuando lo deseas –respondió tan despacio que apenas pude entender.

– ¿Qué?

– ¡Nada! ¡Olvídalo! –protestó, recostándose en el mueble y sacando su celular de un pequeño bolso de mano el cual no había notado.

El silencio fue incómodo. No sabía si actuaba correctamente o la estaba lastimando; así que, como es frecuente en mí, me puse a pensar. Miles de ideas y preguntas revoloteaban en mi cabeza, de tal forma que deseaba que existiera un interruptor que pudiera apagarme, y, para mi sorpresa, apareció:

– ¡Vamos a tu cuarto!

– ¿Perdón? –le pregunté sorprendido.

– Quiero ir a tu cuarto –me reiteró y, levantándose, me tomó de la mano y me impulsó a caminar con ella.

Avanzamos por el pasillo. Observaba su espalda y recordaba el beso que pude darle la primera vez que estuvo acá. Tampoco sería esta la segunda.

¡Nada que ver! Luego continuamos cruzando dos habitaciones. Intentó presionar el interruptor; pero la detuve. La conduje cuidadosamente a mi cama. Todo estaba oscuro, pero una pequeña luz entraba por la ventana, lo que me ayudaba a distinguir algunas formas entre las sombras. Hice que se sentara y encendí la lámpara. Puse la luz amarilla y ese… se convirtió en un momento especial. Adoraba esa luz cálida, me llevaba a momentos de calma de mi niñez, de cuando me encontraba sentado en las piernas de mi madre , mientras ella estudiaba a la luz amarilla de su lámpara, y yo, probablemente, jugando con un lápiz amarillo. Dicen que siempre fui un niño tranquilo… Eso dicen.

En seguida la senté en la cama y, cuidadosamente, me puse en su tras. Pasé suavemente mis manos sobre sus hombros y con mis labios empecé a rozar su cuello, al que lo recorrí por completo. Deslicé mis manos hacia adelante, casi con la intención de tocar sus pechos; pero solo tuve que bordearlos y así abrazarla para poder llevar mi rostro hacia su cabello y jugar como juega un felino cuando encuentra un lecho suave. Luego, sin soltarla de la cintura, llevé mis dedos a su boca para hacerla girar hacia mí para poderla besar. Lo hice suavemente y a veces lujuriosamente. La hice recostar en mi cama y me acomodé para jugar con su piel dentro de su ropa. Acaricié su espalda y la apreté fuertemente para que sintiera que pronto sería mía. Luego bajé hasta poder sentir sus muslos que protegían la tela de su vestido. ¡Embeleso! Esa es la palabra adecuada para este momento y nos dejamos llevar completamente en el amplio significado de la palabra. Mi lengua y mis labios se turnaban para travesear entre movimientos lentos y rápidos. Empezaron las exhalaciones, esas tan profundas que llegamos a confundir con gemidos. La besé sin dejarla respirar e inmediatamente tomé delicadamente sus cabellos para llevar su cabeza hacia atrás, detenerla y luego recostarla. Me lanzó una mirada fiera, apretó los dientes con los labios

entre abiertos, y yo entendí lo que significaba. Levanté lentamente su vestido para acariciar su vientre, su piel era simplemente perfecta. Suave en su totalidad. Como si mi lengua fuera una brocha, repasé todo su abdomen, de ida y vuelta. Poco a poco bajé hasta llegar a los límites y, sin mediar permiso, besé la zona media ventral, es decir, entre la vulva y el ombligo.

Me costó mucho contenerme. Deseaba simplemente arrancar lo que le quedaba de prendas; pero sabía que tenía que ir despacio, no por miedo a que ella no le guste, sino que deseaba que ansiara aún más. Pronto me alzó hacia sus labios, tomó mi mano y en silencio entendí que deseaba ser tocada. Así lo hice y así también me detuve para desnudarla. La toqué tal como quería que la tocase; ella me indicaba y yo así lo hacía.

Mientas la acariciaba de formas circulares alrededor del pecho, veía como cerraba los ojos, a veces sujetaba fuertemente las sábanas, y otras, llevaba su dedo pulgar a su boca para simular morderlo. Igual que ella, me desnudé. Quedamos quietos por un momento, perdidos en la escena hasta que pude hablar:

– Quiero hacerlo. No puedo detenerme ahora –le susurré al oído.

Sofía me miró con tal seguridad que mis ganas crecían intensamente. Tomó mi cuello, se acercó a mi oído y balbuceó:

– Entonces hazlo, yo te espero.

Sus palabras fueron la clave de una puerta donde todas las emociones escaparon y corearon una nueva llamada “impulso”, el mismo que te incita a saltar en paracaídas o te motiva a seguir adelante en una carrera. Una nueva sensación llena de adrenalina que te hace sentir con la victoria asegurada. Así que todo quedaba listo para entrar en ella, con cuidado, con ansias, con poder, con la autoridad que las circunstancias me brindaban. Poco a poco me acercaba a su mundo interno. Quizás me hubiera podido cegar totalmente;

pero pude ver una pequeña contracción en su pierna derecha, luego una mano izquierda haciendo un puño bajo las sábanas y luego una opacidad en sus ojos.

– ¿Sientes dolor? –le pregunté–. Ya había ingresado un poco, mas no me había retirado.

– ¡No, no! Solo… Continúa –pude escuchar, al tiempo que advertí una sonrisa fingida.

Salí de su interior.

– Estás mintiendo.

– No insinúes que miento.

Sus ojos se cristalizaron e intentó ocultarlos con enojo. Sofía tenía miedo, estaba seguro de ello. Ese miedo profundo, un miedo infantil, un miedo mezclado con culpa y vergüenza.

– Solo quiero entender, solo eso. Puse mis brazos, cada uno al costado de su cuerpo como si imitara a una jaula.

– Es mi primera vez –prorrumpió e hizo la cabeza hacia un costado.

– Lo sé. Era muy obvio, realmente. –le dije y reí.

– No te burles, es algo serio para mí. –me espetó.

– Quizás en otra oportunidad, no debes estar triste.

– Inténtalo otra vez. –habló muy bajo y seguía evitando verme.

– No te entiendo.

– Deseo que lo intentes nuevamente. Estoy lista –me aseguró.

Es increíble cómo puede trabajar el cerebro: bloqueando y abriendo sentidos. Ella terminó de hablar e inmediatamente sentí su aroma adentrarse en mí, tan real era que podía ver la huella humeante en el aire. Nuevamente

volví a mi tarea, y cuando nuevamente todo estaba listo, escuché un casi imperceptible pero notorio quejido. Me aparté.

– ¡No, no! ¡Continúa!... ¡Quiero que continúes! –gritó, sujetando mi espalda, pero sus lágrimas cayeron a borbotones.

<<Sumamente frágil. Una muñeca de porcelana a punto de romperse por la menor brisa.>>

– Tranquila, todo estará bien –intenté consolarla.

Sofía llevó las manos a su rostro y recogió su cuerpo, juntando sus rodillas hacia el pecho, refugiándose de todo.

– ¡Lo siento mucho! ¡Lo siento, lo siento! – repitió–. Te vas a aburrir de mí, lo harás.

– No digas esas cosas.

– Lo harás. Porque vas a pensar que soy una niña aburrida y que no vale la pena.

– Estás equivocada.

– ¡No lo estoy!

¿Una niña? Claro que eso es lo único en lo que no pensaba. “No las pises porque son pequeñitas, recordé” “¿Qué hace un hombre en estos casos? ¿Abrazarla? ¿Imponer mi fuerza? ¿Enojarme? Necesito conquistar su corazón antes que su cuerpo, esa es la única respuesta que mi mente tuvo en ese momento”. Me aproxime cuidadosamente hacia ella. Toqué su mejilla húmeda, la limpié un poco. Acerqué mis brazos para sostenerla.

– ¡Suéltame! Me abrazas porque me tienes lástima. –profirió e intentó zafarse.

– Solo trato de hacerte sentir mejor –le repliqué y me retiré unos

centímetros-. << ¿De dónde sacas esas palabras: ¿pena, niña, aburrirse? Creo que estás hecha un embrollo.>>

– Es que… mis amigas…

– Ellas tienen parte en todo esto –agregué y puse mis manos sobre el colchón y recliné mi cuello hacia atrás.

– Quizás… un poco. Ellas dicen que únicamente teniendo sexo podré tenerte cerca; además, tengo miedo, te hartarás y me dejarás –continuó y las lágrimas aumentaron–. Yo soy una buena chica, lo juro –tenía los mismos ojos de un cachorrito.

La vida siempre es curiosa. Es difícil diferenciar entre lo que es realmente bueno y lo que es malo para nosotros. Al crecer podemos echar muchas cosas por la borda si es que no seguimos lo que nuestro corazón nos llame a hacer, si no viviésemos por los consejos de otras personas. Muchas veces también creemos que el dolor, en parte o en su totalidad, es necesario para alcanzar un fin, aunque sea triste.

– Lo sé, lo sé. Tranquila. No es necesario darte un sermón sobre lo que me has dicho, tan solo quiero que sepas que todo está bien. Yo sé que eres una buena chica, yo te creo.

Sus ojitos de cachorro se iluminaron completamente. Me dio un beso en el cachete.

– Gracias –dijo y se acomodó en la cama, giró un poco y se tapó con una sábana.

Ese beso fue un premio por mis buenas palabras y mi comprensión. Faltaba hora y media para la medianoche. Podíamos dormir un momento. También me recosté, me acomodé de su lado y puse mi brazo alrededor de ella, cerré los ojos, y de pronto…

– ¿Podrías alejarte un poco? Me siento algo asfixiada. –me sugirió sin siquiera mirarme.

Era el tono de su voz, estoy seguro de ello. Tenía una sensación incómoda. Como si mi presencia la estorbara. Me puse a su costado, la tape y la abracé. Y nuevamente…

- No te acerques mucho que siento demasiado calor. –volvió a repetir.

¿Asfixiada? ¿Calor? ¡No! Algo raro tenía todo eso. Ese tono… Sus lágrimas habían cesado demasiado rápido. Me dio la espalda al acostarse. ¿Acaso olvidó mi presencia? Retiré un poco mi cuerpo, pero igual mantuve una de mis manos en su cadera. Quería sentir algo de control en ese momento. Nos quedamos dormidos.

El timbre de mi celular nos despertó. Era ya la medianoche. Noche de baile ¿Recuerdan? Aun con los ojos adormilados, nos levantamos y nos vestimos. Todo en completo silencio, con algunas sonrisas que se mezclaban con el aliento profundo que se tiene cuando se acaba de despertar.

Bajamos las escaleras tomados de la mano. La contemplaba, veía tras su vestido e imaginaba nuevamente su cuerpo desnudo. Así llegamos al cuarto, tercero, segundo y, finalmente, al primer piso. Caminamos hasta pasar un par de edificios dentro de la residencial donde vivo. La reja se abrió para nosotros.

– ¡Dense prisa, por el amor de Dios! –gritaba fuerte Sara que se encontraba en el taxi con Rosa–. Si no se apuran, ustedes le pagarán al conductor –añadió tajante.

Sara pertenecía a la iglesia mormona, creyente los domingos, santa los días de ayuda social, novia perfecta en las tardes y una mujer de mini faldas los sábados por la noche. Rosa acababa de cumplir la mayoría de edad. Cursaba el primer año de su carrera. Una mujer que a primera vista parece

mayor, pero sumamente influenciada por lo que nosotros llamábamos “locura hormonal”. Muy precoz, con una máscara de seguridad que poco a poco se fue derritiendo para mostrar lágrimas de la ausencia de amor. “Ojalá mamá me hubiera dicho que soy bonita”, me dijo una tarde. No le pregunté más, solo la observé mientras su rostro se dirigía al cielo. Las tres eran amigas y compañeras en la universidad. Eran las típicas chicas de una película adolescente, deseando disfrutar de la vida y la libertad que el ser adultas les ofrecía.

Sofía tomó mi mano, la apretó fuertemente y corrimos hacia ellas. Me despertaron de mi fantasía; aún tenía la sensación de su piel en mi cuerpo. Subimos al taxi. Las chicas en el asiento de atrás y yo junto al chofer. Escuchaba que reían mucho, se susurraban cosas y los *clicks* de las cámaras abundaban; pero pronto todo se difuminaría.

El universo está lleno de ideas y mi cabeza se convirtió en uno de mil estrellas. El sonido paró y los recuerdos familiares cobraron vida. Apenas tengo ocho años. Recuerdo muy bien esa película, más no el nombre. Una romántica de las que mi abuela me hacía ver con ella, mientras masajeaba sus cansados pies. Cuando aún no entendía bien las palabras de sexo casual o fornicación. Ahora las comprendía perfectamente. “Ese amor solo existe en las películas, nadie te puede amar con tanta sinceridad”, decía mi abuela. Evidentemente, solo la miraba y con rebeldía pensaba: Yo seré el primero que tenga su amor de película, siempre con los ojos fijos hacia al frente; además, ¿Quién no ha creído eso? Al igual que creemos poder mover un juguete con la mente, los niños también añoramos un verdadero amor. En el taxi, seguía siendo ese niño esperando su amor de película.

– ¡Hey, despierta, ya llegamos! –dijo Sara con su voz chillona mientras me tocaba el hombro.

A la izquierda se encontraba el club nocturno *Rainbow*, un típico local de ambiente de la ciudad, colorido y llamativo. Para Sofi y yo era la primera vez que íbamos a un lugar así. Sara fue quien lo había propuesto, con el argumento de la buena música, el espacio y el show de la una. Puedo afirmar ahora que lo más cómodo del lugar es no sentirse en ningún momento, desentonado. Las personas vestían curiosamente, algunas con brillantina encima y otras con prendas cómodas de fin de semana. Cada persona era tal y como quería ser. Por primera vez no tuve que inflar el pecho para imponerme como pavo real ante los demás.

Al bajar del taxi, le pagué al conductor. “Los caballeros pagan, Jean”, recordé un consejo bien impuesto por mi madre. También lo de entregar mi chaqueta para cubrir los hombros por si mi pareja, por tener los brazos descubiertos, sintiera frío, y lo más importante, dejarlas en casa, aunque luego no tengas dinero para regresar en taxi y tengas que hacerlo a pie.

Sofi sujetó mi brazo con ambas manos, mientras inclinaba su cabeza hacia mí. Era una imagen de película ochentera. Solo me faltaba el abrigo largo y un sombrero *Homburg* en la cabeza que lo retiraría para saludar a las personas. Entramos en el club. Nada diferente a los lugares que haya visitado antes, con excepción de una plataforma elevada en el centro y dos cubículos vacíos en los extremos de la pista de baile. Nos unimos a un grupo de personas en un ruedo, compramos unas botellas de licor y así comenzó la fiesta. Sofía me orientaba en el baile. Apenas me movía con pasos torpes. Ella movía su cuerpo pegado al mío. Era tan excitante como entretenido.

Pasó una hora; las luces se apagaron y una voz sonora y alegre anunciaba la presentación del *show*.

– Con ustedes, la bellísima *drag queen Nirvana*.

“¿*Nirvana*?” ¿Entenderán realmente lo que significa? Sonreí y un poco

más no solté una carcajada. Tuve que controlarme. Felizmente pude hacerlo. Ya imaginaba el rostro de Sofía, sus ojos fijos y molestos, diciéndome: “No me parece gracioso, deja de burlarte.” Nirvana salió al escenario. Era la primera vez que veía a… uno o una…, aún no sabía cómo definirlo. Ya más tarde entendí todo lo que representaban. Su rostro pictórico, como si de un lienzo se tratase, mezclándose los colores esparcidos, azules, verdes, rojos y negro. Todo extendido con cuidado, además de los labios con un color de rosa bien encendido. Un buen trabajo de maquillaje. La vestimenta realmente exagerada. Parecía que llevaba un *body* de color negro, dorado y rojo, con plumas pegadas en la espalda. Llevaba una peluca enorme, con un sombrero adornado de tal forma que me cuesta describir todos los detalles, y cómo olvidar los zapatos. Eran demasiado altos, el taco quizás de unos 20 centímetros y aun así podía moverse con gran facilidad.

Bailaba y al parecer actuaba. No entendí muy bien todo el *show*; pero era entretenido. Todos gritaban su nombre, aplaudían y la llenaban de piropos. No faltaron los: “¡Te amamos!” Era un ídolo nocturno, una representación aparente de las emociones que todos llevamos dentro.

Se sentó en una silla, elevó las piernas y con un último movimiento de pies, el *show* terminó.

– Jean, estuvo entretenido, pero la música es aburrida –resultó diciendo Sofía–. Ya me estoy cansando.

– A mí sí me gusta, se parecen a las canciones que escucho siempre –le repliqué animadamente.

– Pues, a mí no, yo quiero bailar, no estar tomando y estar parada donde apenas me muevo un poco –insistió.

– Pero, entonces bailemos, toda música se puede bailar, o, por lo menos, eso pienso.

– Pero entiende, a mí no me gusta esa música, entiéndelo. Ya me quiero ir –redundó Sofía y cruzó los brazos. Su expresión cambió entre molesta y triste.

Sara era la única que parecía divertirse, libre en su mundo. Rosa también estaba aburrida, se notaba en su expresión. Mucho peor cuando aparecieron hombres y mujeres en ropa interior bailando en cada cubículo. Quizás la impresión de algo que el mundo trata de ocultar y pensar siquiera que no debe existir, hace que nuestras cabezas se sientan confundidas.

– Jean, acompáñame a los servicios, por favor - dijo Sofi.

Caminamos de la mano sin hablarnos. Dos hombres pasaron muy cerca de mí. Percibí una mano que me acariciaba. Sentí haber sido violado y no tuve forma de defenderme. Llegamos a los servicios. Mientras la esperaba afuera me quedé mirando mi entorno. Las personas eran notoriamente agradables, pero definitivamente no pertenecían a ese lugar.

Sofi salió. El cabello lo tenía arreglado, los labios repasados de rojo y ya sonriente.

– Eres una cosita hermosa –le dije mientras la tomaba de ambas manos.

– Pues, sí. Es obvio –lo dijo en tono burlón.

Nos sentamos en la tercera grada de una de las escaleras. Nos quedamos callados un momento. Ella recostó su cabeza en mis piernas. Yo tan solo la acariciaba.

– Lo siento –dijo con voz quebradiza.

– ¿Lo sientes? ¿Por qué lo sientes? –le increpé.

– Es que por mi culpa estás aburrido.

– Claro que no. ¿Sabes?, a mí me da igual bailar o no –le aseguré.

– Pero ahora estamos acá sentados en la escalera, sin hacer nada y yo con sueño.

– Pues, quizá encontremos divertido ver escaleras. Solo recuéstate que ya nos iremos –concluí.

Por supuesto, era cierto lo que decía, no tenía problema alguno por eso. Vi sus ojitos que brillaban y que ya se sentía calmada. Me dio un beso en el cachete y me dijo: "¡Gracias!" Fue un segundo beso que sentí que realmente lo merecía; eran de esos besos que llenan por completo.

Ambos nos pusimos de pie y nos marchamos. No nos despedimos de nadie. De seguro tampoco nos irían a echar de menos. Caminamos hacia la salida. Tomamos un taxi rumbo a la casa de Sofía, y, desde ahí hasta ahora, comenzó su costumbre de recostarse en mis piernas. El trayecto fue un silencio total que solo fue interrumpido cuando llegamos a nuestro destino: su casa. Bajamos. Me aseguré de que entrara y con un "hasta luego" nos despedimos. Regresé caminando a casa. La noche ayudaba mucho: calmada y despejada. Pasé cerca de un parque y vi cómo la fuerza del aire resoplaba y movía las hojas de los árboles. Me encanta ver eso, me encanta la oscuridad en los árboles. Me llama, siento que me llama. Continué mi camino, sentía las tinieblas como una reconfortante sensación de arrullo.

VII

"¡Me hizo saludarlo!" Lo repetía tantas veces que hasta era enfermizo. Debo admitir que me obsesioné. Estaba reordenando cada uno de los sucesos que habían ocurrido ese día. Leía sus mensajes y aún no entendía por qué fue tan repentina su decisión. El día anterior me había pedido que le cocine y lo iba a hacer con mucho gusto. Saqué mi libreta y leí lo que había escrito.

"Se encuentra triste, no quiere decirme qué sucede. Pienso que es la

presión de la universidad. Trato de apoyarla, pero no logro hacer mucho, es muy hermética. He conversado de esto con Priscilla y me aconsejó que le diera tiempo, también enfatizó: ¡Que se sienta triste no significa que te vaya a dejar…!"

Ya era la medianoche y era el tercer día que no podía dormir. Era aún solo tristeza; nada que no se pueda remediar, pero era mi tristeza; así que solo me importaba mi persona. Tuve las ganas impetuosas de emborracharme. Tomé mi celular y comencé a llamar a cada uno de mis amigos y como decía mi abuelo: "las tragedias no vienen solas". Nadie estaba disponible. Mi tristeza creció con la soledad y dispuesto a cumplir mi cometido, salí a la calle a comprar licor.

Bajé lento y cabizbajo. Al llegar al primer piso caminé todo el trayecto a la salida. Crucé la reja, con el saludo nocturno de buenas noches al vigilante. Rogaba encontrar una tienda abierta cercana y fue el único instante que sentí que el cielo me escuchaba. A media cuadra, la señora Julia se encontraba despachando productos a una larga fila de personas. Era una mujer de unos sesenta años de edad. Tenía una bodega bien surtida de muchos productos, sobre todo cerveza. El edén de cualquiera que hubiese querido embriagarse en la madrugada. Atendía a través de una ventana que apenas contaba con un vidrio movedizo. La señora Julia era una mujer muy dulce que servía con una gran sonrisa. Algo lenta, debido a su edad; pero uno estaba dispuesto a esperar por ser atendido por ella. Nada en comparación con la bodega que se encontraba a la cuadra siguiente, la cual pertenecía a una familia evangélica. La administraba la Señora Nadia. Nunca, en los 5 años que vivo en esta zona, supe si estaba de buen humor o enojada. Siempre tenía la misma expresión o, mejor dicho, la misma inexpresión seria y, en definitiva, sentía mucha incomodidad en comprar ahí. La señora Julia, en cambio, era la mejor del mundo.

Esperé con tranquilidad detrás de otras cinco personas mientras observaba las caras de la gente. Un hombre, en particular, estaba sentado en una de las dos bancas que se encuentran cerca y fuera de la bodega. Un hombre algo regordete, tenía la mirada perdida mientras sujetaba fuertemente una cerveza mediana que apoyaba en su prominente vientre.

Pienso que notó que lo estaba observando, porqué inmediatamente dirigió sus ojos a los míos y me dijo: ¡Salud!, ¡salud amigo! Y ¡salud! por las mujeres que amamos y nos abandonan. Terminado eso, bajó la cabeza y lo vi llorar…; lo vi llorar y decir en silencio: ¡Perdóname, mamá, por olvidarte y abandonarte por un amor que no merecía la pena! En una situación normal hubiera dicho: ¡Pobre hombre! Ahora mis ojos respondían: Te entiendo. Uno no bebe para olvidar, uno bebe para recordar mejor. Buscaba que doliera aún más.

Tomé el celular. Comencé a buscar opiniones de mi situación en internet. Encontré en un foro un comentario que decía: *"Ahora no existe el amor de tu vida, sino los amores de tu vida"*. La idea era simple. Enamorarse era parte de un proceso que servía en nuestro desarrollo y una ruptura no era más que una de una larga lista de más rupturas, hasta poder encontrar la pareja que se adecue a tu vida y formen una familia. Obviamente, podría decidir dejar de lado los recuerdos de amores pasados y continuar con alguien. Pero…, ¿qué pasaría si a ese alguien que elijo… yo no soy su último amor? Sería uno más de su propia larga lista. Y yo… tendría que aceptarlo y seguir buscando. Aparte encontraba muchos otros comentarios acerca de las relaciones que se dan por miedo y una vil y falsa apariencia para el mundo, que los seres humanos somos infieles por naturaleza y bla-bla-bla… Todo falso, nada real…, miedo…, miedo…, miedo…, placer (por ratos) y más miedos. "¡Qué gente! Ellos están peor que yo".

Sin darme cuenta de que ya era mi turno, tuve que fingir una sonrisa, la

cual fue recibida con otra igual. La señora Julia no decía nada, solo con sus ojos soñolientos mirándote, sabías que debías hacer tu pedido.

– ¡Buenas noches! –seguía intentando mantener la sonrisa–. Necesito un *sixpack.*

Inclinó la cabeza dando la señal de afirmación. La bodega era diminuta en la parte delantera. Tenía un refrigerador azul en la parte izquierda y uno rojo a la derecha, ambos en los extremos. En el centro y más pegada a la izquierda, una repisa con dulces, todos mezclados y muchos superpuestos entre sí. En la parte alta, enganchados había dulces, maní y otras golosinas, y en la derecha, cerca del refrigerador rojo. Hacia atrás, un callejón en la que tenía tablones de madera empotrados a la pared, donde se disponían a la vista: comestibles enlatados y huevos de gallina; además, hacia el fondo, estaba todo el suministro de productos extra, mucho más de lo que aparentaba a simple vista. Del refrigerador Azul, retiró el *pack* de seis latas. Me las entregó dentro de una bolsa oscura. Le pagué, y, con unas buenas noches, me retiré a mi casa. Ya no miré el rostro de la viejecita, pero imagino que seguía sonriendo. Tampoco me fijé si el hombre barrigudo seguía sentado en la banca, pero imagino que ya no; todos en algún momento debemos regresar a lo que consideramos nuestro hogar, ya sea para llorar o para soñar. Me retiré lo más rápido que pude; deseaba sentir el alcohol en mi cuerpo lo más pronto posible. Ya en las escaleras, las subí corriendo y dando saltos, casi sin sentir el cansancio.

Abrí la puerta despacio, me dirigí a la cocina y coloqué tres cervezas en la nevera, luego fui hacia el comedor y me senté en una de las seis sillas. Abrí una lata y di un sorbo largo. Encendí la computadora. Me puse a ver detenidamente sus fotos, felizmente aún tenía mucha fortaleza para no llorar bajo ninguna circunstancia, y, apenas pasada media hora, la ira me superó. Abrí el *chat* y le escribí un mensaje en estos términos:

“Al inicio *tú eras la que veía mal que no quisiera una relación. Pero lo intentaste y tú fuiste quien pidió estar conmigo. Luego no querías que te viera como una niña y te comenzaste a entregar a mí diciéndome que me lo había ganado. Luego de que pudimos ser pareja, comenzaste a decir que tu propósito de la relación era solo pasarla bien, cosa que debí tener en cuenta, así jamás me hubiera enamorado. Pero me decías que nadie te había tratado como yo, estabas hablando de mí a tu familia y me sentía orgulloso. Me decías que te encantaba cuando nos besábamos y estábamos completamente desnudos, y caí pensando que estabas tomando las cosas en serio. Estoy bastante enojado porque te vi como una mujer que sabía lo que quería y pensaba con claridad. Ahora pienso: ¿Acaso no deseabas a alguien como yo? Curiosa la vida, pero así es. Ahora te veo como una niña, inmadura y frágil. Sin embargo, solo diré esto una vez porque necesito decirlo: no deseo volverte a ver ni hablar y con el tiempo tú serás una chica más, y yo seré un chico más. Pero no vuelvas a decirle a otro hombre las cosas que me decías a mí, porque cabe la probabilidad de que ese chico se enamore de ti, igual como yo me enamoré de ti. Porque si solo quieres pasarla bien, no necesitas estar creando un mundo que te haga sentir especial. Cuídate y ya sabes: todo estará bien, porque la vida es así. Todo se olvida, todo mejora.”*

No respondió el mensaje. Apenas apareció la señal azul de que lo leyó. Sentí que había realizado mi cometido. Así que ahora solo quedaba tomar.

VIII

¿Cuántas veces no has planeado cambiar

tu vida al despertar de un sueño?

Al día siguiente de haber visitado el club *Rainbow*, desperté sumamente contento. Eran las diez de la mañana. Cogí mi celular que se encontraba al lado izquierdo en la mesa de noche. Vi el mensaje de Priscilla. "*¡Hey!, despierta, es demasiado tarde. Debes explicarme por qué no puedo ver tu última conexión, ahora ya no sabré a qué hora te vas a dormir. Y antes de que lo olvide, supe que saliste con tu nueva chica, espero hayas bailado o por lo menos no te hayas caído*."

Priscilla era una amiga que la había conocido hacía apenas seis meses. Habíamos congeniado muy bien; teníamos muchísimas cosas en común; pero, simplemente, éramos, como le decía, "amigos virtuales". Era muy difícil vernos en persona, prefería estar en casa y amaba mucho estar sola, al igual que amaba las galletas de chocolate, los *frappuccinos* y todo lo que era dulce. Probablemente, su sangre sabía a cacao, un vampiro hubiera sufrido un coma diabético si se alimentaba de ella. No tardé mucho en responder, y escribí: "*Hola Priss. Siento mucho que ya no sabrás a qué hora duermo; pero prefiero evitar futuros reclamos; ya sabes, creo que al final de todo estaré con Sofi. Ayer fue la primera vez que estuvimos desnudos. Fue genial. Además, ocurrieron un par de cosas que enternecieron mi corazón.*"

– ¡Ay, Jean! No te aguantaste, pero ni modo. Ahora quiero que me hagas un superresumen de lo ocurrido.

– ¡Ja, ja, ja!, pues, acá lo tienes:

Ayer intentamos hacerlo, o sea, ya sabes, tú me entiendes. Pero en un momento en específico ella no pudo, tenía mucho miedo. La sentí muy frágil, me encantó.

– No me vengas conque porque es virgen es lo mejor del mundo, porque recibirás un par de patadas.

– ¡Noooo! Me refiero a que siento que puedo tener una hermosa historia, la cual se va a escribir lentamente. No es necesario recibir tus patadas ja, ja, ja.

– Voy a llorar de la emoción. Al fin encontraste alguien con quien te sientes bien y si tienen bebés yo quiero ser la madrina, ¡ja,ja,ja!

– ¡Ja,ja,ja!, no vas a ser madrina de nada por mucho tiempo. Priss, me despido, cuídate mucho.

–Cuídate mucho y ten un buen día.

Retiré el único cubrecama que usaba para dormir. Mis hombros y espalda estaban helados. Siempre despierto con frio, pero me niego a usar ropa para dormir, prefiero estar desnudo, es más cómodo. Tampoco quiero una manta extra porque el calor sería excesivo, ni el truco de descubrir un pie hubiera servido. Estiré los brazos y luego las piernas, seguidamente retorcí mi cintura a la derecha y mi cuello a la izquierda, y, sin que lo olvide, dibujé una enorme sonrisa. Ahora ya no era por lo de la noche anterior, sino porque estaba siguiendo un plan de mejora espiritual, si así lo puedo llamar. Debía sonreír todos los días al despertar, durante quince días seguidos: Meditación de la risa, así se llamaba y era el cuarto día que lo practicaba. Me paré y comencé a vestirme: ropa interior cómoda de algodón, un polo gris y un pantalón negro, uno que me quedaba muy holgado, había adelgazado bastante; así que, al caminar, periódicamente, tenía que estar alzándolo. Me puse las zapatillas azules de lona, bajas y planas, para mí que me encanta correr, no eran muy cómodas, pero me quedaban bien.

Miré a mi alrededor, todo estaba un desastre. La ropa limpia acumulada en la silla que estaba junto al escritorio, y encima de este, un par de platos sucios de la cena de hace dos días que no retiraba. La cama obviamente desarreglada, y que, por cierto, no la iba a tender en ese

momento. Al frente un pequeño librero, los libros estaban ordenados, pero se encontraban empolvados. El piso blanco ya tenía manchas bastante notorias. Felizmente ayer solo encendí la luz amarilla de la lámpara. Estaba ya vestido. Coloqué música en mi celular, me sentí lleno de energía y así empezó mi día.

Es difícil tratar de recordar lo que en ese momento desayunaba. Mi dieta era desordenada, un tiempo comía bien, otro día comía lo que la calle me ofrecía, o, simplemente, no lo hacía (esto último ya era porque me gastaba todo lo que tenía para el mes en alguna borrachera). Lo más probable era que no haya desayunado y solo me haya sentado a la computadora. Quedé interrumpido por un peculiar sonido, uno que empieza despacio para luego variar en intensidad y rapidez. Tenía un ritmo peculiar, el cual me permitía reconocerlo.

– ¡Jean, abre de una vez! –gritó Daniel–, deberías dejarme una copia de la llave y todo sería más fácil.

– A ti no te daría ni un pedazo de pan duro –le contesté–; pero no tengo otra opción que dejarte pasar. Así que entra –agregué en tono burlón, mientras me dirigía a recibirlo– y deja ya de golpear la puerta y hacer que los vecinos piensen mal.

– Yo solo hago lo que está escrito en la puerta –me replicó fingiendo sorpresa.

– ¿Qué está escrito, a qué te refieres? –le increpé.

– Ven y leelo.

Abrí la puerta. Me acerqué y con cuidado vi lo que al principio parecían unos rayones, pero al mirar con detenimiento pude observar unas letras que decían: *“El dueño duerme hasta tarde, para ser atendido golpeé fuerte.”*

– ¡Por Dios! ¿Qué necesidad había de malograr la pintura? –reclamé sin mostrar enfado.

– Yo no he sido, tampoco sé quién fue. Solo he dicho que yo hago caso a lo que dice en tu puerta, y, con tu permiso, quiero entrar que estoy cansado.

No bien estuvo dentro, sin mucha demora, se sacó los zapatos, tomó un cojín para usarlo de almohada y se recostó en uno de los muebles. Daniel llegaba a mi casa porque odiaba mucho estar en la suya. Yo también odiaría estarlo, con un padre soberbio que siempre infla su ego cuando habla de los pocos libros que había leído y con sus rutinarios quejidos en temas políticos. Su vida era una queja constante, y todos sus problemas eran causados por el gobierno, menos por él mismo.

No siempre fuimos tan buenos amigos con Daniel. Tuvimos muchos problemas al inicio de nuestra amistad. Él era y es una persona fácil de intimidar, por su contextura regordeta, su poca habilidad deportiva y su hábito aprendido de su padre: el de andar quejándose de la vida. Me odiaba porque me reía de él. Con el tiempo, Daniel aprendió a reírse de mí, desde aquella vez que totalmente frustrado vino a verme, lloró como un niño y allí comenzó una amistad. Las burlas no cesaron, pero ahora las compartimos como amigos.

– Jean, tengo que contarte algo –me dijo aún cansado–, nuevamente mi frustración.

– Cuéntame qué sucedió con Lucia –le inquirí mientras creaba en mi cabeza formas de molestarlo.

– ¿Cómo sabes qué se trata de ella?

– No existe otra persona en el mundo que te saque tanto de quicio que Lucia.

– Tienes mucha razón –me dijo–; lo que sucede es que no la entiendo y aunque hablo con ella, siempre es lo mismo.

– Cuéntame –le reiteré y me senté cómodamente frente a él.

– Sucede que cuando nos encontrábamos solos en su casa pensé que iba a ser nuestra oportunidad. Sabes que solo hemos tenido una relación de "manitas sudadas" estos dos años. Estábamos en el mueble; comenzamos a besarnos. La cargué, e hice que se sentara en mis piernas y… ¿Sabes lo que dijo? –preguntó con evidente enojo.

– ¿Qué respondió? –le dije con ganas de soltar una carcajada.

– Dijo: *"Mi mamá dice que no debo hacer este tipo de cosas; así que mejor vayamos a pasear"* –y adoptando una expresión sulfurante continuó– ¿Acaso entiende que ya no es una niña? No puede dejar de hacer todo porqué "su mami dice". Además, eso no es lo peor de todo.

Solté en ese instante una gran carcajada y tratando de pronunciar bien le pregunté:

– ¿Qué fue lo peor de todo?

– Luego de aceptar que salgamos de la casa, al detenernos un instante, la besé y, sin darme por vencido, comencé a acariciar su cuerpo y, al punto, me empujó y me amenazó con terminar conmigo si lo volvía a hacer.

– Definitivamente, estás en una relación frustrante amigo. Al parecer, su mamá le ha dicho que esas son cosas del diablo –le dije y reí hasta más no poder.

– Ya tiene veintiún años y lo mucho que hemos logrado avanzar es darnos un beso con lengua. En serio, me enoja y encima no quiere hablar sobre por qué me terminó hace un mes. Todos sabemos que la razón es porque le gustaba otro chico, todos sabemos eso y ella no quiere hablarlo. Me

siento estúpido al soportarla de esta manera, quiero acabar con todo.

– Esta debe de ser la decimoquinta vez que me vas a decir que le vas a terminar.

– ¡Sí!, pero sigo siendo terco, siempre con la misma terquedad de todas. Yo quiero estar con ella en la cama; la he esperado durante dos años – me dijo como una queja y sus ojos mostraban menos rabia, pero un poco más de tristeza.

– Nunca podrás obligarla a ser otra. Decidiste amarla conociendo cómo era, no es culpa suya sino tuya. Ambos sabemos que es muy infantil; pero, ni modo, ella aprenderá la forma de cambiar, aunque quizás no sea contigo – respondí de forma calmada.

Lucia era también compañera nuestra. Tenía veintiún años, estatura mediana, delgada, y usaba lentes. Éramos muy buenos amigos; yo sabía los problemas de Lucía tanto como los de Daniel. Ella se había enamorado de un chico de la carrera, aun estando con Daniel; pero nunca pudo manejar la situación; así que recurrió solo a terminar su relación esperando que de alguna manera el otro chico se fijara en ella, cosa que nunca ocurrió. Se sumió en la más absoluta tristeza y, como en tantas conversaciones que tuvimos, sabía que tenía la autoestima dañada, se sentía fea, poco inteligente y débil, creía que la única persona que la veía hermosa y perfecta era Daniel. La muchacha regresó arrepentida, no por amor, sino por necesidad, necesidad de amor, que son cosas muy distintas.

Daniel ya se había calmado, como él mismo me había dicho hacía unos días: “Ya superé lo peor antes y supe que pude seguir sin ella.” Me miró y preguntó:

– ¿Cómo te va con Sofía?

– Siendo sincero, me va genial, aunque aún no somos pareja. A mí sí

me deja tocarla –le guiñé el ojo.

– ¡Maldito! –alzó la cabeza y volvió a recostarse–. Dijiste que saldrías ayer, cuéntame lo que ocurrió.

Relaté casi toda mi historia de ayer, aunque guardé las escenas privadas solo para mí.

– Jean, no te ilusiones –me aconsejó.

– ¿Por qué no habría de hacerlo? –le repliqué.

– Hay algo raro –me dijo con un tonito adusto–. Solo quiero que recuerdes que las mujeres son buenas actrices. En un momento son tiernas y bondadosas, y en otro son frías. Tampoco olvidemos la facilidad con la que pueden llorar.

– Lo sé. Te entiendo; pero te puedo jurar que ella es especial –le recalqué–. ¿Recuerdas lo que siempre hemos hablado de las relaciones?

– Sí, hay mujeres para el diablo y mujeres para Dios –me refutó, y nuevamente noté la marca de una sonrisa en sus ojos–. Recuerdo eso.

– Exacto –le dije–, ella es del segundo grupo, aunque aún es una chiquilla, pero con el tiempo podríamos llegar a aprender mucho. "¡Hombre estúpido! ¿Acaso no ves las señales?", diría Didier, estaba distorsionando la realidad, la exageraba y la coloqué en un pedestal.

– ¿No crees que estás apresurándote en sentir algo? –insistió bostezando y con los ojos rojos.

– Quizás tengas razón, aún nos conocemos poco tiempo. Ya veremos qué sucede más adelante.

– ¡Sí! … Además… –y en ese instante Daniel se quedó dormido. Típico en él: quedarse dormido.

El resto del día pasó tranquilo. Daniel solo se levantó para ir a almorzar conmigo donde casi todo el tiempo hablaba de lo hermosa que era Paola, la mesera. Él dormía, veía una película, o se dormía mientras la veía. Creo que, a veces, tenía pesadillas, pues, gritaba y luego se calmaba. No recordaba nada al despertar. A veces lo filmaba; así teníamos de qué reírnos luego.

Por mi parte, yo comencé a desarrollar una monografía en torno de la biología de Sofía. Me convenció rápidamente con sus ojos de cachorro y con unos besos en la mejilla. Utilicé la técnica milenaria de sacrificio: haciendo trabajos de otros para ganar su cariño. Tampoco entendía por qué lo hacía, me negaba aún a ser su enamorado, aunque me lo pedía muchas veces; pero me comportaba como si tuviera responsabilidades mayores sobre ella. “Jean, no te ilusiones”, la voz de Daniel resonó en mi cabeza.

Llegada la noche me quedé nuevamente solo en mi departamento. El cielo estaba visiblemente lúgubre. Los gatos peleaban en los tejados de las casas vecinas, dejando escuchar sus maullidos resonantes y molestos. Me aseguré de cerrar todas las ventanas. El aire resoplaba y chocaba fuertemente en los cristales, con algunos silbidos leves y prolongados, como si fuesen ocasionados por personas cercanas. Me encerré en el cuarto, encendí la lámpara. La confortante luz naranja alegró un poco el ambiente. Algún vecino se había despertado y sus pasos dejaban escuchar claramente un eco acompasado y rítmico, y el espacio silencioso no me permitía saber de dónde venía. A veces escuchaba el ruido en el piso de arriba, otras veces en el piso de abajo y, muchas otras, detrás. “Tu Biblia, hijo mío, no olvides colocarla bajo la almohada”. Ese consejo maternal funcionaba de niño, pero ahora ya no. Ahora solo dejaba la lámpara encendida para mitigar la sensación de miedo. Apenas un insecto revoloteaba el lugar, haciendo agitar sus alas. Pronto paró todo y lentamente fui quedándome dormido, para luego soñar:

La casa no podía por un instante parecer triste con aquella niña junto a mí, cuya piel blanca podía iluminar la habitación donde llegase y con unas pequeñas súplicas conseguía que le hiciera cualquier favor. En ese momento sus ojitos rogaron por comida y la casa olía completamente a dulce, pero faltaba algo: un ingrediente. Tuve que dejar la casa sola, al cuidado de la hermosa niña. Al salir crucé raudamente un jardín gris con plantas secas a su alrededor. La gente caminaba moribunda y con la mirada fría. El cielo estaba oscuro y lúgubre. El aire revoloteaba formando pequeñas ondulaciones. Caminé temeroso a una tienda, buscando y buscando. A lo largo del camino aparecieron tres niños con máscaras que se acercaron tan pronto como el aire seguía girando en mi alrededor.

– ¿Sangre o truco? –Balbuceó.

– ¿Qué?

– ¡La niña nunca más aparecerá! –gritaron al unísono y las voces se disolvían en el espacio como humo.

Corrí desesperadamente a la casa, pasando por ese jardín sombrío y triturando las flores marchitas del suelo. Abrí la puerta y entré. Era cierto, el brillo había desaparecido. Todo se tornó opaco. Grité un nombre, uno que jamás he vuelto a recordar, sin obtener respuesta más que el silencio de las hojas secas que viajaban por el suelo. La olla, aún con aroma dulce, se hallaba en el suelo, sin el contenido, ni siquiera rodeándola. La desesperación envolvió mi cuerpo, grité en un silencio ahogado que hizo precipitarme al suelo y ver cómo el tiempo transcurría con el paso de los días.

– Debes levantarte y explicarme –escuché la voz de una mujer que se acercó, me cogió de la mano y me levantó.

– ¡La perdí, mamá! ¡Desapareció! –grité.

– Lo sé, por eso traje ayuda.

Cerca de ella se hallaba un hombre que llevaba poncho y sombrero. Observó todo el lugar con los ojos igual de sombríos que el cielo. Caminó y examinó cada rincón de la casa hasta que pudo dar con una puertecilla empotrada en la pared.

– Observen, solo observen y guarden silencio –dijo, para luego seguir pronunciando unas palabras muy extrañas.

Acabó todo. El hombre abrió la puerta y señaló su interior. Al inicio no pude ver bien, pero pronto, toda la escena fue tan triste como escalofriante. Dos filas de niños sentados y recostados en la pared del interior. Tenían la piel lacerada con llagas abiertas; parte del cabello les faltaba y tan solo un ojo parecía ser real, pues, el otro tenía la apariencia de una redonda piedra caliza. Intenté correr hacia el lugar, pero el hombre me detuvo. Pude interpretar su mirada. Colocó una marca en la puerta. Dijo una palabra y la pequeña niña salió de su letargo, se levantó, caminó y cuando se vio fuera, comenzó a moverse con pasos torpes sin poder fijar una mirada de vida con nosotros. Avanzaba como una marioneta, sin rumbo y casi como si se arrastrara. Al mismo tiempo, la puerta se cerró.

– Cada día, a las tres de la tarde –dijo el hombre– deberán dar dos toques a esta puerta, esta se abrirá y saldrá la niña. Eviten tocarla y aunque le hablen, ella no responderá.

La pequeña criatura, con su lastimoso aspecto, se limitó a caminar sin rumbo alguno, como una cucaracha extraviada en una cocina limpia. Arrastrando un pie y sin la luz de sus ojos que tanto amaba, ella poco a poco fue entrando nuevamente por aquel callejón lleno de niños.

Los días transcurrieron con el mismo proceso, con la presencia de aquellos niños casi muertos, sin ningún signo de vida, con mi pequeña

merodeando el lugar como una muñequita de baterías. Entonces, ahí estaba, viendo la escena repetirse en mi cabeza, en un bucle infinito, hasta que… tan notorio, vi una hoja de papel dentro de aquel callejón, nunca me advirtieron que no podía entrar; así que me arrastré y cogí la hoja, los niños ni se inmutaron; pero pude ver lo sombrío del dolor en su mirada. Torpe, con miedo y apresuradamente salí de ese sitio. Sentía que mi corazón aceleraba su latido; mi respiración se agitaba y el viento continuaba desplazando de un lugar a otro las flores marchitas del jardín.

Pocas veces he podido leer algo en un sueño; sin embargo, en este pude hacerlo, aunque solo por partes. En la hoja había quince preguntas, de las cuales, instintivamente, supe responder las primeras cinco. No recuerdo cuáles, pero recuerdo perfectamente aquella niña que deambulaba por el cuarto que se recuperaba con cada respuesta correcta que podía dar. Dejó de cojear, recuperó un poco de cabello; algunas heridas sanaron y, ante ello, sentí una dicha plena. Me senté en una silla vieja, rechinante y sucia. El viento ya no molestaba mi concentración y, entonces, comencé a escribir. Llegué a resolver solo nueve benditas preguntas antes de que mi mente se bloqueara; oí sonidos fuera del sueño y la luz del sol que iba desvaneciendo ese mundo. Olvidé los consejos, olvidé todo y solo arremetí con mis brazos abiertos hacia la niña y la abracé. Miré sus ojos aún muertos y antes de que despertara grité:

– ¡Espérame! ¡Volveré! ¡Te salvaré!

IX

Podría parecer lo contrario, pero en mi memoria son cercanos los días en que mamá hablaba sobre el amor: “hijo, amar también es saber decir adiós”. La frase tenía poco impacto para un niño; en cambio ahora,

continuamente, sigo recordándola y siento que puedo entenderla cada vez más. Tampoco comprendí mucho sobre lo que, realmente, me quería enseñar del amor. Las madres aman de una manera y las novias de otra. Tampoco estuve preparado para el dolor que puede traer el hecho de enamorarse. Si mamá lloró por amor, nunca la vi, y si reclamó al cielo por su dolor, probablemente lo hizo cuando dormía y era incapaz de entender. Por eso solo aprendí que amar es ser feliz, únicamente. Lo peligroso que resulta crecer a lado de alguien a quien solo lo vez sonreír; y es porque crees inocentemente que cualquier mujer a quien le entregues tu amor, te recompensará con amor, o eso es lo que ella siempre repetía. “Somos ingenuas, hijo, podemos caer en las mentiras más obvias por un poco de cariño y si nos entregan todo, nos entregaremos con mucha devoción". Mi madre debió conocer muy poco del mundo, porque en cada lugar existe una persona diferente, y generalizar es un gran error. La vida puede sumar y quitar elementos. El niño llorón puede convertirse en el héroe más valiente y quien predicaba un corazón de hierro puede caer en la desdicha total. Podemos estar seguros de muchas cosas, pero la vida siempre ofrecerá vivir algo de lo que no estamos prevenidos. Suelo pensar que el amor no es para mí; sin embargo, el capricho me lleva a desear sentirlo, quizás para revivir aquella permanente sonrisa que tengo en mi memoria.

– ¡Siento que estás aburrido! –exclamó Sofi.

– No lo estoy –le dije con un gesto nostálgico–. Solo estaba recordando cuando era pequeño. ¿Te apetece ir a comer? –agregué.

– No tengo ganas –me dijo–, además ya debo ir a mi casa. ¿Me acompañas?

– Sí, en el camino podríamos hablar de matemática. –le dije con tono alentador.

– ¡Qué aburrido, en serio! ¿Sabes?, odio la matemática –me espetó con un gesto de disgusto.

– Entonces hablemos de… –no supe qué decirle y mejor me quedé en silencio.

En aquel momento no pude pronunciar nada, a pesar de que podría haber hablado de varios temas. Así que nos quedamos en silencio. Tampoco me preguntó por qué no terminé la frase y caminamos a la salida. Atravesamos el patio principal de la Universidad. A la izquierda se encontraba la cafetería que, aunque tenía altos costos, era el lugar más cercano para poder comer en momentos de hambre o ansiedad, y qué mejor lugar para ser ansiosos que la universidad. En el centro del patio se encontraba la pileta con el ilustre personaje del cual tenía nombre la institución; ya saben, marketing estudiantil. Era nuestro "modelo que deberíamos seguir", y cada vez que lo pienso solo puedo burlarme de eso. Los gatos caminaban como dueños del lugar, esponjosamente arrogantes y poco dóciles para acariciar. Sofi fue quien rompió el silencio:

– ¡Qué preciosura! –exclamó tan fuerte que las personas de nuestro alrededor pudieron escucharla.

– ¿A qué te refieres? ¿Al cielo? –le pregunté mientras señalaba hacia arriba.

– ¡Claro que no! –me respondió–. Me refiero a ese gato de color de perla que camina por tu delante.

– A mí no me gustan mucho los gatos –dije con poco entusiasmo.

– Lo que pasa es que debes de ser un insensible –me increpó mientras se acercaba al animal para acariciarlo.

Los amantes de los gatos afirman que existe un décimo círculo en el

infierno para aquellos que no aprecian a esos felinos. Tampoco puedo imaginar claramente qué tipo de castigo nos espera ahí. Sus pequeños actos no eran para llamar mi atención, pero lo hacían. Abrazó al animal con tal cuidado y alegría que era imposible no contagiarse de su circunstancial actitud. Me acerqué también lo más que pude e intenté acariciarlo, y Sofi, con un gesto que demostraba palmariamente ser dueño de la razón expresó:

– ¿Ves? ¡Es hermoso!

– Por supuesto que lo es –respondí mientras la miraba fijamente.

– Deberías adoptar uno, o sino un perrito. ¡Sí, adopta un perrito! –exclamó con tal entusiasmo que rompí en carcajadas.

– Lo pensaré. Quizás más tarde –respondí.

– Quizás más tarde ya no quieras –me dijo con evidente desánimo mientras dejaba de acariciar al animal.

Dejamos que siga su recorrido la indefensa criatura y así salimos por la puerta principal. Lo más común era encontrarnos con un viejecillo, cercano a los ochenta años, que vendía chocolates de muchos rellenos, con cabello blanco, bien afeitado y con una sonrisa totalmente dulce. Nunca lo escuché decir una palabra, pero se sentía que hablaba con la mirada. Cruzamos dos avenidas y caminamos hacia su casa. Habrían transcurrido ya unos cincuenta minutos de recorrido, así que teníamos para conversar, eso esperaba, porque el silencio excesivo no ayuda, menos cuando estás saliendo con alguien. Faltaba una semana para que acabara agosto. La primavera estaba pronto a empezar, así que todo el entorno tenía un color mágico, a mi gusto, claro. Caminamos diez minutos más, hasta que se me ocurrió preguntar lo más obvio:

– Te encantan los animales, ¿verdad?

– ¡Por supuesto! –afirmó–. Los pobrecitos no tienen cómo defenderse. Hay perritos indefensos que solo buscan un hogar, igual que los pobres gatitos. Si pudiera me los llevaría todos a casa.

– Yo pienso que la adopción no es la solución al problema y esto sucede porque… –me detuve al ver su mirada puesta en mí.

– Si tú fueras un perro de la calle, ¿no te gustaría ser adoptado? –inquirió con fuerza–. ¡Por supuesto que sí! ¡Ojalá todos adoptáramos! –agregó.

– Lo que sucede es que, como todo problema, abarca más cosas, por ejemplo… –volví a detenerme, sabía que no era la respuesta que le hubiera gustado escuchar.

Apenas avanzamos un par de cuadras, instintivamente, se me ocurrió empujarla con mi hombro. Fue divertido ver su expresión de enojo, pero con una pizca de venganza. Ella esperó el momento adecuado y también me empujó, aunque usó las manos porque no tenía la fuerza suficiente. Y así lo hizo varias veces hasta que pude calcular el momento preciso y poder retirarme, y así conseguir que su cuerpo se viniera abajo a causa de la gravedad. Si no hubiese sido porque la sostuve a tiempo, probablemente hubiera dado en el suelo. Acabamos riendo en demasía y así nacieron nuestros primeros juegos, un juego de actuación.

– Jamás Pensé que podrías ser capaz de serme infiel con semejante desparpajo –reclamé furioso.

– Ese desparpajo es mejor hombre de lo que tú nunca serás –me increpó.

– Ahora solo eres una cualquiera –le respondí con arrogancia–, piensas que te tomará en serio a sabiendas que estás casada.

– Claro que sí, porque no es un ser insensible como tú; además, él sí tiene mascotas –me habló con acusado desenfado.

– Él solo te usará como el objeto en que te has convertido, como un remiendo de muñeca de trapo –repuse mientras intentaba sujetarla por los brazos.

– ¡Ni siquiera intentes tocarme! Ahora me llamas de esa forma cuando antes me llenabas el corazón de palabras dulces, no estuve equivocada al actuar así –me encaró y comenzó a adelantarse para tratar de dejarme atrás.

– ¿A dónde piensas que vas? –le reclamé a viva voz–. Regresa, que no hemos acabado. –le volví a decir y aceleré el paso para intentar alcanzarla.

¡Deja de seguirme! Deja a esta cualquiera que se vaya de tu maldita vida –gritó furiosa, mientras las personas de nuestro alrededor nos miraban extrañamente y sin saber qué hacer.

– ¡Vuelve! Aún te amo y sé que me amas –le dije al momento de estar a su lado–. Vuelve porque te necesito.

– Jamás volveré a… Lo siento, Jean, no puedo contener la risa –me dijo al tiempo que comenzó a reír tanto que se tuvo que acuclillar para cogerse el estómago–. ¡Esto es demasiado! –continuó y no paraba de reír.

– Lo sé, es demasiado divertido. Creo que deberíamos dedicarnos a la actuación.

– Aunque, déjame decirte querido, yo soy mejor actriz –dijo con suma picardía mientras se levantaba del suelo.

– ¡No es del todo cierto, querida!, pero solo esta vez te dejaré ganar.

– Antes de que lo olvide, quiero pedirte un favor –me dijo con un poco de vergüenza–, ¿podrías ayudarme en matemática?

– Déjame pensar… ¡mmm…! Tal vez…, quizás…, probablemente.

– ¡Ya! ¡Basta! ¡Dime, por favor!

– Lo haría encantado y más aún podría entrar en tu aula contigo y así estar más pendiente de ti. Como esta tarde es tu clase –le aseguré– te veré en la universidad.

– ¡Eres el mejor! –exclamó con mucho entusiasmo.

Tan pronto como dijo eso, llegamos a su casa. Nos dimos un beso en los labios, tal cual enamorados, y nos despedimos con la intención de vernos en su clase. ¡Sí! Agregar más horas de estudio a mi vida, en un salón de clases que siempre odie estar; pero ahí estaba yo nuevamente.

X

El reloj de la pared del aula marcaba las cuatro de la tarde. Sentados al final, estábamos Sofía, Rosa y yo. Esperábamos la presencia del profesor. Ambas cotilleaban sin dejar de reír y yo no tenía el menor interés por descubrir que tramaban. El ruido cesó por la presencia de un hombre de traje que ingresó al lugar. Un hombre ridículamente bajo y obeso caminó hacia el escritorio, dejó su maleta y sacó dos plumones. Apenas dirigió el saludo a dos alumnas de la primera fila para luego comenzar a escribir en la pizarra: El teorema de... no importa lo que intentaba enseñar. La sonrisa de Sofía desapareció totalmente, tenía el lapicero listo para escribir como si fuera una maratón.

“Debemos cambiar el signo al otro lado de la igualdad, para luego...” –se escuchó decir al profesor y continuó su lección, tan fluida y rápidamente que parecía estar dando una clase a sí mismo.

La mano de Sofí escribía sin parar, sin tener siquiera tiempo para entender qué significaba cada símbolo o cada proceso. Sus hombros se

elevaron tensamente y sus piernas se agitaban abanicando el aire. Puse mi mano sobre su hombro y le hablé:

– No te preocupes. Luego te ayudaré a repasar. Yo haré que entiendas.

– Eso espero, Jean, me asusta la idea de desaprobar –dijo suspirando y dejando de escribir.

– Trata de calmarte y hablemos un poco, al profesor poco le interesa lo que hacemos –le propuse.

– ¡Está bien! –me aseguró.

– Como tú me gustas mucho –le dije y era una de las primeras veces que se lo decía–, quisiera saber más de ti y lo anotaré en mi cuaderno.

– ¡Oh!, de acuerdo –musitó con cierto desánimo.

– ¿Cuándo es tu cumpleaños?

– El cuatro de mayo –me contestó secamente.

– ¿Cuál es tu signo?

– Tauro.

– ¿Tus pasatiempos?

– Déjame pensar… pues… Dormir, comer, escuchar música… Amo pintar y bailar. Y, pues, también me enojo mucho.

– Es gracioso que eso sea un pasatiempo, es muy interesante. ¿Tienes mascotas? –continué indagando.

– Sí, dos perros: el menor se llama Danko y la mayor Sasha, la más traviesa. Ambos son mis amores.

– ¿Qué es lo que más te gusta?

– El atardecer y la noche.

– ¿Tus libros favoritos?

– *Y de repente un ángel, abril y rojo*.

– ¿Quieres salir a comer…? –le pregunté como quien aprovecha la oportunidad, pero en ese momento Rosa nos interrumpió y con un movimiento en los ojos y haciendo una mueca dijo:

– Sofi, pregúntale.

– Cierto, Jean, tengo muchos trabajos que hacer. Le había dicho a Rosa que quizás nos permitirías estudiar en tu casa; sería mucho más tranquilo porque vives solo.

En ese instante me acerqué a su oído y sin que nadie más escuche le pregunté:

– ¿Dormirás conmigo?

– Todo dependerá de esta noche –me contestó–. Entonces… ¿Podemos ir?

– Sí, encantado. ¿Hoy día?

– Hoy.

– ¡Hoy! –grité.

– Baja la voz –me dijo y llevó la mano a la boca–. No tuve la oportunidad de decírtelo antes, pero si tienes problemas con eso, entenderé.

– Aún no he limpiado, pero puedo hacerlo ahora mismo.

– ¿Estás seguro?

– Lo estoy. Iré a mi casa y allí estaré esperándote.

Me levanté y fui a la salida apenas.

“Ahora tienen que encontrar las raíces para…” La voz del profesor iba desapareciendo al alejarme cada vez más.

XII

No iba a ser la primera vez que llegaría a mi casa. Casi todas las tardes me visitaba, ocultándose de sus amigas. Siempre la esperaba sentado en la sala y había aprendido a distinguir perfectamente sus pasos. Subía lento al inicio y en cada piso corría por tramos; por el cuarto piso ya se escuchaba su jadeo y sus pies pesados por la poca costumbre. Sofía era impredecible. Nunca podía distinguir si se encontraba de buen humor o no, o si tenía mucha energía o se hallaba sumamente fatigada. Cuando pasaba la entrada principal, ella podía ir directamente a mis brazos para engancharse y llenarme de besos; otras veces solo saludaba e iba a parar a los muebles, y no faltaba ocasiones en que, apenas cruzaba, iba directo a la habitación, sacándose una prenda cada metro que avanzaba para esperarme completamente desnuda metida entre las sábanas y llenarnos únicamente de caricias. Sin mucha conciencia de ello estaba acostumbrado a esperar su buen humor para su buen cariño; si es que no ocurría así habría un día más.

Aquella noche apareció a las siete exactamente, con una sonrisa perfecta y un aroma delicioso a cereza que despertó todos mis sentidos. Permanecimos recostados en el mueble y, poco a poco, comenzamos a besarnos. Deseaba comerla, devorarla; pero aún debía seguir siendo paciente. Empecé por su cuello porqué aprendí que era su lugar favorito. Noté que usaba un *choker* de color oscuro y con sumo cuidado comencé a jalar de este. No podría explicar la sensación que me invadió el cuerpo al notar ese sutil gemido que salió de su interior. Le encantó. Anoté en mi cabeza lo que acaba de aprender y para memorizarlo, apreté un poco más y los dos, con los labios entre abiertos, nos miramos en un instante que duró medio segundo. Medio

segundo en donde deseamos devorarnos. Empecé a jugar con mis dedos en las periferias de su prominente busto, de tamaño perfecto. Con la otra mano comencé a seguir el recorrido del muslo hacia dentro. “Ya debe de estar húmeda, me decía”, y me apetecía descubrirlo. Acaricié su venus debajo del pantalón y la sentí disfrutar. Nos levantamos y comenzamos a besarnos de pie en dirección de mi cuarto. Me detuve en el pasillo y la recosté contra la pared. Sujeté sus dos manos con una de las mías; mientras la otra centraba su atención en su vulva. Sentía como apretaba sus muslos, como se empapaba. La besé otra vez, pero con la intención de retirarme y así quitarle todo el aliento, mientras podía tocarla hasta sentirla llegar al clímax. Así lo hice. Nunca aparté mi boca de la suya y ella perdía la respiración mientras retorcía todo su ser. Sincronicé el momento exacto en donde su cuerpo comenzó a palpitar para permitirle tomar aire y disfrutar de la vista. Cogía su cabeza y la dirigía hábilmente para que ella viera como mis dedos jugaban con ella. El tiempo se prolongó y cuando estaba dispuesto a perderme en todo… sujetó mis dos manos con las suyas y pronunció:

– ¡Basta! Tengo trabajos por hacer y tú quedaste en ayudarme –me dijo, repentinamente.

– Es muy cruel de tu parte detenerme en este punto –le dije mientras sentía mi corazón acelerado.

– Lo siento, amor, es que estoy preocupada… –quedó en silencio un momento–. ¿Puedo decirte “amor”? –me preguntó mientras se recostaba contra mi pecho cerrando los ojos.

– ¡Hazlo! Me gusta cómo suena –respondí mientras acariciaba su cabello.

Dos sentimientos se peleaban por dominar. Mi corazón anhelaba escuchar esa deliciosa palabra, pero mi mente, aún con miedo, pedía que no

me arriesgue a sentir algo más. “Jean, no te ilusiones.”

– Ahora, ¿podremos ser enamorados? –preguntó suavemente–. Así podrás llamarme “amor”.

– Lo lamento, aún no puedo –sentí que me era cada vez más difícil decir esa frase “no puedo”.

– No entiendo por qué te complicas –dijo apretando su frente contra mi cuerpo–. Pero tampoco te lo exigiré.

Regresamos al mueble. Nos recostamos, ella en mi encima. Cerramos los ojos, dormitamos en silencio por unos minutos. La sangre comenzó a fluir en su ritmo normal y uniforme, y las leyes de la termodinámica hacían efecto entre los dos. El calor se transformó en calidez y el deseo en ternura. Abrí los ojos y besándole la cabeza susurré: “mi pequeña”.

La sala había dejado de ser un lugar tan bullicioso. Karla y Mercedes se habían retirado a su casa y Rosa se encontraba conversando muy amenamente con Daniel. Este había llegado tan pronto como le fue posible para poder "cazar" algo; estaba lanzando un par de anzuelos con Rosa. En el suelo había muchísimos papeles, y muchos platos y vasos sucios aún se hallaban encima de la mesa. Tuve que abrir las ventanas para disminuir un poco la mezcla de olores. Todo estaría saldado porque sabía que Sofía se quedaría a dormir esa noche conmigo.

– Bueno, Rosa, podemos ir a tomar un taxi para irnos –dijo Sofi.

– ¿Irse? –pregunté desconcertado.

– ¡Sí!, ya es más de media noche y tengo mucho sueño.

– Anímate a quedarte un momento. –dijo Rosa, echó una mirada cómplice a Sofìa e hizo una señal con la cabeza a Daniel.

– Tu dijiste que te quedarías a dormir –intenté convencerla.

– Dije que dependería de la noche, no te aseguré nada –dijo Sofía y abrió su mochila para guardar un cuaderno.

– ¡Vamos, Sofí!, quédense esta noche, aún tenemos cosas de que platicar con Rosa –intervino Daniel.

– Entonces, quédense ustedes dos –volvió a decir Sofía y seguía rebuscando en la mochila–, yo debo volver.

– ¿Qué podría convencerte para que te quedes? –me acerqué para preguntarle.

– ¿Qué me ofreces? –dijo y parecía que por fin iba a sacar algo de la mochila.

– Prometo llevarte a comer lo que desees. ¡Todo el mes! –insistí.

– ¿Todo el mes? –me dijo–, es un poco exagerado.

– Si no te gusta yo me puedo ir a...

– ¡No, no! Acepto –apenas terminé de hablar y Sofi sacó unas cuantas prendas de la mochila.

– Sabía que era buena idea haber traído mi pijama –dijo mirándome sonriente–. Cariño, es divertido hacer esto –me dio un beso en la mejilla–. Ahora, si me lo permites, iré a cambiarme al cuarto.

– No me digas nada, Daniel.

Daniel llevó las manos enseñando las palmas a la altura de la cara y alzó los hombros.

– No pensaba hacerlo –lo aseguró.

Suspiré y pensé en la mañana trabajosa que me esperaba para limpiar todo.

– Rosa puede quedarse en el primer cuarto del pasillo. Tú, Daniel, si deseas puedes quedarte con ella o ir a la sala.

Rosa se volvió coloradísima al oír tal propuesta y aunque intentó decir algo, no salió nada de su boca. Me retiré a la habitación para poder dormir. Sofía tenía puesta el pijama. Me senté en la esquina de la cama para poder observarla. Sofía se acercó y con cuidado se sentó en mis piernas frente a frente y comenzó a hablar.

Es increíble poder verla aún, tan linda, con esos diseños de osos alrededor del pantalón. “Si no son panteras, son osos –sonreí”. Sus ojos, un poco rojos por el sueño, intentaban brillar y predominar en el ambiente. El cuarto se rodeó de más aroma frutal, y mientras mi cerebro interpretaba los primeros movimientos de sus labios, recordé ese “no te ilusiones”. Pero ya era tarde. Mi corazón había sobresaltado al haber escuchado "amor" de su boca. ¿Ilusionarme?, ese ya no era el consejo que debería haber recibido, sino un “no te enamores”, hubiera servido más, y, aun así, los consejos solo sirven para reconfortar un momento, porque siempre hacemos lo que nos plazca, y a veces tomamos decisiones basadas tan solo por un impulso.

– Jean, repito mi pregunta: ¿Deseas ser mi...? –pero la interrumpí poniendo mi mano en su boca.

La voz de Daniel ya no sonaba en mi cabeza. Ahora solo era yo, mirándome al espejo. Repitiéndome: “¡Arriésgate! Como si fuera un cachorro a quien se le ofrecía un plato de comida.”

– No lo digas. Ahora soy yo quien te quiere decir: “mi amor”.

Fue un número incontable de emociones que surgieron en ese momento. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y una gran sonrisa se dibujaba en su rostro mientras me abrazaba fuertemente. Luego me lanzó un puñete diciéndome que yo era un tonto por haberla hecho esperar tanto. Gritamos tan

fuerte que despertamos a todos y poco nos importó. Era nuevamente el niño enamorado, creando su amor de película.

XII

"Ser bueno no es suficiente para ser correspondido, al igual que ser inteligente no basta para tener éxito en la vida."

Qué pobre y triste ser me sentía cuando se referían a mí como alumno de una "prestigiosa Universidad", si de por sí era muy malo tener que sobrellevar el colegio con profesores que me guiaban a ser "exitoso", cuando ellos eran los primeros que se quejaban de su vida. Ahora tenía profesores que solo enfatizaban de que no servía para ser un buen profesional. "Mejor dedícate a la repostería" me había dicho uno de mis "grandes docentes". Espero se equivoquen. Si no puedo ganar aun la lotería, o podría escribir un libro, o también… ¿las editoriales dirán que no sirvo para escribir? También existe la posibilidad de la ley de la atracción para atraer todo hacia mí. El secreto que ya no es secreto.

Aun así, con cientos de críticas, en un mundo de posibilidades, seguía siendo un joven que solo quería disfrutar el mundo a su manera. Había llegado a un parque de diversiones en la ciudad. Y, ¡wau!, en serio amaba los parques de diversiones. Todo el conjunto de colores, los gritos de emoción, el aroma dulce de las manzanas y las palomitas. Todo mezclado con juegos mecánicos de grandes dimensiones, donde más de uno quería probar su valor subiendo al más peligroso. Ahí estaba yo, mirando el péndulo de la muerte, el rey de los reyes de la adrenalina. Todos los que habían subido al juego contaban que era la mejor experiencia de su vida. Tenía que subir a ese; en serio lo necesitaba. Mi vida se reducía a ese momento tan importante.

“Pasen y disfruten del péndulo de la muerte: muere o vive para contarlo.” El *slogan* colocado alrededor del juego me hacía emocionar. La publicidad siempre ha sido engañosa y exagerada, pero esta cumplía todas sus expectativas.

– ¡Vamos!, tienes que subir conmigo –le dije a Sofía.

– Pero, primero vayamos por algodón de azúcar –me respondió.

Ya estábamos allí, una media hora más de retraso para subir a mi juego no iban a cambiar las cosas. Fuimos por su algodón de azúcar, por una manzana azucarada y unas cuantas gomitas puestas en hilera en una cuerda. ¡Increíble!, no le gustan los chocolates, pero sí los caramelos del parque. También ya me la imaginaba diciéndome lo culpable que se sentía por haber comido tanto, acompañado de la promesa de hacer ejercicio. Luego diría que ella no nació para ser deportista y que quien la quiera debe quererla como es, aunque se convierta en una masa de 100 kilos. Un auténtico drama. Una hora después de consentir compras compulsivas de caramelos y de soportar algunos golpes de niños correteando, estaba listo para subir al péndulo de la muerte. La jalé de la mano y le dije:

– Vamos, nos toca.

– No quiero subir, Jean, le tengo miedo a las alturas.

– Todo estará bien –traté de convencerla–. Será divertido –la animaba jalándola del brazo para llevarla a la fila a comprar los boletos.

– ¡Te he dicho que no! –me respondió furiosa al tiempo que soltaba su mano de la mía.

Nuevamente me encontraba en una situación que recordaba como ayer, viendo sus ojos enojados y avergonzados. Era un berrinche; pues, estaba totalmente seguro de eso y un par de segundos después estaba despidiéndome

del juego que más deseaba subir por tratar de complacerla. Caminé tras ella mientras se dirigía a la salida. Me sentía muy avergonzado, sentía la mirada de las personas puesta en mí. “¡Pobre diablo!, quizás eso piensan”. Poco debía importarme, iba tras ella. Se me vinieron a la cabeza imágenes de algunas películas musicales, donde los protagonistas bailan mientras las luces reavivan el momento. ¡Qué lejos estaba de todo eso!

Pronto la alcancé y pude detenerla.

– No quiero que te sientas mal –le dije con un tono amical.

– Tú no entiendes; me da miedo –con una voz un tanto temblorosa.

– Tampoco deberías reaccionar así –le increpé.

– Lo sé, soy una tonta –expresó y se apoyó en mi hombro.

– Está bien, mi amor, te entiendo –le dije con ternura.

– Lo siento mucho. ¿Ya nos podemos ir? –se disculpó.

Lo siento… Lo siento… Lo siento, la escuché decir mil veces más. Luego de cualquier agotada discusión o luego de intentar corregirla antes su mal carácter, solo escuchaba “lo siento”. Fue así como comencé a creer que en realidad yo era el culpable. ¿Qué está pasando conmigo? A veces, tan solo bastaba que sujetara mi boca y besarme para dejar de poner mis ojos furiosos y olvidar todo. Con frecuencia, podía dejar de hacer cualquier cosa para poder ayudar. “Si te digo por favor, debes hacerlo”, así como dicen los niños pequeños para conseguir lo que desean. El péndulo se alzó hacia el cielo, con las personas de cabeza, gritando. Uno que otro zapato salió por el aire, directo a la cara de algún transeúnte. Apenas pude escuchar un último grito: “¡Es lo mejor del mundo!” Luego, solo estábamos a diez cuadras alejadas del parque. Encontramos un jardín lleno de rosas y algunos jazmines llenando todo de un aroma exquisito. Recordé la famosa frase de Buda Gautama

acerca del amor: “(…) *Cuando te gusta una flor, sólo la arrancas, pero cuando amas a una flor, la cuidas y riegas a diario, Quien entiende esto, entiende la vida*”. Un pensamiento sumamente sabio. ”¡Qué, bah!, yo no soy budista, salté la valla directo a unas rosas blancas y, cuidándome de las espinas, arranqué una y se la entregué a Sofía.

– Te regaré diariamente –pronuncié con ternura.

– ¿A qué te refieres? –me preguntó de inmediato–. Yo no soy una planta –dijo y olió el aroma suave de la rosa.

– Nada. Estaba divagando –contesté–. ¿Cuáles son tus flores favoritas?

– Me fascinan los girasoles, porque siempre giran hacia el Sol. Podría afirmar que tienen una personalidad positiva, siempre buscan la luz.

– La flores no tienen personalidad –reí.

– Y los humanos tienen sentimientos, pero parece que tú no los tienes. –me dijo inflando las mejillas notoriamente.

– ¡Ja, ja, ja! Deja de ser tan irascible. Mejor vamos a comer algo, es decir, a comer aún más.

Dejamos atrás el hermoso y perfumado jardín y nos dirigimos a un restaurante japonés. Mientras imaginaba el pescado, perfectamente envuelto, con la boca que se me hacía agua, pues, amaba el pescado en cualquiera de sus formas de preparación, se me vino a la mente otra frase: “A mi estómago poco le importa la inmortalidad” de Heinrich Heine. Podría correr el riesgo de morir atragantado por un espinazo con tal de probar ese delicioso manjar. Sin embargo, el restaurante estaba cerrado. ¡Vaya! Una desilusión más. En la puerta se pudo apreciar un papel con una inscripción que decía: “Lo sentimos, estimados clientes…” (Un “lo siento” más; si no venía de mi enamorada, venía del dueño del restaurante). Luego voy a ver a todo el

mundo disculpándose una y otra vez. “Pues, lo siento por vivir” voy a resultar diciendo un día de estos.

Vi sus ojos llorosos. Ya me daba cuenta de que esa era la forma de mirar lo que la hacía que ya estuviera enamorado de ella. Su carita delicada, sus gestos sensibles y, sobre todo, la sensación de fragilidad que emitía:

– ¡Pequeña! –exclamé–. Vayamos a casa.

– Está bien –asintió Sofía.

Y tan rápido como el pensamiento, ya estaba enamorándome. Vi sus ojos moverse a un costado para luego solo desear sus besos. Pero la mente es inquieta, juega y habla cuando más se la desea callada. Recordé a esa mujer rubia que compartió conmigo muchas tazas de café, una mujer mayor, con la que disfrutábamos conversaciones hace algunos meses atrás.

– Las mujeres somos buenas actrices –afirmó Sofía.

– Como si yo fuera a caer en ese juego de actuación que dices poseer –le espeté.

– Recuerda que el teatro varias especies; estás lejos de aprender todo.

– ¿Quieres decir que puedo llegar a creer en emociones que no existen? –le dije y reí.

– Solo te aconsejo que te asegures antes de sentir… –concluyó.

¿Actuación? ¿Eso es real? ¿Acaso las personas fingen emociones que no sienten con tal de obtener algo? ¡No! Eso es ridículo. Pensar en eso es afirmar que seguimos comportándonos como niños. Pero… a veces… quizás debería dudar de lo que creo pensamos y sentimos.

Ahora ya no fue el consejo de Daniel el que resonó en mi cabeza, sino la de esa mujer rubia que tomaba su café, con los ojos cubiertos por los lentes para el Sol, que repetía: “Asegúrate antes de sentir”

– Quiero saber lo que sientes –le increpé.

– Estoy sintiendo que me gustas, que lo paso bien contigo –respondió sin dudar un poco.

– Pese al tiempo que demoré en poder darte un sí y ser enamorados. Podía jurar que estabas enamorada de mí –le reafirmé.

– Solo una vez lo estuve, hace mucho. No pidas que fuerce algo. Solo disfruta esto –me volvió a remarcar y la fuerza de sus palabras disminuía, mientras sus labios rozaban mi cuello–. Además, yo te quiero –concluyó.

– ¿Tal como quieres a un cachorro, o a un amigo, o a un algodón de azúcar? ¿Qué es querer? –me hizo caer en un juego de confusiones–. ¿Puedes quererme sin sentir estar enamorada? –le inquirí.

– No le des tantas vueltas –me respondió poniéndose seria–. Si te quiero es porque así lo siento.

– No quiero insinuar que mientes… solo que… es un poco extraño.

– Mejor dedícate a acariciarme y luego responderemos tus preguntas –terminó.

Me conformé con esa respuesta. Me conformé con tan solo tenerla en mi cama. Con tener su cuerpo, aunque bajo toda duda: deseaba su corazón. ¿Cuánto pasó? ¿Una… dos horas? ¿O quizás cuatro? ¿Qué ocurrió? La firmeza de los ojos con que me dijo que me quería había desaparecido. Intentamos hacer el amor muchas veces; pero se puso tan tensa y temerosa, se convirtió en lo contrario. Las lágrimas le caían, se resistía a que la abrazara. Solo escuchaba decir mil veces que lo sentía. Y nuevamente decía todas las palabras lindas que le venían a la cabeza para calamar. Me decía que no era cierto, que era una tonta y yo tratando de convencerla de lo contrario. Todo terminaba cuando ella se quedaba dormida con mi mano apenas en su cadera

para evitar incomodarla. En los siguientes días hubo muchas cosas que cambiaron rápidamente, o quizás siempre fueron así, “detalles, Jean, detalles”. Sabía perfectamente que los detalles son más importantes y me cegué completamente. Ahora me moría por verla, me moría por tenerla cerca, pero… notaba que ahora Sofi no deseaba tanto como yo. Nos veíamos solo cuando ella quería. Mientras yo solo intentaba manejar esa inmensa necesidad de ELLA.

XIII

El mundo tiene magia ¡Claro que tiene! Pero, ¿qué es la magia? Es una ilusión, eso es. Te hacen creer que un evento increíble es real, cuando tan solo es una farsa. ¿Qué me sucede?, me cuestionaba. Sé que ella aún no ha dicho que está enamorada de mí; sin embargo, dice que me quiere. “¡Sí! ella te quiere.” Nadie puede querer sin que surja algo hermoso de por medio ¡Concéntrate!; además, ella es quien deseaba tener una relación… ¡Sí! ¡Eso es!... Seguro, solo tiene miedo de demostrar sus sentimientos. Aún era muy temprano para enloquecer y atormentarse en saber en si su amor hacia mí existía o no.

“Sofi siempre toma mi cuello cuando nos encontramos. Se engancha fuertemente a mi cuerpo, es mi pequeña… No puedo temer. Tranquilizarme era lo obvio. Todo va a estar bien.”

La llamé por el celular para preguntarle si podría verla. Era fin de semana. Tiempo completo para encontrarnos y apenas eran las 10 de la mañana. Alegre, con entusiasmo –eso me repetía– a las chicas les gusta la seguridad, o eso decía a “Guía de seducción rápida” de Piero López, autoproclamado Don Juan del siglo 21.

– ¡Hola, hermosa! ¿Adónde te gustaría que te lleve hoy? –inicié la conversación.

– ¡Ammm…! ¡Hola!, pues…

Quedó un momento de silencio. Un largo momento de treinta segundos.

– Vamos a un parque, podría ser mejor para pasar la tarde. Vamos a uno. “Impón seguridad, domina el momento” –me decía.

– Te seré sincera, no sé si pueda salir. Tengo que ayudar en casa.

– ¿No puedes, o no quieres? –quise decírselo, pero… traté de que se animara por mi voz–, es sábado, salgamos al Sol –terminé.

– ¡No puedo! ¡Entiende! Ya cuando sea lunes me tendrás allí contigo. Debo despedirme –tan frío como el hielo–. ¡Adiós! –y cortó la conversación.

Quizás Arjona con sus pingüinos en la cama hubiera descrito mejor esa escena.

Siento que respondí: “comprendo”, aunque quizás dije: “deja de ser caprichosa y entiende que quiero verte”; pero no, eso no fue lo que salió de mi boca. Respiré hondo y me calmé. Comenzó a crecer un miedo al rechazo que no había sentido desde tiempos del colegio. Dudaba mucho. Me convertía en un niño inseguro. Siempre intentaba reponerme de esos estados. Me miré al espejo, mis ojos fijos. Amaba mi mirada firme y me di confianza a mí mismo con esa frase leída que dice: “Si no tienes confianza invéntatela hasta que te creas la mentira”. Y así lo hice.

Caminé hacia la laptop. Recordé lo bueno que era haciendo *origamis* en el colegio. Estoy seguro de que me robé el corazón de más de una niña con el dichoso pajarito de papel. También era especialista en aviones, con los que hubiera podido arrancar un ojo ensartado en la punta del genial diseño

aerodinámico, herencia de mi hermano. Utilicé el buscador hasta encontrar infinidad de modelos. “El arte de la papiroflexia” encontré como título en un blog. Había camellos, mariposas, animales salvajes y muchas flores.

Le haré un rosa, salté diciendo. Corrí directamente a la tienda. A la evangélica. Doña Julia tenía todo tipo de licor, pero jamás hojas de color. Pedí cuatro rojas, cuatro azules y tres verdes, algo de tomar y una galleta de chocolate. Amo las galletas de chocolate. Cuando tuvo todo listo, regresé. Comencé a practicar con una hoja de color blanco.

Qué decepción sufrí cuando me di cuenta de que luego de quince intentos no lograba conseguir nada parecido a una rosa. Tampoco iba a rendirme; así que busqué otro tipo de flor, un modelo simple. Este no tenía tallo, los pétalos eran de forma romboide, mucho más sencillo de hacer. Luego de media hora todo estaba listo para plasmarlo en una hoja de color azul. Con mucho cuidado comencé con los pliegues base, luego, poco a poco, le di la estructura principal y con algo de esfuerzo le di los últimos detalles. Una simple, pero muy curiosa flor de color azul. Orgulloso de mi arte, fui a bañarme y crear una estrategia.

Hay monjes que practican meditación con el agua que cae sobre sus hombros. Recordé. Debería intentarlo. Tenía el cuarto de baño lleno de vapor. Me dispuse a colocar solo el agua fría y a sentir cómo gradualmente el agua comenzaba a disminuir su temperatura. Mantenía la respiración calmada. Tenía que dominar tan incómoda situación. Mis pensamientos solo debían estar concentrados en el aire que entraba y salía por las fosas nasales. Claro que podía hacerlo, había practicado muchas veces. “Debo dominarme por completo”, dije. Sentía que el tiempo transcurría hasta que… ¡Sí! Recordé. Ese sí que afirmaba, sin ninguna protección, mi amor por Sofi. Tan pronto como recordaba su mirada desviada mientras esperaba respuestas suyas, sentí mi espalda congelarse y mi cuerpo tiritar. Solo pude, intentar calentarme

frotando mis manos en mis hombros, mientras cerraba la llave. Cogí la toalla y fui a cambiarme.

Salí de la casa a toda prisa, emocionado. Ya eran las seis y media de la tarde, estaba próximo a anochecer. Me dirigí a casa de Sofi, sin que ella lo supiera. La abrazaría y le daría el *origami*. Imaginaba su carita de alegría. "¡Qué hermoso!" habría dicho ella, mientras salta a mis brazos y se entrelaza en mi cuello; mientras se coloca en puntillas. Me sentiría orgulloso. En mi cabeza todo era perfecto.

Mis movimientos tenían ritmo con la música que iba escuchando. Sentía que los demás oían las mismas melodías, a mi alrededor todo se movía al compás. Advertí que tenía una sonrisa estúpida al caminar, todo hombre enamorado la tiene y si es que no es la sonrisa es la mente.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Un minuto? Creo que veinte. Solo ten cuidado con la flor, me aconsejaba a mí mismo. Llevaba la pieza de papel en el bolsillo derecho de mi casaca. Cada cierto tiempo la palpaba con cuidado para verificar su estado. Estaba ya a tres cuadras.

– ¿Qué haces? –le pregunté a través de un mensaje de texto.

– Cosas del hogar, como te comenté –respondió Sofi.

– ¿Te gusta el *origami*? –le interrogué.

– ¡Por supuesto!, sobre todo, son bellísimas las mariposas.

Cierto, ella es una amante de los animales. Aun así, le mandé una foto de la rosa de papel que la había encontrado en Internet.

– ¿Te gusta esa? –agregué.

– Es hermosa, porque es pequeñita –me dijo.

"Pequeñita". Esta era una palabra muy común en ella. Solía escucharla cuando la abrazaba: "Me gusta que me abraces, porque me siento pequeñita y

protegida –siempre me decía.”

– Entonces baja. Estoy en la puerta de tu casa y quiero entregártela –la sorprendí.

No hubo respuesta del último mensaje; pero estaba seguro de que sí lo leyó. La calle estaba silenciosa y apenas unos perros callejeros caminaban como dueños de la ciudad. La noche ya había llegado y el color amarillo de las luces se apoderó de la ciudad. Mis ojos observaban ávidamente la puerta; estaba alerta al primer chirriar o a algún movimiento. Mi mano sostenía la flor y mi corazón volvía a enloquecer. “Finge seguridad me repetía”. Respiré hondo tantas veces que mi aliento era lo único que podía escuchar. Quizás mis pupilas se dilataron y estaba dispuesto a llamarla para saber si iba a bajar; pero debería mantener la calma, era obvio. Hay muchas cosas obvias en el mundo.

La entrada comenzó a abrirse lentamente. Primero noté sus pies y luego el resto de su cuerpo. Tenía los ojos entrecerrados, la nariz y la frente fruncidas como si quisiera acomodarse a la luz. Quizás no estaba haciendo tareas domésticas –digo quizás– porque quería mantener la duda en mi cabeza para poder olvidarla prontamente.

Sofi salió. Miró a todos lados y, con una sonrisa difusa, me dijo:

– ¡Hola!

Un hola, un simple hola de cuatro letras. Porque existe un HOLA que pueden traer muchas historias dentro. Definitivamente no era el hola que imaginé.

Me tuve que conformar con la sonrisa. Me acerqué despacio, sin decir nada. La tomé del rostro y la besé suavemente. Di unos toques con mi lengua a sus labios. Mis piernas estaban a punto de trastabillar. Traté de detenerlas y, a la vez, de mantener el beso. “Concéntrate –pensé– todo va a salir bien”. Al

apartarme mantuve una mordida en mis labios que deshice suavemente. Sabía que este tipo de juegos le encantaba. Bastó enamorarme de ella para mostrar fragilidad y aun no era consciente de eso.

Saqué cuidadosamente la flor de papel y la coloqué en su mano.

– Moría por verte y moría por darte esto –rompí el silencio.

– ¡Es una flor! … ¡Una flor de Loto! Me encanta –dijo con los ojitos que le brillaban.

"¡PUNTO PARA MI!" Mi corazón desaceleró. Ya había logrado algo, un leve brillo en sus pupilas, diminuto, pero brillo al fin. Sofi me abrazó y suavemente recostó su cabeza en mi pecho. Recordé la vieja escena de Tarzán, en donde Jane dice: "me encanta tu espalda, me encanta su calidez." De la misma manera esperaba que mi pecho sea lo suficientemente cálido. Estuvimos en silencio. Le daba algunos besos en la frente, le susurraba lo mucho que la quería y su movimiento felino sobre mí cuello me era suficiente. Tan solo fueron cinco minutos, como los últimos cinco minutos extras que te das para dormir luego de sonar la alarma. Gocé cada segundo de ese abrazo.

– Tengo que irme, me esperan en casa –dijo, apartándose.

– No quiero que… Está bien. Es suficiente para mí –asentí con la cabeza.

– Gracias por venir, me encantó –me dijo dulcemente. Se sintió como la escena de una película.

Me dio un beso ligero en los labios y la vi partir. Quedé estático, observando. Deseaba que pudiera verme, firme y decidido, triunfante ante el mundo, con el rótulo a mi alrededor diciendo: "TE VAS A ENAMORAR DE MI"

XIV

La represión crea frustración. El control genera libertad.

Encontré belleza en todo. Desde su forma de vestir, reír y enojarse, sobre todo lo último. Tenía una imagen animada de su rostro. Hinchaba las mejillas, fruncía las cejas, entrecerraba las manos, imponía una mirada fuerte y el cuello se le encogía. Nunca pude mantener la seriedad cuando la veía en ese estado; solo podía reír, reír por esa imagen caricaturesca con la que la relacionaba. Solía imaginarla lanzando lava desde la cabeza con el humo de sus fosas nasales llenando la habitación. No pueden culparme por actuar de esa forma. Las razones de su enojo eran sumamente infantiles; a veces, de tal manera, que todo parecía ser mentira.

Recuerdo cuando la esperaba fuera de la biblioteca. “Nada”. Esa sería la respuesta si me preguntan en que estaba pensando, o nada de lo que no quiero que sepan. Escuchaba música con los audífonos puestos. Cuando una voz, casi insonora, apareció.

¡Hola! ¿Puedes…?

Volteé la cabeza. Una mano se agitaba en el viento, con un movimiento que decía: “¡Hola! ¡Por aquí!”. Me quité los audífonos y, aunque estoy seguro que sonreí, comentarían mis amigos: “piensas que sonríes cuando en realidad tienes expresión molesta” Tampoco podría corroborar eso.

– ¡Hola! –repitió una voz aguda–. ¿Puedes decirme dónde está la Facultad de Medicina?

Era una chica de unos veinticuatro años de edad, alta y de tez pálida, cabello corto y la ropa, aunque estaba limpia, se la veía un tanto arrugada. No demoré mucho en darme cuenta de esos detalles.

– ¡Sí! Es en el pabellón G. El que se encuentra detrás de este –le contesté.

Tan pronto como terminé de pronunciar la “e”, el último sonido “e “que acompañó a la pausa más larga del mundo. Mis ojos se clavaron en esa figura animada. Vi la lava recorrer el pasillo y llegar a mi cuerpo. Sentí que los pies me quemaban y, en un pestañeo, Sofi estaba plantada en mi delante. Vi encenderse sus ojos; luego, se dio la vuelta y se dirigió hacia la biblioteca. Sentía su enojo claramente, ese enojo que nunca admitirán sentir las mujeres. Percibí un ligero temor, ese que surge por creer que se hizo algo malo y fuiste descubierto. Mi cerebro comenzó un diálogo sostenido consigo mismo. Empezó diciendo que detenga mis pies cuando estos estaban yendo tras ella. Gritaba: “¡Detente!” cuando yo apenas intentaba silenciar los latidos de mi corazón. Latía por una culpa irracional y por un suceso sin sentido. “¡Piensa, maldita sea!” fue lo último que escuché antes de haber cruzado la puerta y verla sentada leyendo un libro. Caminé hacia ella, me senté y sutilmente le pregunté:

– ¿Te encuentras bien?

– Claro que sí, perfectamente bien, como siempre –me dijo, pero con un gesto y una sonrisa falsos.

Era esa sonrisa odiosa. Esa, notoriamente, fingida que la han utilizado de plantilla para crear los emoticones.

Es claro que estás molesta. Eras un *jigglypuff* furioso en el pasillo –le contesté–, además no esperaste para venir juntos –agregué.

– Solamente que estaba apurada –lo dijo acompañado de esa sonrisa aún más fingida que antes–, tanto que las mejillas se pegaban con los párpados. Tengo mucho trabajo que hacer –continuó.

¿Qué hice mal? Mi cerebro había cesado y se negó a ayudarme. Sentí

la necesidad de saber lo que había sucedido y tanta era su negativa que comencé a sentir frustración. Sentía enojo y confusión.

– Debes entender que así no funciona una relación –le reprendí–. Tengo que saber lo que te sucede. No es justo que… ¡bla bla bla…! –pues, tan solo eran palabras que flotaban en el aire.

– ¡Está bien, tienes toda la razón! –me contestó sin despegar la vista del libro.

– ¿Solo eso vas a decir? –le reiteré con cierto enojo.

– No he dicho ni he hecho nada malo. Si te sientes enojado es por porque tú quieres –me espetó.

– Lo he visto en tu rostro, desde fuera de la biblioteca.

– Eso es lo que tú quieres ver –expresó sin mirarme ni por un instante.

"No gastes energía tratando de convencer", me dije. Ya había escuchado esa frase hacía mucho tiempo. La recordé en ese momento. Así que, sin decir más, fui al segundo piso. Estaba furioso. No tiene nada de sentido todo esto. Me sentía culpable por algo que ni entendía. Pedí respuestas por algo muy obvio y me enojé por una situación fácilmente controlable. Solo era una marioneta más de mis emociones. Tomé un libro titulado: *Feminicidio en tiempos antiguos*. ¡Qué gran título para leer en esos momentos! Cometeré una lapidación; en vez de piedras usaré libros, pensé.

"(…) Eva desobedeció tomando la manzana del árbol prohibido. Es la primera de las culpas atribuida a la mujer…" Típica actitud humana, hacer responsable a alguien más por nuestros actos. En primer lugar, ¿por qué Dios tenía que colocar el árbol?… Mis pensamientos fueron interrumpidos por una sombra que atrapó mi cuerpo. Miré hacia mi izquierda. Sofi se encontraba otra vez parada junto a mí, con las manos entrecogidas.

– Lo siento –me dijo con un tono medio de autoculpa.

– ¿Por qué lo sientes? –le pregunté.

– Por ser una tonta. Rosa me dijo que actué mal.

“Rosa me dijo.” ¿Entonces no lo había pensado ella? Una serie de preguntas y dudas daban vueltas en mi cabeza. Reprimí más y más emociones que sabía que no iban a tener respuestas. Me levanté de la silla y suavemente le dije:

– Solo quiero entenderte.

– Soy una tonta y te vas a aburrir de mí –dijo mientras me abrazaba fuertemente.

– Claro que no, todo va a estar bien –intenté convencerla.

– No está bien, no quiero que me veas como una niña. Yo te quiero.

No necesité escuchar más para poder apaciguar todo, como tanto dije: ese simple “te quiero” era lo único que deseaba escuchar.

Sus amigos comenzaron a regañarle por sus enojos repentinos que tenía hacia mí. Además, periódicamente, le regañaba por sus celos. Pero así es el amor, deseamos guiar a la persona que amamos por el buen camino; si no, pregúntenle a mi tía Pamela. Su madre la amaba tanto que nunca le permitió practicar deportes por miedo a que se lastimara. ¡De esos amores enfermizos que son los más sanos!

También, casi siempre, había momentos maravillosos, momentos dulces. Me hablaba de sus sueños, me enseñaba sus dibujos y poemas, y yo amaba su pasión por ellos. Me contaba las historias de un mundo maltratado que deseaba salvar. Tenía memorizada una infinidad de canciones, de las que siempre cantaba mientras bailaba en la calle.

– Jean, a veces pienso en morir. Suelo caminar lento por las calles; y,

quien sabe, probablemente un auto haga su trabajo –habló mientras intentaba ocultar sus brazos.

Nunca quiso hablar sobre los cortes que tenía en las muñecas, “tonterías de niños”, me decía. Pero si entendiera que muchas tonterías de niños arrastran dolores incontables.

– Mientras estés a mi lado no permitiré que te pase nada –le hablé con un gesto de seguridad.

– ¿Te moverás más rápido que una bala si alguien me dispara? –me inquirió y comenzó a reír.

– Estábamos hablando de autos, no de balas. –le dije.

– Si haces la promesa de cuidarme, debes hacerlo ante todo –me reiteró con intención indagadora.

– Hay cosas de las que no siempre te podré salvar si pasan –le aseguré y quedé pensativo–; por ejemplo, de algún desastre natural o de un meteorito que caiga del cielo.

– ¡Exacto! –destacó ella.

– ¿A qué te refieres? –le pregunté.

– No puedes prometerle a alguien salvarla de todo, ni *Supermán* podría hacerlo –me advirtió ingenuamente.

– Tú te pones en una situación algo extrema.

– Las cosas suceden, querido –dijo y miró hacia el cielo–, a veces se es una niña y otras debes entender por qué es un juego que el profesor de matemática te toque.

– ¿Por qué dices eso?

– Porqué hay cosas que pasan… No lo pienses tanto, amor. –me dijo y

se acercó a mí y me besó en la nariz–. Sigamos caminando.

XV

La cafetería de la universidad ofrecía mucha comodidad por los muebles y sillas blandas que rodeaban las mesas. La cocinera y los trabajadores vestían atuendos blancos y pulcros y usaban guantes, dando la seguridad de una comida limpia. Los precios eran un poco más elevados de lo normal; pero, valía la pena, puesto que en los tiempos de exámenes no hay espacio para alejarse mucho para comer, o también porque se necesita algo cercano para mitigar la ansiedad que significa el inicio del primer ciclo y se alarga hasta casi empezada la vejez.

“Rubén”. No era la primera vez que escuchaba ese nombre. “Rubén me ayudará en una tarea de literatura”, dijo Sofía. Lo había presentado como un compañero de muchos problemas familiares; pero, con un buen carisma que agradaba a las personas. Esa tarde el viento jugueteaba alegremente llevándose las hojas de la mesa al suelo, pero tan cálida era la tarde que solo cerrando los ojos podías disfrutar del clima primaveral; luego se podría haber pensado en la mejor manera de morir, si no conseguías un *excelente* en la prueba final de física.

Rubén se encaminó directamente a nuestra mesa. No podía sentir alguna emoción de inseguridad hacia él. Era menor que yo, delgado y con el signo inicial de una probable y notoria panza que aparecería a los veinticinco años, sin una pizca de rasgos atléticos. Un hombre totalmente contrario a lo que había luchado por convertirme.

– ¡Hola, Sofi!, la profesora Mónica no es tan estricta como parece, ¿verdad? –habló Rubén.

Yo apenas le presté atención. Mi mente se ocupaba en leer una revista

sobre automóviles de lujo. Amaba los autos deportivos.

– Ya lo creo. Si tan solo no me observara tanto –Sofi suspiró.

– Pienso que es porque tiene celos de ti –comenzó a reír. No olvides que mañana es la presentación final.

– Ni me lo hagas recordar. Ni siquiera sé qué ropa ponerme para mañana, así me vista de monja, seguro que hará un mal comentario –dijo Sofía.

– Un día compraré un bello Audi R8 de color blanco con franjas rojas –hablé entre dientes.

– Deja de ser pesimista. Solo confiando en ti lo lograrás. Todo estará bien –me animó.

– Lo intentaré, pero no prometo nada –le aseguré.

– Quizás un modelo *spider* descapotable sería mucho mejor –murmuré.

– ¿Y tú, Rosa? Espero verte mañana en clases –cambié la conversación.

Rosa solo atinó a sonreír antes que ruborizarse.

Rubén se despidió y se dirigió a una mesa un poco alejada para comenzar una escena de cinco chicos conversando y riendo.

– ¿Él fue quien las ayudó en la presentación de los afiches en el festival? –pregunté.

– Sí –respondieron al unísono.

La noche anterior al festival de la primavera preparábamos pancartas y escribíamos *slogans* para alentar sobre el cuidado del medio ambiente. Tratábamos de incentivar la reducción de basura creando más basura; pero más colorida y con frases insertas en las pancartas. Un propósito ingenuo e

inútil. Yo no asistí al evento al día siguiente porque no era mi obligación. Decidí quedarme a dormir en casa.

– No pensé que fueran tan buenos amigos –dije y cerré la revista.

– Y no lo somos, él es muy amable.

– Pues, parecía lo contrario –sonreí.

– No trates de insinuar nada, Daniel. Solo somos compañeros.

Sofía se dio la vuelta y comenzó a cuchichear con Rosa. Lamentablemente me tuve que acostumbrar a sentirme excluido de sus conversaciones privadas que tenían de oído a oído. A veces solían dejar recados escritos en papel, como en épocas del colegio, y otras intentaban comunicarse por gestos. Algo infantil para mi gusto, pero, como pareja de Sofía, debía estar presente en todos los eventos, aunque no me agrade, o eso creía. El crujir de mi estómago me hizo pensar en comida y el aroma de la cocina me hacía sentir cada vez más hambriento. Se me ocurrió una gran idea.

– Mi amor, ¿cuál es tu plato favorito? –le pregunté.

– Amo los tallarines, las parrillas y todo lo que prepara mi abuela –me respondió.

– Tan solo necesito saber un plato en especial –le repliqué y le pasé la mano por su cabello.

– ¿Por qué me lo preguntas?

– Quiero que vengas mañana a almorzar a mi casa. Yo te cocinaré –le dije muy entusiasmado.

– ¿Lo dices en serio? Encantada acepto –y envolvió mi cuello con sus brazos.

– Te fascinará el puré que voy a preparar –le anticipé.

– Lo que venga de ti, me encantará –me dijo con seguridad.

A la mañana siguiente me levanté a las nueve en punto. Estaba con una energía increíble y totalmente emocionado. Dejé el celular en casa y, apenas me hube lavado el rostro, salí a comprar: medio kilo de carne, confiando siempre en la calidad ofrecida por el vendedor, papas y muchas cosas más. El sol empezaba a arreciar fuertemente y la brisa no visitaba la ciudad en esos momentos. En el viaje conseguí tener la camiseta empapada de sudor y con ganas de vivir como pingüino en la Antártida. Prendí la computadora para tener a la vista el vídeo de la receta que encontré la noche anterior. El *chef Bobby Lee* ofrecía las mejores comidas de la ciudad y tenía un canal de gastronomía en internet. *"El amor es tan importante como la comida, pero no alimenta." Bobby Lee* se había hecho famoso con esa frase, que dudo mucho que la haya creado él porque este tipo de frases aparecen a menudo en Internet.

Puse los ingredientes en la mesa; me coloqué un delantal que suele usar mi madre cuando viene de visita, de color de rosa y floreado. Y todo tan listo y perfecto como puede estarlo. Sonreí por la creación que pronto realizaría y me puse a trabajar. Quince minutos después, el sonido del celular interrumpió mi concentración.

– No podré ir a comer contigo –tenía el aceite hirviendo y las cebollas cortadas cuando leí ese mensaje. Quedé helado–. Hablamos en la tarde cuando salga de mi clase –continuó– Sofía escribió en un mensaje.

– ¿Qué ocurrió? –respondí.

No obtuve respuesta ninguna. Toda la emoción y energía que tuve al despertar se fue esfumando y terminó convirtiéndose en una opresión en el pecho que no me permitía respirar. Sentía que vendrían miles de palabras a la

cabeza que se confundirían entre ellas para tan solo quedar en un limbo absoluto. Era martes. La recogería de su clase a las seis de la tarde. Tenía que soportar la intriga unas horas más, antes de poder tener una explicación al respecto. El tiempo transcurrió rápido haciendo tonterías: desde entrar a Internet, llenar el cuestionario para saber qué personaje de Marvel eres y ver la docena de videos de gatitos graciosos; sin obviar el artículo de cómo ser altamente productivo mientras uno está en la cama. Así pasaron tres horas de mi vida, invertidas en hacer nada.

Me negué a hacer el almuerzo. Fui a comer al restaurante cercano. El perfecto lugar para animarme con la sonrisa de Paola. Sofía siempre se enojaba cuando me sonreía coquetamente. Tenía que explicarle que solo lo hace por la propina; aunque estaba seguro de que le gustaba.

Paola me recibió como siempre lo ha hecho en los tres años que he ido a ese restaurante. Con el mismo perfume, el cual, si fuera una caricatura, me habría hecho flotar en el aire como el mismo *Bugs Bunny* cuando huele zanahorias. Por un momento olvidé todo, hasta que una leve brisa entró por alguna abertura existente y una pequeña Catarina se posó en mi mano. Cuán débil es la mente y cuán frágiles son los recuerdos "es pequeñita, no la lastimes". Los coqueteos de Paola se volvieron vacíos y sin sentido. Apenas pude terminar el almuerzo para luego retirarme.

"Jean, amo los *marshmallows*", recordé. Es como si hubiera encontrado la iluminación. Ahora podía verme con el cabello corto y contemplando el silencio en un árbol. Fui a comprar una bolsa de estos a un supermercado. Nuevamente estaba ahí, haciéndolo, nuevamente. Queriendo premiar el rechazo. Todo por desear ser amado.

"Yo los amo, puedo sacrificar mi vida por ustedes". Sacrificio y sacrificio. Escuché toda la vida eso de mi madre. "Hijos, los amaré, aunque me fallen" Sí, amor entre el dolor y el sufrimiento. ¡Qué gran lección maternal! Aunque en grados muy distintos, era lo mismo que estaba haciendo: Amando, aunque me fallen ¿Por qué el amor lo puede todo? Y Dios nos dejará de amar si dejamos de creer en Él. Hasta Dios nos da condiciones en el amor ¿Qué clase de razonamiento es ese?

Llegué al supermercado. Me quedé encantado por la variedad de dulces; pero con el dinero contado. Cogí una bolsa de tamaño regular. Un total de treinta *marshmallows* y todos empaquetados individualmente.

Completada la compra me vi en una escena de película creándose en mi cabeza. En este caso, yo era el héroe, dando los dulces, obteniendo una explicación entendible por su ausencia en la mañana y, sobre todo, un “te quiero”. Una cocaína llamada “te quiero”, para que luego afirme que se puede querer sin estar enamorada.

No demoré demasiado en la Universidad. Sentado en una banca, esperando su mensaje para ir a recogerla “¿Y si nada es cómo lo imagino?” Tenía que mantener la calma. Deseaba llamarla; pero ya estaba en el agujero. Sentía miedo y vergüenza de hacerlo. Probablemente, los perros hubieran podido olfatear mi inseguridad y se hubieran negado a morderme por lástima.

“Estoy en el sexto piso de la facultad…”

Ahí estaba su mensaje. Me acomodé el cabello; quité algunas manchas de grasa de mi nariz; tomé una menta y caminé con los *marshmallows* en el brazo. Mientras más me acercaba a mi destino, pensaba en lo mucho que había cambiado. Ya no era el niño que le tenía miedo a los fantasmas; pero, aparentemente, sí a los fracasos. Decidí ir por las escaleras y así poder relajarme. Llegué al sexto piso. En el lado izquierdo se encontraban los salones de clase y al derecho, muchas mesas de estudio que permanecían empolvadas y olvidadas. Vi a Sofía desde lejos, tranquila, con las manos entrecogidas y con el cuerpo hacia adelante conversando con alguien. Al inicio no pude reconocerlo. Me acerqué despacio intentando que me reconociera sin hacer mucho esfuerzo. Ella permaneció sentada, observándome como un completo extraño, y, un minuto después, lo pude reconocer. Completé mi corto recorrido, miré a Sofi y para evitar sentirme un intruso en su espacio, proferí:

– ¡Hola, amor! –me acerqué a besarla en la mejilla.

– ¡Hola! Creo que sí recuerdas a Rubén –me incitó a que lo salude.

Rubén no me habló; se limitó a darme la mano, un apretón anormalmente fuerte. Luego se despidió de Sofi para marcharse con una sonrisa inusual. Me acerqué. Era una muñequita inerte, mirando hacia el fondo, con apenas decirme “hola”.

– ¿Te encuentras bien? –pregunté mientras acariciaba sus mejillas.

– No sucede nada –ahora era una muñequita que podía hablar con las baterías muy bajas.

Sus lágrimas cayeron. Se negó siquiera a limpiárselas o tratar de ocultarlas. Simplemente, cayeron como un riachuelo. Le limpié el rostro con un pañuelo que tenía en el bolsillo y coloqué mi chaqueta encima de sus hombros para abrigarla.

– ¿Por qué no pudiste venir a mi casa? –le pregunté.

– Mi *laptop* falló. La monografía que tenía escrita quedó eliminada y pedí a Rubén que me ayudara. Estuve en su casa toda la mañana haciendo el trabajo. Para mal de todos, aún no he terminado mi informe de laboratorio. Siento que reprobaré el curso. – Lloró nuevamente y encogió los hombros de tal forma que mi chaqueta comenzó a rodar al suelo.

Con mucho temor me acerqué a abrazarla. No quería escucharla decir nuevamente decir: “no me abraces por pena”; pero no hizo fuerza alguna. Abracé no más a la muñequita.

– No tienes que ponerte así, debes estar cansada. Yo puedo hacer tu informe –saqué algunas hojas de su cuaderno y la guía para empezar a trabajar–. Estarás bien, ¿verdad?

Me miró sin decir absolutamente nada. La chaqueta que la cubría cayó muchas veces y muchas veces la levanté para cubrirla.

– ¿Capítulo siente, u ocho, Sofi?

– No lo recuerdo –me dijo con cierto desinterés.

– Trata de recordarlo.

– Creo que son ambos –me espetó y se quedó observando el infinito hacia el primer piso.

– Trabajaré ambos entonces –y empecé a escribir.

– ¿Dolerá? –preguntó sutilmente.

– ¿Qué cosa? –le pregunté.

– La caída –dijo la muñequita que apenas movía los ojos.

– No entiendo –le repliqué.

– Si salto, ¿dolerá la caída? –afirmó y yo no pude distinguir alguna emoción en su rostro.

– No dolería y tampoco estés deseando intentarlo –le reprendí.

No volvió a decir nada al respecto y su silencio parecía acallar cualquier voz del entorno. Mi mano derecha comenzó a esforzarse, como hace mucho no lo había hecho, en escribir, transcribir, dibujar y rayar. Luego de veinte minutos agité la mano para dejarla descansar, y, cuando golpeé el costado de la casaca, sentí un bulto que rechinó. Lo saqué y era la bolsa de *marshmallows*.

– Recuerdo que prometí regalarte *marshmallows* –le dije y Sofi giró la cabeza, me miró y luego volteó para luego perderse en sus pensamientos–. Pues…, te he traído una bolsa, tan solo te daré unos cuantos al día –y sonreí.

– No debiste comprarlos –llevó primero las manos al rostro, luego recogió sus brazos en la mesa y ocultó su cabeza ahí.

Abrí un paquete y comí uno.

– Son deliciosos, debes probarlos. –le dije–. Te prometo que yo te

ayudaré a estudiar. Todo estará bien –le reiteré y acaricié levemente su cabello.

Limpió su rostro con el pañuelo. Aceptó comer uno, aunque sin ningún entusiasmo. Siguió mirando al vacío, cuando, sin entender nada, se levantó.

– ¿Adónde vas? –le interrogué y también me levanté.

– Debo ir a clases –musitó.

– Aún falta media hora –le recordé.

– Quiero irme de una vez –dijo y recogió el trabajo que tenía a medio acabar y caminó hacia el ascensor.

– ¡Espera! –le pedí y caminé tras ella.

No insistí para que se quedara; pues, sabía que en cualquier momento estallaría y gritaría. Tomamos el ascensor. Se negó a que la ayudara con la mochila. Llegamos al primer piso.

– No entiendo, tu clase es en el segundo piso –le refresqué la memoria.

– Y lo es… –pronunció y miró hacia todos lados.

– Déjame te acompaño. Subamos por las escaleras –le ofrecí.

– ¡No! Iré sola –me contestó y se acercó a mi boca.

– Puedo acompañarte –respondí al sujetarla de la cintura.

– Quiero ir sola –me reiteró y me dio un beso–. Te quiero –agregó y se fue lentamente.

¿Han tenido alguna vez la sensación de que ocurre algo muy malo? Esta era una de esas. Mi mente comenzó a retomar algo que había olvidado. Sentía la exasperante necesidad de entender que había sucedido. Cada vez era más difícil mantener la calma. Caminé durante dos horas en la calle. Iba haciéndome preguntas que se volverían más obsesivas: ¿Por qué no me pidió

que la ayudará con la monografía? Yo sé hacerla. ¿Por qué tenía que ir a su casa y no reunirse en la universidad? ¿Por qué Rubén me dio un fuerte apretón? ¿Por qué esa tristeza sin sentido? ¿Por qué no quiso que la dejara en su salón? ¿Por qué lloró cuando le di los *marshmallows* que tengo que llevar conmigo nuevamente? ¿Por qué no permitía que mi chaqueta se quedara en sus hombros? Las preguntas aumentaron hasta cuando llegamos a las nueve y media. Ni siquiera sé en donde estuve o qué hice hasta esa hora.

Le escribí para decirle que la recogería. Me contestó que ya estaba en casa, obvia mentira. Caminé con el nudo enorme en la garganta, caminé con mis múltiples preguntas. Llegué a casa y esa noche comenzarían mis primeros insomnios. A la medianoche recibí un mensaje de Sofi diciendo:

– Todo está bien, solo estoy estresada. Te quiero mucho.

Sentí tristeza y cólera. Cólera porque siempre caía en ese "te quiero" suyo, sin nada de amor, y una infinita tristeza por temer que pronto se iría. Traté de llamarla, pero nunca contestó.

"Que se sienta triste no significa que te vaya a dejar". Fue el consejo que me dio Priscilla. Dejé que la noche terminara. No supe nada de ella en toda la mañana del día siguiente. Así que, llegada la siguiente noche, le mandé un mensaje:

Entiendo que el corazón es susceptible de sufrir en el transcurso de la vida.

Entiendo que hay momentos que no parecen tener solución.

Sobre todo, entiendo que nadie más que tú sabes por lo que pasas.

Pero, bonita, recuerda que no debes sentirte sola, porque cuando me necesites siempre estaré contigo. Te quiero.

"Gracias. Descansa". Fue la respuesta que obtuve. No recuerdo si dolió

o no. Lo olvidé.

La tercera noche empecé a idear alguna manera de contrarrestar el dolor. Mis sentimientos se habían vuelto adictos a su presencia y no sabía mucho de ella. No quiso que nos viéramos y apenas respondía los mensajes. Se me ocurrió la fantástica idea de hacerle un dibujo: un pequeño koala animado con pantalón rojo y un gorro amarillo. Tomé una foto y se la envié.

– Está bonito – me respondió.

– Quizás quisieras que te lo diera –le pregunté. “Di que sí, por favor.”

– No lo creo, estoy muy ocupada.

– ¿Cómo ha estado tu día?

“Necesito saber qué sucede”.

– Todo bien…

Intenté no decirle, quise no escribirle, pero mis dedos comenzaron a escribir solos.

– Necesito saber lo que pasa. Necesito saber si estaremos bien. Si sucede algo, tan solo dímelo –le pedí con ansias de saber.

– No sucede nada.

– Deja de negarlo de esa forma, ¿qué ganas ocultando que pasa algo?

– No me siento bien –me dijo.

– Yo puedo ayudarte –me ofrecí.

– No puedes hacerlo y no podrás nunca –me amenazó.

– ¿A qué te refieres? –le escudriñé.

“Quiero despertar de una vez.”

– No soy una buena chica.

– ¡Sí lo eres, para mí lo eres! –le ratifiqué.

– Sientes pena –me volvió a decir.

– ¡Deja de decir eso! Jamás te tendría lástima; solo deseo ayudarte –nuevamente me ofrecí.

– ¡Te dije que no puedes! –me advirtió.

– Advierto como si quisieras terminar conmigo.

Un largo silencio oprimió mi pecho. Pasaron cinco minutos. Estaba pendiente del celular como un obseso.

– Tal vez quiero estar sola –me soltó de una vez.

– Explícame eso –le pedí y el corazón ya me dolía al latir.

– No soy buena para ti –reiteró.

– Eso no lo decides tú. Yo decido quién es buena, o no lo es para mí.

Hubo un largo silencio nuevamente. Y de pronto:

– Todo terminó, Jean. Mañana Iré a entregarte algunas cosas que dejaste conmigo –me lanzó a boca de jarro.

– Dáselas a Daniel. No quiero verte en ese momento. –le dije. Ahora me dolió aún más. Nadie se acostumbra al dolor del amor, aunque no sea la primera vez y aunque no sea la última.

– Eso haré –finalizó la conversación.

Así de rápido y de fugaz pasó todo. Había terminado. No rogué, no lloré, intenté mantener mi dignidad intacta. Mi corazón se rompió y no volví a escuchar sus “te quiero”. Nuevamente, aunque sabía que no tenía nada de amor, amaba fervientemente. Aún recuerdo mi cuerpo sentado en la oscuridad, evitando llorar, evitando gritar. Todas las preguntas en mi cabeza cesaron aquella noche, porque no podía ir en contra de una verdad que sabía

hace mucho: ELLA NUNCA SE ENAMORÓ DE MÍ.

XVI

Aquella mañana desperté en el mueble, algo mareado y con varias latas de cerveza en mi rededor. Tenía sujeto fuertemente el dibujo de koala y cada vez que lo veía se formaba un nudo en la garganta que provocaba como si me ahogara lentamente. Daniel venía constantemente a verme, siempre insistiéndome que me bañara y que comiera. Sabía que pronto me recuperaría porque la tristeza desaparece siempre y cuando no se la alimente.

Hoy es jueves y, por alguna razón, Rosa, Sara y Tatiana vendrían a mi casa a tomar unos tragos, y, para ser franco, no recuerdo cómo accedí a eso. Felizmente, Daniel estaría presente. Las mañanas se volvieron interminablemente triste y las noches horriblemente dolorosas. “¡Por cosas tontas sufres!” Ya había escuchado muchas veces. No comprendía, sin embargo, cómo podían existir días primaverales tan bellos y yo verlos amargamente.

Esa noche nos reunimos los cinco en mi sala. Una botella de ron acompañaba el lugar y era lo único que parecía motivarme.

– Tenemos que decirte algo –intervino Rosa.

– Nosotras te consideramos mucho y debemos decírtelo –agregó Sara.

– ¿Qué deben decirme? –les pregunté y serví el primer vaso lleno de la

noche.

– Es... acerca de Sofía.

Escuchar ese nombre no más hizo que se formara un agujero en mi garganta. Escuché tranquilamente sin poder decir nada.

– La hemos visto de la mano con Rubén –intervino Sara.

El agujero se agrandó más hasta llegar a mi pecho. “La persona con quien estuvo la última noche que la vi”, pensé. El agujero creció hasta generar una mancha oscura en mis ojos. La tristeza había desaparecido, la ira tomaba su lugar y las preguntas que creía que cesaron comenzaron a volver de mil maneras y con mil respuestas enfermizas.

Observé a todos con los ojos fijos, no dije palabra en absoluto, y, con un poco de infantilismo e incredulidad, pregunté:

– ¿Están seguras de eso?

– Completamente. Es muy extraño todo. Imaginaba que su relación iba muy bien. Estoy tan sorprendida como tú –respondió Tatiana.

Ese agujero me devoró completamente. Agarré mi celular dispuesto a escribirle. Rosa me sujetó la mano para evitarlo. Hice lo obvio: beber.

“¿Si todo estaba bien porque fue tan repentino? ¿Qué sucedió en su casa esa mañana? ¿Por qué demonios permitió que le hiciera la tarea? ¡Hizo que lo saludara cuando ya sabía que me iba a dejar por él! ¿Me dejó en el primer piso porque se vería con él en el aula? ¿Por qué decía que no me hartara de ella para luego dejarme? ¿Por qué hizo tanto para ser mi enamorada para que todo terminara así? ¿Por qué preguntas cosas que nunca tendrán respuesta? Todo se me hacía un enredo en la cabeza.”

– Nosotras sabemos cómo es Rubén.

– ¿Cómo es? –preguntó Daniel.

Un mujeriego, eso es lo que es. Ese hombre ha intentado algo con cada una de nosotras.

– ¿Sofía sabía eso? –pregunté y mis ojos se cristalizaron.

– Sí, lo sabía. No es un secreto.

Rosa se sentó a mi lado y manifestó:

– Es mejor que haya terminado todo. Es cierto, hermano. Nadie merece que le hagan algo así y menos tú.

“¡Detalles, maldito estúpido!”

¿Acaso no había visto las pistas que me dejaba?, pensé.

– ¡Qué hermoso dibujo!, ¿tú lo hiciste, Jean? –preguntó Tatiana que miraba al koala totalmente arrugado en la mesa.

– ¡Sí! –le dije y me levanté para dirigirme hacia el dibujo. Lo sostuve en mi mano y me quedé mirándolo–. Hoy será la última noche que tomamos juntos, amigo –balbuceé. Sentí la mirada lastimera de todos hacia mí. Ya estaba mareado, enojado y hecho un idiota. Luego de dos horas, con cuidado de que nadie me viera le escribí un mensaje.

– Creí que eras la mujer indicada y eres... tan solo una niña. Te pido que nunca me hables, que nunca me escribas y que no respondas este mensaje.

¿”…qué nunca me hables”? Ni siquiera era necesario eso. Sabía que Sofía no me volvería a hablar. Me convertí en un buen desecho que esperaba su oportunidad para ser reciclado.

… Todos saben que Rubén la va a lastimar...

Fue lo último que escuché antes de olvidar todo lo demás.

XVII

¡Bum - bum! Dos latidos fuertes resonaron en mi pecho. Había leído sobre un experimento en donde comprobaban que el corazón aceleraba unos milisegundos antes de que ocurriera un evento que pueda lastimarnos. Apenas me detuve y llevé la mano al pecho. Vi una figura femenina de cabello lacio de tono rojizo; vestía pantalón de color azul que marcaban curvas que se me hacían familiares. “Creo que…” ¡SÍ!, era Sofía, porque apenas volteó el rostro ya no solo fue un latido acelerado, fue un estruendo que ocasionó sensaciones indescriptibles. **“**Quisiera poder besarte por todo el tiempo que no te vi y no dejarte respirar para que sientas la agonía de no tenerte –pensé– sin poder gritar.”

Estaba rodeada de varios hombres que, a la vez, esperaban el ascensor. Podrían ser sus amigos, podrían no serlo; quizás uno de ellos podría ser su nueva pareja. Malditos pensamientos, volvían una y otra vez para torturarme con la imaginación más que con la realidad. Volteó el rostro, en un evento que se hizo eterno y donde mi mundo se deshizo. Ya no era esa carita linda la que me hacía daño, sino verla sonreír cuando yo moría. “No soporté verte, amor mío, hablé al aire”. Caminé lento para que pudiera ver mi perfil. No estoy seguro de que lo haya hecho; pero aspiro que haya sido así.

Volvieron mis diálogos con ella. Como si su ánima abandonara su cuerpo para torturarme. Le hablé, le hablé mientras caminaba, mientras la gente miraba a un lastimero hombre hablando solo, enojado, próximo a la locura.

– Recuerdo cuando echaste a reír al suelo en el supermercado –le dije.

– Y yo recuerdo que te quedaste mirando, arrodillado; quizás te avergonzabas de mi –me dijo mientras caminaba hacia mí, con su vestido

floreado.

– Te equivocas. Disfrutaba que te olvidaras del mundo –le repliqué cuando llegaba a un sendero de árboles verdosos.

– Podría creerte. Siempre he sido yo, nunca me mostré diferente –agregó y yo veía únicamente su espalda.

– Lo sé. Siempre bailabas; la calle era tu salón y la gente que pasaba era el público. –y una pareja me miraba con rechazo, mientras se alejaba.

– La gente te mira, Jean. ¿No sientes vergüenza al hablar contigo mismo?

Giraba y giraba como una muñequita de porcelana. Con su música imaginaria y sus pasos inventados. Se movía por las aceras, sonriendo y lanzándose a mis brazos para ser atrapada. Luego me miraba, sonreía y con un beso en los labios me contentaba y cuando estos sabían a caramelo, ella se separaba, diciéndome: "¡Basta, mucho amor!" Me acostumbre a ser un cachorro a la espera de una caricia que menguaba hasta no existir, volviéndose impredecible. Y yo, con mis ojos brillosos, agitando mi cola, jadeando, esperando el próximo beso.

– Nunca me importó, lo sabes –le dije y miré al cielo para poder ver una nube en forma de helado, quizás de chocolate.

– ¡Mucho amor! –gritó mientras giraba y alzaba la cabeza con los brazos al cielo–. ¡Basta, mucho amor, Jean! –las hojas caían, una perfecta escena de televisión, un trabajo tedioso para el jardinero.

– Tengo demasiadas preguntas que necesitan respuesta –le anuncié.

– Solo hazlas, igual será tu imaginación quien las responda –me respondió con indiferencia y su vestido se agitaba con el viento, ondeante y sereno.

– ¿Por qué me cambiaste? –le increpé y sentí un alfiler en el pecho.

– Porque es mejor que tú. ¿Eso te hace sentir mejor?

– No te creo en lo absoluto –le espeté.

– Probablemente eres mejor de lo que creí merecer. ¿Te sirve de consuelo? –me lanzó.

– Quiero la verdad. ¡Quiero saber la maldita verdad! –le insinué

– Las personas no saben lo que realmente quieren, Jean. Deja las preguntas. –me ordenó.

– ¿Dijiste que tu miedo era que me aburra de ti? –le volví a inquirir.

– Nunca sabrás si actué o fue real. –me aseguró.

– Debería odiarte y dejar de recordarte –le rezongué empuñando ambas manos.

Sentí su presencia detrás de mí, su respiración en mi cuello y con palabras susurrantes me dijo:

– ¡Ódiame! si eso te hace sentir mejor, y, si prefieres, ódiame por amarme así; mientras estoy besándome con alguien más. Mientras me desnudo con alguien más. Mientras alguien más busca ser el primero en hacerme el amor –me dijo con un evidente desenfado.

– ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Desaparece de mi cabeza! –le grité y cerré fuertemente los ojos y ella se desvaneció.

La falta de sueño me hacía que juegue en mi cabeza. Mi odio hacia su imagen originó que la crearé. Diseñé una mujer idéntica a Sofía que se convirtió en un estigma que recurrentemente aparecía para ocasionarme daño. Para mis adentros sabía muy bien que deseaba verla en esa presentación imaginativa. Era la única forma de desahogar mi dolor.

“Paola”, vino este nombre a mi cabeza. Tuve una idea macabra. La pude ver en mi sonrisa que se reflejaba en el espejo de una ventana. “Juguemos al mismo juego de esta inmunda vida”. Caminé Imaginando aquel plan en la cabeza. Fui directo al restaurante. Lo imaginaba tan bien que lo saboreaba. Moví mi cuello de un lado a otro hasta escucharlo tronar. Estiré los dedos de las manos hasta sentir leves estirones y estar listo.

– ¡Hola! –me saludó Paola apenas llegué al restaurante.

– Es bueno verte, luego de tres semanas –le dije mientras retiraba una hoja de su cabello.

– No es necesario que lo hagas –me dijo, sujetó mi mano e inclinó la cabeza a un costado.

– Fue imposible no hacerlo –le sonreí, luego la miré a los labios y los ojos–. Hoy dejaré que tú elijas lo que voy a comer.

– Es la primera vez que lo propones. Lo acepto –y al admitirlo se sonrojó, era evidente el nerviosismo.

“Llevas muchos años coqueteando conmigo. Veamos hasta dónde avanzamos, pensé.” No tiene ninguna importancia lo que comí ese día. Ni siquiera lo recuerdo. Solo la vigilaba por momentos para sonreírle. Observaba su cuerpo. Imaginaba su piel debajo de esa tosca ropa. Sus senos eran prominentes. ¿Cómo había notado nunca eso antes? Hasta la sombra de su cuerpo que se originaba en el suelo parecía tener un vaivén sensual.

Todos los días llevaba un *marshmallow* conmigo. Aún me quedaban seis. Luego de un momento, Paola se acercó a mí para traerme el recibo de la cuenta. Y donde debía dejar la propina, dejé un *marshmallow* con una nota que decía: “llámame para vernos, quiero salir contigo”, incluí mi número y regresé a casa. Trastornado por la reciente fantasía que tuve en la calle, miré los cinco *marshmallows* en la mesa, junto con un pequeño trozo de papel

pintado, una oreja de *koala*.

Paola no demoraría demasiado en escribirme. Ella debía hacerlo. Al igual que las mujeres juegan con los hombres, nosotros también podemos jugarnos con ellas. Acordamos que nos veríamos por la noche. La tarde transcurrió en calma total; yo estaba acostado en el mueble pensando en lo increíble que debe de ser volar. “¿Dolerá la caída?” recordé al mirar la mampara y el fondo del suelo que podía agrandarse y estirarse si uno se quedaba demasiado tiempo observando. Desde un avión parecemos hormigas, ¿Existirá algo más grande a nosotros? Continué pensando y recordando mientras esperaba que la noche llegara.

Cuando la vi… Era una mujer totalmente diferente, alejada del aroma de carne asada y la ropa manchada de mesera. Tenía un collarín con un dije de Catarina ¡Maldito el mundo que es así! El cabello perfecto, alisado, color de avellana.

– Es difícil creer que luego de varios años, me hayas pedido salir –habló–. Es aún más raro que haya sido por una hoja de papel, aunque me encantó el *marshmallow*.

Tengo más en casa. Los compré para ti –acercándome le susurré y le di un beso en la mejilla–. Lo siento si olvidé saludarte correctamente.

Todo es más fácil cuando no hay amor. El tema preferido en las borracheras con mis amigos. Tenía algo de lógica: sin amor, no habría miedo al fracaso, ni vergüenza y, sobre todo, no habría desilusión.

– ¿Iremos a tu casa? –me preguntó, aún abochornada por el beso repentino.

– Solo acompáñame a recoger mi billetera que la olvidé. Luego iremos a cenar –le propuse.

– Está bien –dudó un tanto–. Es un poco raro que…

– Siempre ha sido tan obvio el decirte lo linda que eres –la interrumpí–. Exhalas un olor delicioso.

Se sonrojó otra vez. Era una mujer acostumbrada a los piropos de los clientes, unos tipos viejos y con estómagos redondos; pero recibirlos de mi parte, la hizo sentirse bien.

– Vamos ya –me hizo recordar.

Apenas en diez minutos estuvimos en mi departamento. Nos sentamos en el mueble. “Acaso me harás creer que soy especial”, pensé.

– Cuéntame algo de ti. ¿Por qué trabajas de mesera? –le pregunté.

– La necesidad… –me dijo–; pues imagino que todos, a la larga, somos seres necesitados.

– Tienes razón –afirmé, aunque no estaba de acuerdo, mentía–. ¿Qué planeas hacer luego? “seguro de mesera en otro lugar, coqueteando con otro hombre”, pensé.

– Pienso estudiar –me contestó–. Sería fantástico si llegara a ser una doctora.

– Salvando muchas vidas. ¡Una vocación admirable! “Aunque los doctores jamás podrán curar todos los males”, me dije.

– ¿Tú tienes algún sueño? –me preguntó de inmediato.

– Deseo escribir un libro. “Si logro unir todos los textos de odio que tengo hasta ahora”, recordé. Sería un libro de autoayuda. Sobre cómo tener una vida próspera.

– Eso significa que eres un hombre feliz agregó Paola.

– Lo soy. Tengo una expresión feliz –sonreí notoriamente, mostrando

los dientes.

En ese momento, si alguien me hubiera tomado una foto, se titularía: a veces así se ve la depresión y sería una foto viral en Facebook.

– Desearía poder decir lo mismo –añadió a lo que acababa de escuchar y agachó la cabeza–. Sin embargo, solo queda vivir, ¿no crees?

"Y yo quisiera saber si tu ropa interior combina en los colores", –especulé.

Cuanto encuentres un propósito, todo será más fácil. Esa carita hermosa ayudará mucho. –me levanté, cogí una hoja de papel y me senté a su lado–. Es tan sencillo como convertir una hoja en una hermosa flor –e hice de memoria una flor de *origami,* abrí su mano derecha y se la coloqué en la palma–. Luego le dije: Somos como esta hoja, hasta que encontremos el objeto aquel para lo cual somos buenos y convertirnos en algo hermoso –sabía que eso le encantaría.

Miró la flor, luego me miró y rápidamente sus ojos se entrecerraron. Se abalanzó a mis brazos. Su perfume era realmente delicioso.

– Muchas gracias por esto. Es como si me entendieras –me dijo y sus hombros se relajaron demostrando asertividad y comodidad.

No había encendido la luz de la sala. La luz que llegaba de los departamentos aledaños bastaba para poder ver con claridad, siempre y cuando las cortinas estuvieran abiertas.

– Quizás tenemos cosas en común –le dije. "Los seres humanos son seres sencillos, Paola,"

– ¿Te puedo contar un secreto? –me dijo mirándome dulcemente.

– Hazlo. Confía en mí. (”Menuda mierda", dije para mis adentros).

– Siempre me has parecido lindo e interesante –me dijo

candorosamente.

– Eso no me lo esperaba –le dije.

– Cuando te veo sentado en la silla, en silencio... Seguro tienes muchas historias que contar –volvió a insinuar.

– La tranquilidad jala, ¿verdad? –le pedí que me confirmara.

– Y mucho –me aseguró en forma lacónica.

Me acerqué un poco a su cuello y olfateando con un leve movimiento de la cabeza, puse una expresión de satisfacción y le inquirí:

– ¿Cómo haces para oler tan delicioso?

– Puedo ser sencilla, pero me encanta verme bien fuera del trabajo –me dijo de una manera tan sensual que no pude evitar cogerla por el rostro; me aproximé a sus labios y la besé apasionadamente. No fue el beso ni lo que iba a ocurrir lo que más me excitó; sino, el hecho de tener el control absoluto para que ocurrieran las cosas así.

Paola no opuso resistencia. Su cuerpo se relajaba cada vez más. La luz tenue de la habitación creó un encantador color en las paredes y el movimiento de las cortinas suavizaban el momento. La diferencia era muy grande adonde podía comparar. El aroma fresco se convirtió en uno más fuerte y adictivo, y todo lo dulce que podría haber sentido antes, desapareció. Me arriesgué a interpretar un nuevo papel y arremetí contra su blusa para abrirla con fuerza; por supuesto que procuré que ningún botón saliera volando, y felizmente no ocurrió. Dejé al descubierto su *brasier*, pasé mi mano por su espalda y con mucha habilidad lo desabroché. Sus pechos rebotaron levemente y deliberadamente se detuvieron para ser observados. ¡Magnífico! El placer que solo nos hace continuar. Me abalancé hacia sus areolas para morderlas y jugar con mi boca. Paola sujetó mi cabeza para

indicarme la fuerza con la que debía guiar mi lengua. Pude advertir la experiencia de una mujer y no de una niña. La desnudé completamente. Era tan idéntica como la imaginé siempre en mi cabeza. Detrás de ese uniforme de mesera siempre ha habido un hermoso cuerpo. La cargué y la llevé a mi habitación. La lancé sobre la cama y vi en sus ojos, lujuria. ¡Que diferente fue! Verla fuerte y lista para todo. Apreté sus senos mientras me deslizaba hacia su vulva, completamente húmeda. No tenía que ser esmeradamente precavido y mucho menos temeroso de lastimarla. Le encantaba todo lo que hacía, su cuerpo la delataba. Mis palabras cumplieron su cometido y una flor hecha de papel creada para una función más dócil sirvió para un propósito más delicioso.

Alejado de toda racionalidad y complacido por el aroma y mi animal instinto: la penetré. Una sensación extinta por meses creció. Su cadera tenía voluntad propia, se movía con ritmos constantes y a veces acelerados. Mi mano recorrió su cuello para asfixiarla levemente y vi nuevamente sus ojos mirando profundamente. Sujetó mi cintura para poseerla fuertemente.

Intenté perderme en esa sensación que aparecía luego de creerla muerta, pero… Ahí... apareció ELLA**,** con el maldito vestido floreado, mirándome desde la esquina.

– Tampoco eres el primer hombre de esa mujer, como nunca lo fuiste de mí –la escuché decir.

Volteé a Paola y la coloqué en cuatro puntos. Quería evitar que me viera mirando a Sofía.

– ¿Esto te gusta? –hablé fuerte, hablé para el fantasma.

– Me fascina –contestó Paola.

Ahora, más que sexo, era venganza irracional y sin sentido. Cogí su cabello y jalé. La escuché gemir. “Te encanta verme hacer esto –le hablé

desde mi cabeza.”

– ¡Disfrútalo! Alguien más me está disfrutando a mí –me respondió con una sonrisa tranquila, creada en mi cabeza, para enfurecer más.

El vestido ondeaba tanto que me hacía enloquecer y tan trastornado pude sentirme que hasta su aroma fresco se mezcló con el aroma de Paola para crear una esencia nauseabunda.

El sexo también es un juego violento. Desde la misma naturaleza se ve esto. Y así fue que toda mi irá se volcó hacia ese acto hasta cegarme tanto, que mis ojos no volvieron a ver a Paola y mucho menos a escucharla. La muñequita de porcelana recorría el ambiente, deambulaba y me vigilaba.

– … ¡Para! ¡Para! –escuché un grito–. Creí que mi imaginación también la había creado y la frustración hizo que apretara aún más fuerte.

– ¡Jean!, por favor, me lastimas.

Entré en razón, Paola lloraba mientras trataba de zafarse de mis manos que sujetaban su cadera, tan fuerte, que dejaron moretones en su piel. Apenas me di cuenta, solo la solté y ella fue a refugiarse entre dos almohadas que apretó contra su pecho. Seguía llorando. En mis ojos aún no había desaparecido la expresión de furia. Paola me tenía miedo, estaba aterrada.

– Yo… lo siento muchísimo. No sé qué ocurrió –dije y bajé la cabeza.

– Entiendo. Todo está bien –tanteó, lo decía por miedo–. Me vestiré y saldré de acá.

– ¡Quédate! Todavía podemos ir a comer –le dije con tono suplicante y avancé para tocar su brazo; pero ella lo retiró lentamente y noté que estaba temblando.

– Estoy asustada. Quiero estar sola e ir a casa –me dijo y noté que su cuerpo tan bello se había convertido en el de un animal que teme a ser

devorado.

– ¿Nos volveremos a ver? –le pregunté estúpidamente.

– Ella no volverá y tú lo sabes, Jean –habló Sofía desde la esquina.

– ¡Cállate! –contesté y fui al baño a lavarme el rostro.

Apenas en cinco minutos escuché pasos dirigidos a la calle. Luego la puerta se abrió y se cerró lentamente y quedé nuevamente en soledad.

– ¿Te agradó tratar como prostituta a esa mujer? –me preguntó aquella voz extraña.

Me lavé el rostro, mi cuerpo no temblaba, y yo estaba enojado, pero no me sentía culpable.

– Claro que sí –contesté con las manos en el rostro– y lo que más me encantó fue que tú lo pudieras ver. Volteé para poder mirarla. Había desaparecido.

XVIII

Divagaba demasiado sobre el propósito de mi vida. ¿Realmente existe dicho propósito? No lo sabía, no lo entendía y estaba muy lejos siquiera de saber dónde encontrarlo. Podría orar, rezar y pedir, pero sentiría aún más el abandono por mi falta de fe. La mente oculta demasiado misterio. Queremos salvaguardar nuestra dignidad haciéndonos víctimas de las circunstancias, víctimas del pasado, víctimas de la sociedad y víctimas de nuestros complejos. Somos prisioneros con el derecho a la libertad y somos hermanos que nos odiamos entre nosotros mismos. Pensamos conocer lo que es mejor para nosotros. Creemos en cosas que “nos harán felices”, pero “esperamos” y anhelamos que lleguen esas cosas, esa persona o ese evento, y esperamos hasta que la muerte llegue para sentirnos culpables y arrepentidos con la

esperanza de que exista algo mejor y algo bueno en el más allá. En la muerte seguimos esperando lo que no nos pudimos dar a nosotros mismos. Las almas deambulan aún en esa espera y esperanza constante de cumplir lo que no hicieron en vida; mientras que nosotros empezamos a tener aún más miedo por no entender, por no querer entender. ¿Y qué hay que entender? Que la vida tiene misterios que ESPERO comprender.

Ya de nada servía pensar en todo eso. Decidí salir a caminar. Me encontraba en la ciudad donde nací. Llegué ahí porque debía hacerlo, porque la soledad empeoraba mi imaginación y hui al lugar más seguro que conocía, alrededor de mi familia. Ya casi era la medianoche y una tormenta que, felizmente, amenguaba cada vez más, dejando solo pequeñas lloviznas, diminutas gotas que pueden dejarte bien empapado. Era una noche clara, porque las hay oscuras. Avancé hacia la plaza central, resoplando aire caliente, con el vapor volando hacia delante. Hubiera intentado fingir estar cogiendo un cigarro entre las manos, pero las tenía ocupadas en los bolsillos. Un par de borrachos iban por la acera del frente, tambaleándose y balbuceando. “¡Pobres diablos!”, pronuncié.” Nadie escuchó. La lluvia se fortaleció y dejó en silencio mi voz. Si la hermana Sara, una monja, amiga de la familia, me hubiera oído, hubiera intentado convencerme dulcemente que me retractara de mis palabras.

“Si tuvieras un hijo así, ¿dirías lo mismo?, me habría preguntado.” Lo mismo me preguntaría en el caso de los drogadictos y homosexuales. “¡Y que los cuelguen hasta morir!”, respondería el señor Arturo. Un hombre amargado, vecino mío, que murió hace un par de años. Sí, claro, que los cuelguen y veas a tu hijo morir para luego arrepentirte al tener su cuerpo en tus brazos. ¡Pobres diablos!, volví a repetir.

Apenas fueron cuatro cuadras que tuve que caminar. Dos iglesias bien iluminadas en los extremos adornaban todo el espacio, mientras que las

plantas bien colocadas en el centro de la plaza, mezcladas con el brillo del agua y de las luces de la calle, creaban un hermoso espectáculo nocturno. Con el cuerpo entrecogido, intentando calentarme, me detuve a sentir la lluvia. Completamente empapado. La catedral, al frente de mí, hacía recordar cuando asistía a los sermones dominicanos. Un niño inocente intentando no pensar en lo linda que se veía verónica, con su hermoso vestidito y sus zapatitos blancos de charol. Debía reprimir el deseo incesante de tomar su mano para pedirle ir a jugar al parque. ¡Claro que debía reprimirlo! Era momento de Dios, no debía pensar en estar jugando con la niña más linda; además, mi alma está en juego. “Dejen que los niños vengan a mí…”, pero primero bautizados, confesados y próximos al siguiente sacramento, contrariamente no entrarán al cielo.

Quizás si regresara a mi infantilismo religioso, devoto, optimista, esperando un cielo maravilloso, jugando con leones vegetarianos y aves carroñeras de oraciones; podría volverme un sacerdote. Aunque esperen… necesito un papel que me acredite hacerlo. ¡Claro que sí! Porque hasta para ir al cielo se necesita currículo. La revolución postguerra hizo que todo se reordene. Ahora con lo del *Neuromarketing*, hasta el infierno tiene *wifi* y torturas *Smart*. A sus clientes ¡Lo mejor!

“…. Primero debes ordenar tu cuarto y recoger tus juguetes”.

Eso decía mi madre cada domingo por la tarde. Primero ordenar para lograr ir a misa y así poder ir a ver a Verónica. Luego, recibir caramelos del sacerdote por ser niños bien disciplinados, y regresar a casa para escuchar a los adultos que Dios se olvidó del mundo: no hay dinero, no hay trabajo, docenas de muertos en guerras, miles de personas con desnutrición, etc., etc. Ya saben lo que vemos diariamente: la receta de un delicioso almuerzo de malas noticias; pero, la fe, sí, la fe… la fe, hermanos, y amén; que si no es el dios de los israelitas, tenemos al dios árabe o al de los hindúes, en este último

tenemos más variedad. ¡Un mercado globalizado!, señores y señoras.

Tampoco olvidemos a uno no tan de menor importancia: Satanás; el rey de los placeres carnales. Quien, aunque no es omnipresente, está en todos lados para hacernos pecar, lógica humana, excusa para no decir lo estúpidos que somos. Quememos fotos en aceite para lastimar personas, utilicemos la hechicería de la bruja Clemente, recomendada por la bruja de la vecina, para que la esposa nos ame para siempre.

Hagamos lo de siempre y quejémonos de todo. Seamos desdichadamente felices y enseñémosles a nuestros hijos lo mismo. Tengamos el sueño más prostituto de la vida: ser profesionales. Porque necesitamos dinero, aunque no haya felicidad. Sin embargo, el dinero ayuda a ser felices, siempre y cuando haya trabajo; necesitamos todo y renegamos de todo. ¿Para qué cambiar? ni que fuéramos monjes budistas intentando buscar la plenitud, eso es de *nerds*, gente ociosa, sin ambición, porque solo podemos curar el alma a través del dolor.

Todo un sinfín de palabreo en mi cabeza. Enojado por la vida y en mi cumpleaños. Esperé disfrutarlo con mi familia y ahora solo esperaba que terminara el día para ir a dormir. Un par de perros vagabundos caminaban por la calle y tan solo pensé: Sofi les daría de comer, se arrebataría de su casaca para abrigarlos y me insistiría media hora para que los dejara en casa y seguiría medía hora de peleas por haberme negado para luego escucharla decir: lo siento.

Di algunas vueltas, pisando algunos charcos, con los pies pesados por el agua acumulada en los calcetines. Iba sonriendo entre soliloquio y soliloquio. Imaginar que la lluvia escuchaba, ayudaba, es bueno engañar a la mente, fingiendo que alguien te escucha.

Noté una figura humana a lo lejos. No la había imaginado, lo más

probable es que haya estado ahí desde mucho antes que yo llegara. Me acerqué y tapé mi frente con la mano para poder observarla mejor. Era un hombre mayor, de unos cincuenta años, con harapos por ropa, con dos babuchas de color de rosa en los pies, probablemente obtenidas de la basura. Con la cabeza gacha y las manos juntas.

“Otro borracho –farfullé”, uno más de esos beodos de madrugada. Aun así caminé hacia él, hasta donde pude escucharlo.

– Gracias, Dios…

– ¿Gracias? ¿En esas circunstancias? –reí.

– …por darme la fuerza…

“Apenas debe de tener fuerza para vivir, por qué tendría que agradecer eso”.

– … para no darme por vencido…

¿Vencido? ¿No se ha dado cuenta que la vida no tiene propósito?

– … Y aunque me enseñaron a rezarte en la iglesia, siempre te rezaré en cualquier lugar.

Comencé a correr.

¿Acaso todo dolor ha sido creado por mi cabeza? Quizás tenga sentido. Solo fue un amor que no terminó bien. Tampoco fue el primero que no funcionó. Hay cosas más importantes por las que vivir. Tengo muchas cosas por hacer, hablaba yo entre dientes. Tampoco supe porque empecé a correr.

– Creo que estás enloqueciendo –escuché su voz detrás de mí.

– ¿Por qué te empecinas en no dejarme en paz? (No tenía ninguna zona de mi cuerpo seca).

– Deberías llamarme y preguntarme por qué te dejé –me encaró.

– No puedo hacer eso. Me prometí no volver a verte. Además, seguro ni siquiera tú sabes la respuesta. Nadie en lo absoluto sabe lo que quiere –le repliqué.

– ¿Tampoco tú? –me espetó.

– Sobre todo yo. Quiero tranquilidad y no me esfuerzo por sacarte de mi cabeza ¿Crees que estoy loco? –terminé.

– ¡Mira! Creo que conoces esa casa. –me interrumpió.

Miré hacia mi derecha. Había corrido sin darme cuenta hacia dónde me dirigía. Vi una ventana que inmediatamente reconocí. Las luces encendidas reflejaban, tras las cortinas, una sombra totalmente conocida. Sonreí irascible. Tomé un puñado de piedras de la pista y una tras otra las lancé hacia la ventana. Un rostro angelical apareció tras la ventana. La misma mujer que una vez soñé. La misma que me llamaba rey.

– ¿Jean, eres tú? – preguntó Gabriela desde la ventana.

– No estoy seguro. Creo que sí. –le contesté sorprendido.

– ¡Por Dios!, ¿qué haces a esta hora en la calle y en la lluvia? –me dijo con evidente preocupación.

– ¿Puedes bajar? –le pedir tiritando de frío.

Pasaron dos minutos. Gabriela abrió la puerta. Tenía puesto el pijama de panteras con el polo azul. “Un curioso *deja vu*”, pensé. Muy amablemente me tendió una toalla en el cuerpo y sin hablarnos, me dejó subir a su habitación.

– Ahora dime, ¿qué haces en la calle a esta hora?

– No pensé que aún lo tendrías guardado. –le dije señalando hacia una hoja de papel con el dibujo de una casa, un chico en una patineta y una mujer observando, y un gato.

– Yo tampoco entiendo la razón –se sentó en la cama.

– Esa iba a ser nuestra casa y nuestro gato, y yo en la patineta representaba las locuras que haría para llamar tu atención. –le dije mientras llevaba mis dedos hacia la hoja y apenas dejé una huella de agua.

– Tú mismo lo dijiste: iba a ser… –me ratificó.

– Había olvidado el aroma de tu habitación –un olor intenso reinaba en su habitación–. Siempre has preferido hasta dejar de comer por comprar perfumes.

– ¿Y esa es una de las primeras cosas que te gustaron de mí, o es que también fue mentira?

– Yo nunca te mentí. Solo que nunca dije que te amaba. –pronuncié y senté en una silla cerca del escritorio.

– Pero me trataste como si así fuera ¡Tú y tus malditas ambigüedades!

– Todo ha cambiado, Gabriela. –comencé a desnudarme el torso para secarme–. Espero que hacer esto no te incomode.

– Ya he visto todo de ti, descuida. ¿Vas a quedarte a dormir? –dijo y se metió entre las cobijas–. Tengo mucho frío y no pienso volver a bajar a abrir la puerta.

– Como en los viejos tiempos. –sonreí–. Me alegra que aún no tengas pareja.

– Claro que la tengo y la amo. –me dijo con cierta picardía. Ven acuéstate de una vez.

Me desvestí completamente. Colgué mi ropa en el baño y fui a refugiarme en el calor de las mantas. Tuvimos que compartir la única almohada. El cuarto mantenía la luz naranja proveniente de la calle. Las gotas, cual lágrimas, resbalaban por los cristales de las ventanas.

– ¿Y… dónde se encuentra?

– De viaje. Últimamente lo he visto poco.

– ¿En serio lo amas? –le pregunté.

– Sé distinguir cuándo es amor y cuándo no lo es. –me lanzó enojada–; además, tengo la seguridad de que es con quien me quedaré hasta el final de mis días.

No tuve la intención de refutarle nada. Tampoco quise hacerla pensar en si al permitirme acostarme con ella estaba bien o no. Deseaba quedarme ahí.

– ¿Estás cómoda? –le pregunté mientras nos quedamos mirándonos fijamente.

– Como siempre pudimos estarlo. Ahora dime, Jean, ¿qué ocurrió?

– Me enamoré. Eso ocurrió –le aseguré.

– ¿Acaso eso es posible? ¿Quién es la afortunada? –me inquirió en todo burlón.

“Dile mi nombre, Jean. Dile tu obsesión por mí.”, escuché su voz en mi cabeza.

– No importa su nombre; pero ella… me rompió el corazón.

– Entonces bienvenido al club. Quizás un día llegue a tu casa sin previo aviso a visitarte y me invites a dormir. –dijo Gabriela, cerró los ojos un instante y luego bostezó.

– ¿Alguna vez me odiaste? –le dije mientras arrastraba mis dedos desde su frente hasta sus labios.

– A veces sí y otras me odiaba a mí misma… ¡Mira! –me enseñó unas cuantas marcas de cortes en sus brazo izquierdo–. Cuando empezamos a salir

dejé de hacerme estos cortes. Sé que me dejaste porque no era lo suficientemente buena para ti.

– Eso no es cierto. Yo si… –quedé callado.

– Descuida. Ahora tengo a alguien que me ama. Y yo aprenderé a amarlo con el tiempo –me reiteró.

– ¿Pensé que habías dicho que sí lo amabas? –dije y la miré sorprendido.

– Y también dije que te podías a quedar a dormir; pero podría cambiar de opinión –me dijo tajante y acomodó su espacio de almohada.

– Tengo problemas para dormir –le hice saber.

– Debes de estar muy enojado –me expresó.

– ¿Cómo lo sabes? –me indagó.

– Te conozco cómo eres. Ven, acércate –me dijo y llevó mi cabeza a su pecho y comenzó a acariciarme el cabello.

Su deliciosa fragancia se impregnaba poco a poco en mis sentidos y mi piel fría empezó a calentarse. Me sentí un niño frágil e inseguro. Frotó su cabello en mis mejillas, y, al mismo tiempo, me dio un beso pequeño en la frente. Su amor "maternal" terminó por reconformarme completamente. Todo en una escena freudiana: una calma sexual sin sexo.

“Mi rey, todo estará bien” –luego de muchos años seguía diciéndome así.

“Mi reina suena mejor que pequeña” –escuché la voz en mi cabeza, antes de poder quedarme dormido en su pecho.

Encontré un lugar donde apaciguar mi insomnio. Las mañanas se volvieron más tranquilas, pero con la impaciencia de que llegara la noche y

poder ir corriendo a ver a Gabriela donde podría recompensar su sosiego con cuentos que aprendía de memoria.

Gabriela siempre ha tenido unos ojos bellísimos que combinaba con su perfecta piel blanca. La conocí en una madrugada lluviosa. Tan solo pude ver sus ojos a través de la capucha que la cubría. Sabía que pasaría algo, lo sabía por la manera cómo nos mirábamos; sabía por el modo cómo nos saludábamos, y lo sabía luego de haber tenido sexo en la cocina de su casa. Gabriela era otra de tantos estudiantes que vivían solos y yo fui su compañía y me regocijé con su cuerpo y su cariño. Muy dentro de mí sí sabía que la amaba; pero sabía que pronto acabaría porque no me quedaría en la ciudad y decidí evitar un drama romántico procurando no decirle nunca: te amo.

Pasaron siete días y siete noches durante los cuales encontré cierta paz. La octava noche fui a mi refugió, animado con una nueva historia y casi sin ningún dolor dentro de mí. Llegué a su ventana –esta permanecía siempre con las luces encendidas– que esperaba mi aviso con alguna piedrecilla que encontraba en el camino. “¿Esa sombra también es parte de mi imaginación?”, pensé mirando atentamente hacia las cortinas. Y es que no, no era una nueva creación de mi cabeza. ELLA aparecía con menor cantidad, pero esta era una forma masculina, en la ventana de mi refugio, invadiendo mi espacio. Luego apareció la sombra de Gabriela y los vi claramente. Vi ese abrazo que creí único para mí en estos días y luego ese beso, extenso y prolongado. Y es que sabía que iba a suceder. Solo era un vago que estaba de paso en su cama. Un recuerdo de su vida que quiso alimentar. No soy estúpido, Gabriela solo quiso saber cómo era la personalidad de la mujer que aún amaba. No sé realmente qué quería de todo esto. Era el momento de desaparecer. No lloré, tampoco sufrí. La tuve para mí, para calmar mi dolor. Mas, si no le dije: “te amo” antes, menos lo diría ahora. Desaparecí en la niebla de la oscuridad a caminar por un parque, esperando encontrar otra

ventana y a alguien más para contar el cuento que aprendí ese día.

XIX

Las personas son sencillas de conquistar. Diles lo que quieren escuchar y estos te apoyarán. Créales sentimientos respecto de esas palabras y ellos harán lo que tú les pidas. Con ese pensamiento dentro de mí no fue difícil poder llevarme a más mujeres a la cama. Aunque de una manera inteligente no volví a cometer el mismo error que con Paola. Si una mujer se sentía fea, yo la hacía sentir hermosa, si una tenía el ego muy grande le creaba una necesidad hacia mí. Todo más fácil sin una pisca de amor. ¿Era bueno o malo? Siempre puedo decir que esas mujeres también pudieron elegir el no pasar por estas situaciones que aceptaron. Todo dentro de las leyes humanas.

Sofía pronto desaparecía de mi cabeza. Absurdamente aún podía escuchar sus pasos por la escalera y sentir su presencia en la entrada del departamento. Nunca nadie tocó la puerta y nunca abrí la puerta para saber si lo imaginaba o era real.

Samanta fue la última mujer con la que me iba a acostar en el verano. Una mujer de un cuerpo exquisito. La cual llegó ebria a mi cama. “Maldito alcohol y maldita moral”. No pude aprovecharme de una mujer en ese estado. Tan solo nos quedamos dormidos en la misma cama. Esperaba que despertara con una amnesia repentina, fingiendo que no sabía cómo llegó ahí y asustada por lo injusto del mundo, porque era inocente ante la sociedad. Todo lo contrario ocurrió cuando despertó y nuestras miradas se cruzaron.

– ¿Debo creer que eres un hombre con principios? –me preguntó sin sacar sus ojos de mí.

– Creí demostrarlo cuando nos besamos luego de recogerte del suelo – le dije y reí.

– Sí, me caí. Fue a causa de los tacos. No sé usarlos bien –afirmó candorosamente.

– Pero sabes usar tus labios. Aunque también sabes vomitar excelentemente bien por la ventana de un taxi –le recordé.

– ¡Para! No me hagas recordar eso –me dijo estirando los brazos–. Entonces… ¿Te acostaste conmigo anoche? –agregó estirando su cuerpo.

– ¡Claro que no! –le respondí sintiéndome intimidado–. Estabas prácticamente inconsciente.

– ¡Cobarde! ¿Acaso no sabes que la fantasía número uno de una mujer es ser violada? O bueno, eso leí en una revista –se expresó con firmeza.

– Quizás lo hubiera pensado si te hubieras lavado los dientes.

– En una violación no se necesitan besos. ¡Pobre niño! Perdiste una gran oportunidad.

Seguridad hasta la médula. Samanta tenía siempre un escudo invisible, cubriéndola, protegiéndose de las heridas emocionales del mundo. “Debo cuidar mi corazón”, me decía. Literalmente, debía hacerlo, cualquier perturbación podría haberle causado ligeros problemas cardíacos. Samanta sufría algunos problemas del corazón. Fuese verdad, o no, decidí creer siempre que eso era posible.

Nos vimos en muchas ocasiones, a veces para ir a bailar, otras a nadar y otras solo para ver una película. Me sentía muy a gusto a su lado. Ella no era ingenua, pero siempre fue directa. Recuerdo cuando me preguntó: “¿Quieres que solo tengamos sexo o tomemos más en serio las cosas?” Se supone que sería yo quien daría las primeras señales para esa alternativa.

Su cuerpo de color de canela me enloquecía. Su aroma profundo profanaba mis sensaciones más bajas y siempre fue una amante excepcional.

Los días pasaban de manera excelente. No había necesidad de pensar en amor o en constantes insistencias de una relación. Había sexo en cada momento y no tenía que ser paciente.

Paola solía encontrarnos por la calle agarrados de la mano. ¡Pobre mujer! Nunca volvió a hablarme y tampoco sentí culpa por eso. Su voz fue acallándose. A veces la veía en sueños, pero sentía que iba mejorando. A menudo seguía escuchando sus pasos por las escaleras para detenerse en la puerta de la entrada y luego desaparecer sin nada más. Probablemente era un rezago de mis momentos malos e intenté no prestar mucha atención.

Sara apareció en ese tiempo; no muy seguido, pero con el mismo chismorreo:

– Rubén terminó con Sofía –me contó.

– Era lo que se esperaba, no sabía que durarían tanto –le contesté mientras permanecíamos sentados en la acera.

– Y no duraron. Ocurrió hace más de dos meses. No sabía si decírtelo –continuó.

– Eso ya no importa ¿No lo crees? –miré a las nubes para encontrar alguna forma en ellas.

– ¿Ya te encuentras mejor? –me preguntó.

– ¿Acaso estamos bien, realmente? –encontré una esponjosa similar a un pastel de frutas.

“Obvio”, la palabra suele carecer de valor mientras pasa el tiempo. Es una prostituta más del lenguaje y arrepentimientos. “¡Obvio que no te quería”, “obvio que iban a suceder las cosas así!”, “¡Era tan obvio…!”

– ¿Estás seguro que la has olvidado? –me preguntó Samanta.

– Fue un error contarte. ¿De dónde viene esa pregunta? –le respondí un

poco incómodo.

– Es raro que luego de tanto rencor acumulado digas que ya la olvidaste –me regañó.

– A veces, las cosas pasan… –concluí.

El rencor no había desaparecido. Sofía sí. No había un fantasma a quien odiar. Tenía que agradecer a cada mujer que compartió conmigo algo de su alma, cada noche que estuvieron conmigo. No siempre todo es sexo, también puedes tener conversaciones profundas hasta con una prostituta. Y es que a veces me pongo a pensar. Al final siempre pagamos por sexo, o es con dinero, o es con tiempo. Todo es una novela.

Como cuando escuchas por primera vez: ”Eres el primero en…” es una versión más moderna de “eres el único”; “eres el primero en entrar en mi habitación”; “eres el primero que me toca”, y apenas se conocen un par de días; “eres el primero que beso en una fiesta”; “eres el primero que me ha hecho sentir esto”; “cada persona es un mundo por eso cada experiencia es como la primera.” Todos estos *slogans* de *marketing*.

Idéntica a la primera vez de Samanta: nunca antes había llegado ebria a la casa de alguien que acababa de conocer; o la primera vez de Paola: nunca se había acostado con alguien en su primera cita; o la de Gabriela: nunca antes había dormido con alguien desnudo que no haya sido su enamorado.

– ¿Qué tal si hacemos algo nuevo? –propuso Samanta –mientras permanecíamos recostados en el mueble, ella con la cabeza en mi pecho.

– ¿Como ir de viaje o acampar? –le pregunté.

– ¡Claro que no! Algo un poco diferente –me dijo y giró a verme.

– ¿Qué sugieres? –le indagué.

– He escuchado sobre los *happy brownies* –me respondió.

– ¿Son una especie de *cupcakes* en forma de carita feliz? –le repliqué riéndome.

– Espero que solo bromees –me dijo bajando la voz–. Son *brownies* de chocolate con marihuana en su interior. Dicen que es más efectiva que fumarla.

– No estoy seguro. Jamás he probado drogas. Si pruebo drogas no tendré control sobre mí –le advertí.

– ¿Y el alcohol? –me volvió a preguntar.

– ¿Qué sucede con el alcohol? –me replicó.

– ¿Acaso cuando se está ebrio se tiene todo bajo control?

– No, pero… ¡No seas cobarde! No sucederá nada –me apabulló.

– ¿Por qué me arrastras siempre a estas cosas? –le pregunté mientras acariciaba uno de sus pezones.

– Por eso mismo, bebé, porque te dejo juguetear con mi cuerpo –apuntó y presionó mi mano.

– Está bien –le dije y mis dedos seguían moviéndose.

– Daniel y Jenny vendrán –agregó.

– ¿Por qué? –le reproché–. Pensé que sería únicamente entre los dos.

– ¡Por qué! Porque yo no sé cómo conseguirlos y si ocurre algo malo, prefiero que haya más personas alrededor argumentó –al tiempo que sacaba mi mano de su cuerpo.

– ¡Hey! Yo estaba ocupado ahí. –le increpé e intenté zafar mis dedos de sus manos.

– Dime que lo haremos y te dejo que sigas tocándome –se ofreció.

– Está bien, está bien –le expresé y ella soltó mi mano–. Solo espero

que esta vez no usen mi cama –murmuré.

– ¿Qué dijiste? –me preguntó levantando la voz.

– Que estoy de acuerdo con intentarlo (aunque en el fondo no estaba seguro). Aunque siempre hay una primera vez –le aseguré. Lo peor que podría pasar es salir riendo desnudo como loco por la calle.

XX

Los eventos pasan a veces tan rápidos que es imposible darse cuenta cuándo empezaron y cuándo terminaron. Tan igual como aquella tarde con los *brownies* de chocolate. No sé con certeza cuánto tiempo llevaron en mostrarse los primeros efectos. Solo sabíamos que ya estaban ocurriendo. Daniel quedó con la mirada vacía hacia el suelo, sin siquiera poder hablar bien. Jenny no podía parar de reír, tanto como Samanta.

Me sentí inmune a todos los efectos de la marihuana. Y cómo puedo afirmar ello, si poco recuerdo lo que pasó luego. Apenas tengo algunas imágenes que se han vuelto recuerdos vívidos de tantas veces que he tratado de revivirlas.

Entonces, ahí estamos. Nuevamente en la cama. Con Samanta en mi encima, riendo menos, pero riendo. Las cortinas se mueven muy lentamente, mientras mi mente crea patrones de sombras en la pared. En la siguiente escena veo los ojos de Samanta llenos de lágrimas, y ella diciéndome que volverá siempre y cuando la deje salir. Veo sus manos retirando las mías de la puerta para luego verla correr sin siquiera poder mover un solo músculo para ir tras ella. Recuerdo que estaba comiendo en la mesa sin cuestionarme nada y luego dormir como si nunca hubiera ocurrido aquella tarde.

¿Qué sucedió…? Nada. Eso fue lo que ocurrió. La absoluta nada. La nada que aconteció cuando Samanta habló conmigo en una acera. Cuando me hizo recordar, lo que sigo negando.

– …No miento cuando digo que eso fue lo que dijiste –le dije y sus ojos estaban algo brillosos–. Muéstrame las fotos que tomaste –añadí.

– Vuélveme a recordar la escena. Están en la carpeta “tardecita” –me pidió y yo saqué el celular.

– En la noche, cuando fuimos a tu cuarto, te dije que me estaba enamorando de ti –le recordé.

– Eso no lo recuerdo –me dijo–.

– Estoy casi seguro de que te quedaste dormida.

– Eso fue tan solo un momento… Salgo horrible en estas fotos –me aseguró.

– ¿Queeé? –respondí. Tus ojos se ven sumamente rojos por culpa de la marihuana.

– Dijiste que solo era un cuerpo más para ti. ¿Ahora entiendes por qué me fui del lugar?

– Juro que no lo hice. No soy capaz de haber dicho esa expresión –le espeté.

– Odio tu cinismo. No soy una loca –dijo y su rostro se hinchó de la rabia–. Quiero que borres las fotos.

– No lo haré –respondí queriendo arrebatarle el celular.

– Conserva en las que no aparezco, es mi rostro y no quiero que quede algún recuerdo de aquella tarde –me volvió a decir y sujetó mi mano y luego dejó el celular libre, confiando en que seguiría su petición.

– Siento mucho todo “¿Siento?”. Sé que no pude haber dicho eso, y me pongo firme ante eso –le reiteré.

– Sabía que responderías así. Siempre has sido terco como una mula. No tienes remedio (parecía una broma, pero no lo era). Tengo que cuidar mi corazón, Jean. Debo hacerlo.

– Lo sé, pues, lo repites constantemente. Todo estará bien, solo es una mala experiencia, haremos cosas que compensarán todo –le aseguré para consolarla.

–No existe un más tarde, Jean, ya no lo hay. Esto ha terminado –dijo y se levantó.

– Yo no lo dije. ¡No dije eso! ¡Maldita sea! –grité.

– Lo hiciste –respondió suavemente, con una sonrisa forzada, y empezó a caminar.

Quedé en silencio mientras la veía avanzar. Samanta volteaba para verme por momentos y continuó su andar muy lento. Mientras tanto, yo seguí sentado en la acera, sin mover ningún músculo, sin poder detenerla. Era incapaz de moverme, nada me impulsaba. Sabía que si iba tras ella podría convencerla de que se quedara; sabía que quería escuchar un “lo siento, yo también te quiero, te quiero conmigo, en mi vida”, de mi boca. Sabía que solo tendría que sujetarla del hombro, abrazarla y todo estaría bien. No fue así. No hice ningún movimiento. Esperé que desapareciera de mi vista, en su caminar pausado, esperando que Jean llegue detrás de ella. Nunca sucedió. Mis ojos se desviaron al cielo que pronto se nublaría. Recordé su piel canela, su cuerpo exquisito y su sonrisa plena cuando la abrazaba contra mi pecho. Solo pude soltar una carcajada al regresar a mi casa con un solo pensamiento: Debí gozarla aún más.

Aprendí que el amor silencioso es dañino, y más aún cuando amas a

quien no te ama. Aprendí a ser un hipócrita, lastimando de la misma forma que sentí ser lastimado, en mi absurda venganza ficticia. Y, sobre todo, aprendí que podemos decir verdades que no deben decirse cuando ríes junto a un cuerpo que te hace sentir cómodo.

El cielo no demoró en oscurecerse completamente. Algunos suspiros salían delo más profundo de mi ser. Luego, en mi cabeza aparecían imágenes de lo que iba a cenar esa noche. Tenía muchísima hambre y procuraba llegar a mi casa para comer media manzana oxidada que tenía en el refrigerador. Pasé el enrejado y llegué a las escaleras sin prestar atención a mi alrededor. Una persona bajó corriendo y topó mi brazo. Fue en ese diminuto instante que sentí un fresco aroma ya conocido. Volteé para mirar y solo vi la espalda de una mujer que corría con la cabeza baja y puesta una gorra. No pude reconocer esa presencia, pero ese aroma… ese aroma impulsó mis sentidos y no faltaría poco para que mi cuerpo estuviera alerta. No comprendía por qué mi corazón comenzó a acelerar tan rápidamente y tuve que tratar de controlar mi respiración para poder calmarme. Uno, dos; uno dos contaba. Es que el subconsciente es tan potente que nos hace criaturas indefensas ante lo que aún no entendemos.

Así terminaron, probablemente, los amores o “revolcones” de verano. Me estaba convirtiendo en un digno merecedor de mi propia marcha feminista. Pero, ¿Quieren saber la verdad? Me importaba una mierda todo ello. Ahora podré contarle a cada uno de mis amigos las aventuras que tuve, de señalar en la calle los deliciosos cuerpos que pude saborear. Así es, mi ego es inmenso y ahora toca tomar un descanso para esperar el otoño.

XXI

¡Los sueños, hermosos sueños! Al parecer dicen muchas verdades, debe de ser porque dejamos de pensar mientras nos vamos quedando dormidos. Muchos parecen contar historias de futuros lejanos que se van cumpliendo, a veces, para bien y otros para mal. Tan hermoso viene a mi mente ese sueño que tuve una tarde. La carita de Sofía apareció como una estrella, brillante y notoria en la oscuridad de mi cuarto, en un sueño aparentemente breve. Su cuerpo desnudo, con una expresión lujuriosa, me indicaba con su dedo que la siguiera a la cama, y, aunque, no recuerdo bien los detalles, sé que fue la primera vez que le hice el amor… ¿El amor?... aún sigo utilizando esa palabra. Es que fue tan alegre la expresión que tuve al día siguiente, que no pude retractarme de utilizar esa palabra y menos aún de cuando conversé con Daniel.

– ¿Cuánto crees que demore en hacerse realidad? –me preguntó Daniel y sonrió.

– ¿Realidad? Eso nunca se hará realidad –le dije y continué acomodando mis cosas en la mochila.

– A veces dudo de tu memoria. Recuerdas el sueño que tuviste con la mesera esa que tanto te gustaba. Tampoco olvidemos el que tuviste con Gabriela. Son demasiadas coincidencias para no creer que esta no esté próxima a volverse realidad –me recordó.

– Quizás… Quizás. No puedo creer que esta vez se cumpla –afirmé y sonreí levemente ante la posibilidad, me vi a mí mismo, con la expresión de niño idiota.

– ¿Sigues enamorado de ella? –me preguntó Daniel, muy atento.

– ¡Por supuesto que no!, solo es… –dudé–, es la única mujer que quise y no la pude hacer mía, solo eso. No es nada importante.

– Ahora tendrás que repetírtelo hasta convencerte –me sugirió y me dio una palmada en la espalda y nos levantamos de la mesa.

Aquella ocasión estábamos en un parque de la ciudad. El único que tenía mesas en medio del pasto. Podías pasar varias horas leyendo alrededor de los árboles. Vi un par de palomas haciendo su nido en la copa de un árbol.

¿Sabías que las palomas eligen una pareja de por vida? –dijo Daniel–, es algo único.

– También lo hacen los pingüinos. El macho entrega una piedra a la hembra y si esta la acepta son pareja para siempre –le expliqué.

– ¿En serio? Eso no lo sabía –me dijo con asombro–. Significa que…

– Significa que sería especial si no se hubieran grabado casos de "infidelidad" entre pingüinos –interrumpí–. No siempre las cosas son tan perfectas como parecen. A veces lo hermoso es solo basura envuelta en una hermosa bolsa.

– Por eso Samanta siempre decía que vas a perder a las personas. Por tu pesimismo. Dale un chance a la vida y deja de ser tan amargado –me recomendó.

– ¡Por supuesto que soy positivo! En la naturaleza existen los sementales. Una yegua para cada día de la semana. ¡La mejor vida! –le repliqué.

– ¿Así pretendías que Sofi te quisiera? –pronunció muy despacio.

– ¿Qué dijiste? –le increpé.

– Nada. Olvídalo. Vamos de una vez a la universidad –me cortó.

Las palomas seguían trayendo ramitas en su pico para seguir construyendo su nido. Continué pensando en la naturaleza ingenua, en su perpetuo instinto de buscar un compañero. Algunos para muchos años, otros

para una sola ocasión. Probablemente lo más inteligente son las mantis religiosas, la hembra acaba devorando al macho al finalizar el apareo; todos lo aceptan, es la naturaleza, todos felices. Pero los humanos, la “maravillosa” humanidad, miles de años y sigue teniendo los mismos ideales: creyendo en dioses que traen calamidades por razones que jamás entenderemos y jamás debemos cuestionar. Creyendo en el amor perpetuo, en la felicidad plena y la bondad innata.

“Jamás he visto un león devorando a otro león”, escuché en una conferencia sobre comportamiento humano. Fantástica afirmación para decir que somos basura y bien hubiera quedado todo si no fuera porque semanas después vi un documental donde leones devoraban a cachorros cuando se adueñaban de la manada. ¡Bueno!, al final de todo, somos animales aspirando tener un espíritu. Oremos para que el apocalipsis no nos caiga encima, que desde hace dos mil años está próximo en llegar.

“¿Quién te hizo así?”, preguntaría Priscila si escuchara mis pensamientos. “Nadie, Pris, nadie. Solo que no permitas que nunca me acueste contigo. Protejamos nuestra amistad”. Esa sería mi respuesta. Respuesta inútil –debo aclarar–, es mejor revolcarse a que se arruine lentamente por otras casusas.

XXII

Quiero que imaginen un mundo paralelo, en donde las deformidades de los placeres son tan extremos que son impensables. Imagina que posees unas gafas para ver esa realidad monstruosa, pero probablemente auténtica. Imagina que ves cuerpos que disfrutan mientras son lacerados que pareciesen ser desollados. Imagina a otro cuerpo de pie, gozando de un cadáver que frota contra su piel sin importarle el olor putrefacto. Ahora ve a otros cuerpos que

se infligen daño a sí mismos; ahora, a otros amordazados como perros, y, luego, imagina la expresión de gozo de alguien que empezó a tramar un deseo enfermizo en su cabeza.

Ahora imagina y cree por un momento que eso no existe. Que un mundo así jamás podría existir; pero no, existe. Y esa tarde intenté no verme como esas personas en el espejo. Traté de alguna manera sentir que era una buena persona.

Despertaba de una siesta larga, una de esas en las que no me sentía completamente despierto, no advertía mi realidad y aún me sentía atrapado en un limbo. Estiré la piel del contorno de los ojos. “Esos ojos que apenas alcanzan ser los de un holgazán”, me dije. Mientras hacía algunas muecas graciosas en el espejo, escuché un golpeteo en la puerta. Apenas moví mi cuello de un lado a otro. Con pasos lerdos avancé a la entrada. Aún adormilado. Me froté el ojo derecho con los dedos.

– ¡Hola! Buenas Tardes –saludé.

– Pensé que nunca me atrevería a tocar la puerta –respondió una vocecita.

– Si es por el pago del agua, ahora mismo se lo traigo –le dije aunque veía un poco nublado.

– Jean, ¡abre los ojos! –me dijo una voz más reconocible–. No he cambiado tanto en estos últimos meses –continuó.

Me acostumbré a la luz que me daba directamente a los ojos. Sentí rápidamente un aroma… ¡Sí!, ese aroma era el mismo que sentí cuando vi a la chica encapuchada que corría por mi lado el otro día.

– ¿Qué haces aquí? –pregunté y sentí que me abochornaba por la evidente respuesta.

– Solo… no lo sé. Es la primera vez que me atrevo a tocar la puerta –murmuró y agachó la mirada.

– ¿Qué quieres hablar? –le indagué.

– ¿Puedo pasar? –me consultó y apenas me miró.

– Pasa. Siéntate –le respondí–. El sueño estaba regresando a mi cuerpo. Tenía muchas ganas de regresar a mi cama.

Nos sentamos muy cerca. Recosté mi cabeza en el respaldar del mueble y cerré los ojos unos minutos. Luego la miré por un momento. Ella seguía mirando hacia el suelo; "¡Como si de verdad pudiera mirarme a los ojos!" "No las aplastes, son pequeñitas", escuché en mi cabeza.

– Siéntete tranquila. Yo te puedo escuchar –le aseguré y no le mentía.

– Lo lamento. Lo lamento demasiado –me reiteró.

– ¿Qué lamentas? –le dije.

– Todo –me contestó.

– El todo es muy amplio como para saberlo –le repliqué y noté que me miró enojada por un instante para luego volver a mirar al suelo–. Sé más detallada –agregué.

– No quiero decir lo que todo el mundo sabe –dijo y apretó el puño derecho–. Tan solo dime que me has perdonado. ¡Hazlo de una vez! –terminó.

La miré fijamente recordando una ira ya perdida. Respiré hondamente y contesté.

– Por ahora es suficiente que únicamente hablemos –le propuse. "Uno, dos, tres, contaba.".

– Él me lastimó… Solo me utilizó… –continuó.

– Lo sé. Sé toda tu historia –le mencioné.

– ¿Cómo?

– Me la contaron. Los buenos chismes siempre deben ser contados y deben ser escuchados. Realmente deseaba jamás haberlo sabido. ¿Sabías que Rubén te utilizaría?

– Lo sé, pero ese hombre me dijo tantas cosas y yo… –calló.

Pasó un largo minuto sin hablar.

– Jean, ahora, debes entender cómo me siento –expresó.

Quedé un momento en silencio, viendo las cortinas que se movían. Se ondeaban igual que ese vestido floreado que aún tenía en mi cabeza.

– No lo comprendo. Quisiera hacerlo, pero no puedo. “¿Paola contará la misma historia?” ¿Puedo preguntarte algo?

– Yo responderé todo lo que quieras –dijo mientras jugueteaba con sus uñas, haciéndolas sonar.

– ¿Me fuiste infiel? “Decir lo contrario es ser una hipócrita”.

– No, nunca lo fui –contestó serenamente.

– Pensé que salías con Rubén mientras estabas conmigo. “Seguro que ya te besuqueabas en su casa.”

– No fue así. Lo intenté al mes que terminamos –me dijo.

– ¡Fue a la semana! –grité.

– ¿Ah?

– Que fue a la semana –repetí.

– Tienes razón. Me confundí –me dijo acariciándose el hombro en un acto de autoconsuelo.

– Cuando te llevé los *marshmallows*… ¿Por qué estaba a tu lado? “Seguro hablando de lo estúpido que fui al creer que sería el primer hombre.”

– Solo me ayudó en un trabajo. Nunca te fui infiel. Yo lloraba por ti. No soportaba la presión de mis cursos, estaba mal... –me confirmó.

– Yo prometí ayudarte –le dije.

– Lo sé. Debí confiar en ti y no lo hice. Rubén llegó a llenarme de palabras, de soluciones a mis problemas. Con él podía olvidarte –me aseguró y sus ojos llorosos se clavaron en mí–. Yo te quería y te sigo queriendo…

– “Te revolcabas en su cama mientras me querías, eres una cualquiera”, pensé. Explícame por qué te acostaste con él –le rezongué y sentí un leve punzón en mi pecho.

– ¿Me acosté con…? Negarlo es estúpido –me afirmó y acarició sus dos hombros–. Quiero que me perdones.

– Cuéntame la historia –le sugerí. “Probablemente es la misma historia que siempre imaginé en mi cabeza”, imaginé.

– ¿Es necesario? –preguntó y apenas me miró.

– ¡Lo es! –le dije con tono de mandato.

– Un día estuvimos conversando en su casa. Yo lloraba mucho, Jean, tenía muchos problemas y lo sabes. Rubén me aconsejó, estaba pendiente de mí y cuando se acercó a besarme, no me negué. Ahí comenzó todo.

– ¿Cuántas veces lo hicieron?

– No lo sé.

– ¡Cuántas veces! –grité.

– ¡Tres! ¡Solo tres! –contestó a viva voz.

– ¿Qué fecha fue la primera?

– No tengo porque responder eso –me contestó.

– Por favor…, dime la fecha –le dije sumamente tranquilo–. Me di cuenta de que gritar arruinaría todo.

– Semana y media luego de haber terminado contigo.

Yo quería estallar. Quería gritar. Sentía furia y luego no sentí absolutamente nada. Muchas emociones pasaron por mi cabeza para luego terminar en un suspiro.

– ¿Te dejó...? ¿Así termina esto, como la indefensa mujer abandonada?

– Así te burles, esa es la verdad –concluyó.

Una pequeña, diminuta e indefensa mujer, la que era en mi cabeza, dejó a un hombre que la quería por otro. Este otro le da las promesas mágicas de una vida feliz. Este hombre solo la penetra sin pensar en sus sentimientos y mucho menos en si le gustará. Este hombre se sienta en la esquina de una cama para esperarla salir de la ducha y ahí es en donde, dando la más absurda de las excusas, la deja… ¡Pobre y diminuta mujer! Envuelta en llanto en su soledad. No hay remedio para las malas decisiones y es que la vida es eso: el resultado de la suma de acciones y decisiones.

Puedo afirmar que admiro la facilidad con que pudo controlar sus lágrimas hasta ese preciso momento, porque luego era un cachorro lastimero. No pude escuchar un sollozo más, había reclinado mi cabeza hacia el respaldar y no quería abrir los ojos para saber qué sucedía. El sueño aparecía poco a poco y en el justo instante en que algunas imágenes sin sentido se creaban en mi mente, mis piernas sintieron un peso que se colocó encima de ellas; luego, unas manos sujetaron mi cuello y unos codos presionaron mi pecho; además, para no perder el sentido novelesco de la escena, una leve voz apareció en mis oídos: “aún tengo la flor de *origami*.” No hice ningún movimiento brusco, no me alteré, mi mucho menos hice un gesto de molestia.

Inconscientemente esbocé una sonrisa, como si realmente que me sintiera feliz, realmente feliz. “Eres un crédulo, imbécil.”

– ¡Me dejaste! –grité sujetando la parte trasera de su cabeza–. Ahora vienes pidiendo perdón como si te lo merecieras. “¿Acaso lo merecía?”

– Tú lo vales todo –dijo e intentó buscar mis labios.

– ¡Enloquecí por tu maldita culpa! –di un resoplido–. Fui tu cosa, tu mascota para que no te sintieras sola; fui quien te consentía, quien te hacía los trabajos.

– Deja de decir eso –me dijo y sus emociones no se inmutaron; comenzó a mover sus caderas sobre mis muslos; quiero darte un beso, volverte a sentir.

– ¿Rubén es mejor que yo? –le pregunté furioso–. ¡Responde!

Quedó en silencio.

– ¡Por supuesto que no! Él es un pobre diablo. Siento vergüenza de que mi reemplazo sea una escoria –dije y la sujeté de las caderas–. Yo te habría hecho el amor, mil veces mejor –apreté su trasero–. ¡Soy lo mejor que te ha pasado en la vida! … y me dejaste –moví mis brazos hacia el mueble y dije ya más relajado–: ¡Niña estúpida!

– ¡Lo eres! ¡Lo eres! –repitió muchas veces–. Eres el mejor.

Volví a recostarme y cerrar los ojos. Sofía permaneció en mi encima. “… Un sabor fresco.” Sus labios por fin arribaron al destino por el que tanto lucharon llegar. No tuve la suficiente fuerza para detenerla. Luchaba con mis recuerdos. Llevé mi cuello con el suyo y me froté, tan idéntico como lo hacen los caballos y nuevamente sentí sonreír.

– ¿Quieres ir al cuarto? –le pregunté, mientras intentaba detenerle un par de lágrimas.

– Sí –sonrió.

– Deja de llorar, tus ojitos son desobedientes. Diles que se comporten y se calmen –le susurré y acaricié su mejilla.

¿Qué hacía? Se supone que la odiaba. Odiaba su recuerdo. Odiaba todo de ella y ahora tenía momentos donde olvidaba todo.

– Lo haré –dijo y se aferró a mí.

La cargué suavemente y con apenas un resbalón, que terminó en algunas risas, la llevé a la habitación. Sofía me dejó desnudarla, besarla y acariciarla. Su caprichoso carácter y engreída personalidad de hace unos pocos meses, había desaparecido esa noche. Estaba feliz y sumisa en mi delante.

Entonces… ahí la tenía, tendida debajo, mostrándome sus pechos y vulva descubierta. Lejana estaba la chica incómoda por el sudor, por el calor excesivo y los aromas de nuestros cuerpos. Recordé tener un par de preservativos de la última noche que estuve con Samanta.

– ¿Segura que puedo entrar? –le volví a inquirir.

– Hazlo, Jean. Realmente quiero que lo hagas –me dijo y sus ojos enternecieron hasta más no poder.

Quien diga que las peleas y el llanto no exciten al cuerpo miente estúpidamente. Sofía estaba completamente mojada y me fue sumamente fácil poder entrar. “Seguro lo hiciste muchas veces con ese idiota ¿Verdad?”, aparecían y desaparecían palabras en mi cabeza mientras la penetraba. Iba a moverme muy violentamente, quise lastimarla y nuevamente escuché en mi cabeza: “no la lastime, es pequeñita”. Era verdad, era tan pequeñita en ese instante, como una Catarina. Volví a acallar mi cabeza y luego de mucho tiempo… intenté… hacer el amor. Acaricié sus mejillas mientas le decía lo

hermosa que era. Tocaba sus muslos mostrando mi encanto en los ojos y sonreía como un chiquillo mientras seguía moviéndome lentamente. Ella me miraba y, sin poder detenerlo, lloró y lloró como un infante que tiene hambre.

– ¿Te hice daño? –pregunté.

– ¡No! ¡Perdóname! –lloró con más intensidad; gritó mientras me abrazaba–. No debí hacerlo, no debí dejarte, no debí acostarme con Rubén, no debí hacer muchas cosas. Tu debiste ser el primero, siempre. ¡Perdóname! ¡Perdóname! –repitió sin cesar.

Existen momentos y actos que no podemos explicar; son, a veces, tan espontáneos que jamás los entendemos. Por un pequeño instante comencé a creer en ella. “Quizás no soy la víctima.” Acomodé su rostro frente a mí.

– Olvidemos todo, “eso no ocurriría”. Quiero que sientas que esta es y será tu primera vez; así que ya no recuerdes más ese momento y concéntrate en mi. ¿Qué fue lo que dije?

Una breve imagen de Paola apareció en mi mente. Pensando en sus sentimientos. No duró mucho. No siempre tenemos que lo queremos y Paola no me tuvo a mí. Sofía sonrió, lloró, me abrazó, me besó; hizo muchas cosas. Obviamente creyó que la había perdonado y, aunque pareciese de esa forma, no era así. Volví a penetrarla, primero suave, tomando sus muslos y besando sus senos. Sintiendo su calor interno bordeando mi cadera. Su llanto ahora se había convertido en gemidos. De esos profundos que son capaces de despertar a los vecinos y probablemente más de uno los pudo escuchar. No entendía si había un poco de cariño en ese momento o solo era la necesidad de sexo que siempre deseamos tener; es probable que fingiésemos todas esas palabras y emociones para fornicar sin sentirnos sucios.

¿Acaso debí permitir que todo esto sucediera? Las historias reales no son tan sencillas como en las películas. No existe el perdón instantáneo y el

olvido permanente ¡Claro que no! Las malditas películas *hollywoodenses* nos hacen creer que solo bastan unas palabras, unas cuantas escenas y dos horas de drama para mantener una vida feliz. Nuestra escena terminó con ella durmiendo, dándome la espalda y con insomnio. Miraba la luna reflejada en el piso cuando iba cambiando de tamaño por la sombra que originaba el continuo movimiento de las cortinas.

– Ahora olvídame. Deja de culparme y comienza a culparte a ti.

Flores ondeantes… recorrían la habitación.

XXIII

> "Te comencé a querer nuevamente, luego de que él te desprecio. Te comencé a amar porque él te utilizó. Comencé a cuidarte porque él nunca te escuchó llorar y, sobre todo, quiero estar contigo porque tu corazón es como el mío: de un yo de otra época, más joven y menos fuerte."

Me preguntaba por qué Sofi permanecía a mi lado. ¿Se sentía miserablemente sola, o miserablemente culpable? ¿O todo lo que puede englobar esa miseria?

– ¿Cuántas veces lo hicieron?

Los siguientes días solo pude hacer cientos de preguntas.

¿Por qué me haces esa pregunta? –le dije a Sofi y ella trataba de acostumbrarse a todos mis reclamos.

La miré en silencio, esperando su respuesta.

– Cinco veces –contestó.

– Felizmente te disté cuenta a la quinta vez que solo te estaba usando –le recriminé y por fin pude ver vergüenza en sus ojos–. "Me encantó que me

penetrara”. Esa verdad quería y temía escuchar.

– No es necesario que te burles –me requirió y se sonrojó.

– ¿Eyaculó dentro de ti? –le volví a preguntar.

– ¿Qué?

– ¿Queeeé… si… eyaculoooó… dentro de ti?... ¿Ahora sí me escuchaste?

– Tus preguntas me hacen sentir mal –me advirtió.

– Tampoco te estoy obligando a que te quedes a escucharlas. Si deseas, puedes irte a casa –le espeté.

– Lo hizo –respondió– solo una vez –y agachó la cabeza en señal de sofoco. Su respiración se aligeró y dio un par de suspiros–. Y… bueno… ya sabes… ¿Estuviste con alguna mujer? –preguntó, siempre con la cabeza gacha y jugueteando con las uñas.

– ¡Sí! –respondí sin pensarlo–. En el mueble donde estás sentada y en la cama, pero descuida, todo está limpio.

– ¡Oh!, ya veo.

Su rostro ya no tenía una emoción legible. Mi sinceridad “plena”, únicamente la dañaba. Intentaba que le doliera un poco, aunque poco no bastaba. A veces mi cabeza recordaba mi odio en el cuarto oscuro. Con un cierto grado de humanidad, me acercaba a ella, le acariciaba la cabeza, le besaba la mejilla y hablaba.

– Descuida, siempre estuve enamorado de ti. Suelo verte como mi flor, como la de *origami* que te regalé. Una pequeña y hermosa flor a la que se le arrancó un pétalo; pero sigues siendo mi bella flor. “Eres un poeta Jean, pretendes ser el héroe y el verdugo. Ten algo de piedad por esa mujer.”

Culpa. Me comencé a alimentar de su culpa y de su notoria necesidad de perdón por mi parte. Solíamos tener momentos muy felices en la calle hasta que Sofi pretendía tomarme de la mano y violentamente se la retiraba, para luego robarle besos y limpiar sus lágrimas diciéndole que me entendiera. No puedes entender a un animal furioso y confundido. Un animal que pretendía sentir amor mientras odiaba sentir ese amor. Un animal loco y demente que deseaba seguir viendo a un fantasma para solo odiar y no querer.

Solía tener sueños recurrentes, viendo a Rubén con Sofía besándose delante de mí para reírse mientras se alejaban. Luego le escribía a Sofi un mensaje preguntando: ¿Por qué lo hiciste? ¡Dime por qué! La mañana siguiente, muy temprano, ella venía con el desayuno y con muchas disculpas que dar. Estaba dispuesta a darme todo de sí, entregarse por completo por un poco más de cariño.

Me aproveché absolutamente de todo lo que me podía ofrecer: Presionando su cuello, imaginando que le quitaba el aliento, golpeando su rostro para luego llamarla perra y puta con la excusa de inventar métodos nuevos de placer. Me ofrecía el terreno perfecto para desahogar mi odio por el recuerdo constante; sin embargo, lo más lamentable fue que nada de eso me llenó. Pero seguimos juntos a pesar de eso, ninguno estaba dispuesto a separarse; es que, la esperanza puede hacerte permanecer en el peor lugar, creyendo en las mentiras de la ilusión.

La vista del sol casi siempre es perfecta cerca del mar. Los colores son más intensos y se puede disfrutar de una hermosa vista si te tomas el tiempo suficiente de gozar todo el atardecer.

– Quiero que me tomes una foto –me pidió Sofi.

En serio, no entiendo por qué las mujeres piden lo mismo –dije

mientras me ponía de pie y quitaba algo de arena de mis pantaloncillos.

– Es porque ustedes son más prehistóricos –dijo y rió–. Cada vez que te enojas parece que dijeras: UGA UGA –me dijo imitando los movimientos de un simio.

– Te arrepentirás de haber dicho eso –le anoté y corrí a tomarla de la cintura y llevarla hacia el mar.

La cargué entre gritos y la lancé al agua. Empapada, despeinada y enojada por haber arruinado su cabello, cogió una piedra de la playa e intentó lanzármela; pero se limitó a hacer un puchero que aproveché para acercarme, tomarle de la mano y besarla. En un delicioso beso salado, con sabor a caracol, tendidos, cubiertos de arena.

– Te has puesto a pensar en que no somos los mismos de ayer –resultó diciendo Sofi.

– ¿A qué te refieres? –le insinué.

– Leí en una revista en la que decía que a lo largo del tiempo nuestras células se renuevan, y luego de muchos años somos, prácticamente, nuevos –me explicó y quedó en silencio un momento–. Además leí que los átomos de los que estamos constituidos también estuvieron en esta arena que sentimos o en las estrellas que miramos. Así que, en cierto modo, fuimos hasta meteoros y no somos los mismos que ayer o más aun, los de hace muchos años.

– Entonces… un día fuiste yo y yo fui tú y los dos fuimos al mismo tiempo uno y nada y estuvimos cerca y muy lejos, eso suena muy loco ¿Sabes? –le dije y reí.

– Algo así –me dijo y volvió a quedar en silencio–. A veces nuestros pensamientos son como esos castillos de arena de adelante. El mar los arrastra y los destruye, pero también somos como esos niños, intentando

levantar el castillo, una y otra vez, en el mismo lugar y de la misma forma. ¿Acaso no aprenden? –afirmó con un tono filosófico.

Quedé observándola y luego miré a mi alrededor. Había mucha verdad en sus palabras. Todo naturalmente cambia y se transforma, pero solemos aferrarnos. Igual que yo me aferraba a un mal recuerdo.

– ¿Te diste cuenta de que por primera vez me sujetaste de la mano? –continuó.

– No lo había notado. Nos llevamos muy bien, ¿verdad? –le mentí.

– Sí –dijo y miró al cielo–. Siento mucho lo que pasó y deseo de corazón que un día me perdones –agregó sin mirarme, pero lloró hasta cerrar los ojos.

Me acomodé a su espalda mientras pensaba en lo que realmente significa el perdón.

– Aún me duele la última cachetada que me diste –me hizo recordar y volteó para mirarme–. Sé que puede ser excitante cuando jugamos en la cama, pero…, a veces, eres muy brusco.

– No pensé que te doliera “maldito hipócrita”. Voy a tener más cuidado la próxima vez.

– Está bien… yo te considero un buen chico; por eso te quiero tanto –me dijo.

– ¿Crees que soy bueno? –le repliqué, pues, me sorprendió esa afirmación.

– Claro que sí, ningún otro hombre podría haberme dejado entrar en su vida, sabiendo lo que hice –me aseguró.

– ¿Qué fue lo que hiciste? –quería escucharla nuevamente de su boca.

– Odio tener que repetirlo… lo de dejarte. Lo de acostarme con un hombre –dijo.

– Yo solo quiero… –iba a explicarle.

– Estoy cansada ¿Sabes? –me interrumpió–. Este maldito mundo solo hace que me sienta la peor basura del mundo. En la universidad me miran mal. Dicen que soy la golfa que fue un acostón más de Rubén. Todos sabían que haría eso conmigo, sabían que me iba a dejar, ya ha pasado con otras chicas antes y yo lo permití. Ahora soy la burla y la puta de la gente y… –se calmó– aunque tú apenas dejes que te tome de la mano solo cuando estamos en la cama, siento que eres la única persona que ha mostrado algo de compasión.

– Quisiera poder entender mejor las cosas –miré el cielo–, me duele mucho recordarlo.

– Lo sé. Yo siento mucha vergüenza de mirarte a los ojos, pero, también quiero que entiendas que a mí me utilizaron –reafirmó.

– Tu permitiste que te utilizara –le dije mirándola.

Sus ojos furiosos arremetieron contra los míos.

– Entonces tú también permitiste estar conmigo sabiendo que nunca dije que te amaba –me dijo.

Sentí un aguijón en el pecho. Muy dentro de mí sabía que tenía razón.

– La única diferencia es que yo fui muy bueno y paciente contigo. Te traté como la mejor mujer del mundo.

– ¿Tú crees que Rubén no lo hizo? El me hizo promesas que me hicieron soñar –me trató de aclarar.

– ¡Yo, realmente, fui bueno contigo! –grité.

Su expresión cambió de asombro a sosiego, para luego mirar al suelo por un segundo, como si pensara algo. Luego me miró y respondió:

– El problema de las personas es que piensan que ser buenos basta. Que el acto de bondad amerita premios. ¡No!, las cosas no son así. Un bueno idiota solo sufre en este mundo –me recordó.

– ¿Pretendes decir que nunca debí darte el cariño que sentí, o que soy un idiota más de los que hablas?

– Solo pretendo defenderme. Tú sabías que no estaba enamorada de ti. No soy la puta que todo el mundo pretende decir que soy. Tuve todo el derecho de acostarme con Rubén. Pude haberle dado mi virginidad a quien me plazca –hizo un gesto de comillas con los dedos–. Quiero que por un momento entiendas que también lloré y sigo llorando cada noche.

– Si tú tan solo…

– ¡Déjame terminar! –gritó–. ¡Discúlpame por dejarte!, discúlpame por no darme cuenta antes de lo bueno que fuiste, y discúlpame por no haberte dado todo a ti. ¡Discúlpame por seguir intentando estar contigo y ser tan obstinada!

Me abrazó. Comenzó a llorar sin consuelo alguno. Sostenía su rostro contra mi pecho. Intenté prestar atención al brillo de las olas. Una gaviota cayó de picada en el intento de atrapar un pescado, mientras otra más al fondo caía bruscamente al agua para morir. Sus lágrimas caían ferozmente, empapando mi ropa. Tenía mucho que asimilar. Por un momento la ira acumulada desaparecía, dando paso a una comprensión que no lograba entender. Acaricié su rostro intentando limpiar algunas lágrimas.

– Con el tiempo nos entenderemos mejor, todo estará bien. Siempre todo está bien para quien lo desea –le dije y le di un beso en la frente.

– Soy muy llorona. No me gusta eso –me dijo tratando de calmarse.

– A veces quisiera poder llorar como lo haces tú –la consolé.

– No lo creo –respondió mientras trataba de limpiarse la nariz.

Mi menté viajó a los ocho años de edad. Un pequeño niño, compartiendo el cuarto con su hermano, escribiendo en una pequeña hoja: ¡Prohibido llorar! Así nunca más taparía mi boca para evitar que escuchen mi llanto debajo de las mantas, o, tal vez, para dejar de ser un niño que le duele el estómago, tratando de quitarle el tiempo a su padre por un poco de atención y consuelo. Tan solo era un niño, un niño que lloraba porque tenía que hacerlo y su naturaleza era esa. Un niño que solo se arrebató uno de los mejores placeres de la vida: desahogo. Hubiera deseado poder llorar como un niño, sin tratar de apretar mis ojos para que ninguna gota se escapase, para poder liberarme de mi doloroso sentimiento incomprensible pero existente.

– Es la verdad –le dije besé su mejilla–. Llora tú por los dos. Sé mi corazón, aun cuando parezca que no lo tenga.

El dolor es necesario y la felicidad un derecho. Nadie debería sentir ni expresar sentimientos por alguien más; aunque a veces sean necesarios. También es necesario llorar sin botar una sola lágrima.

XXIV

Ahora pretendía crear más sombras que me acompañaran en mis pensamientos. Una criatura de vestido floreado podría bastar, pero qué tal si me viera a mí mismo en el espejo, recriminándome. ¡Sí!, eso sería fabuloso. No hay peor demonio que uno mismo; solo yo conozco mis temores y mis más viles deseos; no puedo mentirme porque yo lo sabría. “Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares…” ¿Ángeles? Menuda tontería. Solo quiero poder dormir nuevamente. Las oraciones jamás han ayudado en nada.

Las semanas siguientes a la playa tuve que intentar hacer muchas cosas. Comencé a abrazarla luego de tener sexo, fingiendo que en mi mente no pensaba en Rubén, e imaginando si eyaculó en alguna parte de su cuerpo que yo besaba. En mi locura, veía manchas de color blanco en su piel que iban tornándose violeta. Sacudía la cabeza y cerraba los ojos por varios minutos para desaparecer esa fantasía. Luego intenté "entender". ¿Por qué tendría que entender? ¿Qué debía comprender de todo esto? Ella merecía todo mi resentimiento. Pero ella también sufría, ella lloraba, pero quizás sea una mentira; aunque ella no me mintió realmente. No sabía qué hacer.

La respuesta llegó simple, como el aleteo de una mariposa en una conversación con Priscilla sobre mi angustiosa necesidad de una respuesta.

– Ahora dime ¿qué debo hacer?

– Simple, ni siquiera entiendo por qué tienes un embrollo en tu cabeza –dijo mientras tomaba un sorbo de café.

– ¿Podrías facilitarme la respuesta? –quedé inmóvil, dispuesto a escuchar.

– Intentarlo. Es obvio que sientes algo por Sofi. Son tus propios recuerdos los que te alejan de disfrutar los momentos que, hasta donde veo, solos los arruinas con tus malos comentarios. Si tanto la odias como afirmas, las dejarías y listo, no estarías en tu absurdo juego de incertidumbre. Pero prefieres tenerla a tu lado, haciéndola recordar una y otra vez su error, y confundiéndola con un vago cariño en donde ella busca algo de esperanza, amor y mitigar su culpa.

– ¿Mitigar?

– Sí, ella regresó porque se siente culpable. Y si tú la perdonas realmente, poco la dañará lo que digan sobre ella. Se sentirá reconfortada. Aunque…

– ¿Aunque qué?

– … Que no sé porque tendrías que perdonarla, porque de ti no depende eso. Tú solo estás enojado por algo que has creado en tu cabeza. Déjala tranquila. Si vas a querer estar bien con ella, dícelo de una vez; sino deja que siga su vida sin ti y sin estar obligándola a perder su tiempo en disculpas interminables.

Las palabras de Priscilla crearon un bucle infinito de imágenes, remembranzas y sentimientos. Recordé el titular de un periódico: “El hombre que ama no hace sufrir”. Tenía mucho sentido, pero quizás… no. Puedo mejorar aún esa frase: “La persona que ama no hace sufrir; pero, quien se ama a sí mismo no permite que le hagan daño.” Por momentos comprendía ese sentimiento de victimización que todos poseemos, en el que estamos atorados, culpando al mundo de las consecuencias que nuestros propios actos ocasionan. Estamos ahí llorando, rogando por un mundo mejor, por un poco de felicidad. Estamos estáticos en la ducha, pensando y recordando, generando odio tras odio, y con un poco de tino podremos hacer lo más inteligente del día, nos culparnos a nosotros mismos para luego decir: “Yo merezco que el mundo me dé lo mejor”, cierto, así seamos la peor escoria del planeta, siempre pediremos lo mejor y siempre será otro el responsable de convertirnos en lo que somos.

– ¿Sabes cómo son los pistachos? –pregunté.

– ¡Ammm! Sí, saben un poco a maní.

– Me encantan los pistachos –saqué uno del bolsillo y comencé a juguetear con él en la mano–, porque puedo guardar su cáscara, sin que esta parezca basura; sino más bien un hermoso recuerdo de la naturaleza.

– Entiendo, pero ¿qué tiene que ver eso con nuestra conversación?

– Porque podría ver la vida como un pistacho –lo que es basura–,

puede ser un gran recuerdo, –me levanté de la silla, me acerqué a Priscilla y le di un gran beso en la frente–. Gracias por todo, debo hacer algo –dije.

Caminé rápidamente en dirección de la salida; les sonreí a unos niños que peleaban por un trozo de galleta. “Cuando comer una galleta era un gran problema.” Seguí avanzando por la calle. Cogí mi celular y le escribí a Sofi: *Te veo en media hora en el parque De los Jazmines, te espero*. Sentado en una banca, con la mejor decisión que había tomado. Nervioso e impaciente. Más tarde sabía que me iba a sentir confundido por todo lo ocurrido, pero tenía que obedecer a mis instintos. Sofía apareció con un hermoso vestido rojo, los labios rosas y las mejillas rojizas. Se sentó a mi lado y habló con mucha calma:

– Te escucho.

– He decidido lo que deseo –le dije.

Ella agachó la cabeza.

– Sabes que tenemos un pasado triste que me ha llevado a tener mucha ira, y a ti, a llorar en demasía.

De ninguna manera debería juzgar el pasado y los actos de una persona. ¿Quién entraría a defender con justicia el dolor de Paola y calmar los ojos de rencor que tiene hacia mí cada vez que nos encontramos en la calle?

– Quizás sepa lo que quieres decir… Yo entenderé –dijo.

– Los recuerdos son asesinos, son parásitos que se alimentan de tus esperanzas y de la felicidad.

– Siempre me lo has dicho. Siempre has dicho que te mata el recuerdo y al verme recuerdas todo. Siempre lo mencionas, Jean.

¿Acaso Samanta me trataría nuevamente con dulzura si yo tocara su puerta y le dijera que no solo era un cuerpo con el que deseaba satisfacer mi

lujuria?

– Sé que debo decirte de una vez esto y lo diré. Para bien o para mal –le dije acercándome más a ella.

– Quieres romper conmigo, supongo… –dijo y sus ojos se cristalizaron–. Tampoco somos algo, no hay nada que romper.

¿Quién me devolverá el tiempo perdido en cada hora que pasé enojado? Tampoco pretendo escuchar a quien me diga que cada experiencia es una oportunidad para vivir, estoy cansado de escuchar eso y peor cuando deseo llorar y no me permito hacerlo.

– Yo no entiendo la vida, soy aún muy estúpido para entenderla. No entiendo por qué los humanos actuamos como actuamos, cómo funcionan los sentimientos, y, peor aún, lo que significa realmente el amor.

– No digas eso de ti –me pidió y me acarició el rostro.

– Quiero… Quiero… estar contigo. Quiero que seas mi pareja, mi compañera. Y sé que debo ser realista, no sé realmente si durará mucho o si realmente funcionará. No lo sé. Pero si al final soy un animal con algo de consciencia, actuaré según mis primeros instintos, los cuales me dicen que te quiera –le dije decididamente.

Sofía hecho a llorar. Lloró tan fuerte que más parecía una niña a quien su madre la había olvidado en el mercado.

– ¡Lo siento! ¡Lo siento! –gritó mientras yo intentaba calmarla.

– Calma. Todo siempre estará bien, si realmente se desea.

– Ahora, ¿sabes decir frases de auto ayuda? –me preguntó, rió y se calmó un poco.

No sabía si todo estaría bien. Lejos de los libros y las películas, no he escuchado historias de amores eternos. No podía prometer nada y no lo haría.

– Deseo que me hagas el amor –pronunció Sofi y emepezó a besarme el cuello.

– Pensé que estabas triste –le objeté.

– Estaba. Tú lo has dicho, ahora estoy deseosa. Cómo no estarlo, si me has hecho realmente feliz –me aseguró.

La sostuve de la mano y corrimos a tomar un taxi, directo a mi casa. Subimos al auto, se recostó entre mis piernas a descansar y, en cortos lapsos, me daba leves caricias en mi entrepierna. Yo le sonreía y miraba por el espejo para vigilar si el conductor nos podía observar y, de pronto…, vi mi reflejo moverse, mis labios comenzaron a crear una frase que resonó en mi cabeza: "¿Piensas que ahora en verdad eres libre?"

– ¡Cálmate! –fue un grito susurrante.

– ¿Todo está bien? –Sofía se reclinó para observarme.

– ¿Alguna vez has sentido que estás loco? –le pregunté.

– Todo el tiempo. Sobre todo, cuando canto a solas en casa –me dijo.

– Me refiero a una locura real, a la de escuchar voces y ver figuras inexistentes –le aclaré.

– ¡Uhmm! –puso su dedo índice en la quijada. Quizás un par de veces creí haber escuchado mi nombre. Luego, nunca más. ¿Por qué lo preguntas? –me averiguó.

Siempre fue una batalla conmigo mismo, siempre lo ha sido y tenía miedo que cuando decidía ponerle fin a todo, no tenga el poder suficiente de manejarlo.

– Hace unos meses, escuchaba pasos como los tuyos en la escalera. El sonido se acercaba a la puerta y sin pasar nada, la presencia desaparecía –al escucharme, Sofi fingió toser.

– Nunca he abierto la puerta, pero juraría que alguien estaba ahí –afirmé.

– Era yo –me dijo y volvió a toser.

– ¿Qué?

– Que era yo. Fueron muchas veces que intenté golpear la puerta y poder hablarte. Nunca pude hacerlo. Cuando sostenía el picaporte, me quedaba estática, quizás esperando que me descubras por accidente y como nunca lo hiciste...

– ¡Eras tú! –grité.

– Sí, no te enojes.

– No estoy molesto, solo sorprendido. Es algo consolador saberlo.

– Necesitaba saber de ti, decir lo mucho que lo sentía. Extrañaba recostarme en tu mueble con tus caricias y tus cuidados –terminó.

Antes de que pudiera responder, el taxi había llegado a su destino. Bajamos tranquilamente. Cruzamos la reja, subimos los cinco pisos y sin pensarlo, había ingresado a mi cuarto. Comenzó a besarme, a pegar fuertemente sus partes con las mías, mientras movíamos las caderas. Le retiré el vestido para disfrutar la combinación de su ropa interior con su redondo busto y sus suaves piernas; luego, le di la vuelta y la presioné fuertemente contra la pared para poder acariciarla desde atrás, tocando su vulva y presionando su pecho. La lancé a la cama, nos desvestimos y tal como una escena de película nocturna, nuestros cuerpos se movieron, calentaron y empaparon. Sentí algo de libertad. Por un mísero instante lo sentí.

– Aquel hombre te dio la mano –una voz masculina.

– Solo regresé a ti para mitigar mi culpa –una voz femenina.

– ¡Cállate! –grité alejando el cuerpo de Sofía.

– ¿Qué sucede? –preguntó mientras cubría su pecho con la sábana.

– Nada –le contesté.

– Deja de engañarte y aléjate de ella –dije.

– ¡Sí! Aléjate de mí –me ordenó.

– ¡No quiero!

– ¿Qué no quieres, amor? –me dijo y tomó mi rostro–. Dime qué pasa.

– Dile que, Jean, Dile que, si pudieras llorar, sería su culpa –ambas voces sonaron al mismo tiempo–. Dile que nos ves. Dile que te acostaste con otras mujeres mientras pensabas en ella, dile.

– Jean, me asustas –Sofía no entendía nada y comenzaba a asustarse.

Me cogí la cabeza, no quería mirar, pero lo hice. El maldito vestido floreado ondeaba cerca de la cama y muy cerca de ella, un "Yo" pálido y deforme. Ambos me hablaban. No quería escuchar, quería olvidar, quería estar bien. "¡Maldita sea! ¡Maldita sea!", grité histéricamente. Perdía el control total de mí y Sofi intentaba apaciguarme; pero veía el vestido, veía mi enfermizo reflejo vivo, veía sus ojos hermosos, la veía bailando; la vi danzando, la vi desnuda y la vi dejándome. Sentí nuevamente la ironía del pasado cayendo sobre mí. Y, sin pensarlo más, mi mano cogió una fuerza involuntaria; se empuño, agitó el aire y provocó un silbido imperceptible, y, luego, se originó el estruendo de un golpe… Cuando pude calmarme un poco, vi su rostro. Sofía tapaba sus mejillas con ambas manos. Sabía lo que había ocurrido, lo que había hecho. Quise acercarme, pero la vergüenza invadió mi ser. Apenas podía mantener mis ojos frente a los suyos.

– ¡Soy un maldito desgraciado! –grité–. ¡Debes alejarte de mí! –pronuncié.

Sofi se levantó, caminó hacia el closet, sacó un polo y se lo colocó. En

seguida se dirigió al baño, se recogió el cabello y regresó nuevamente a mi lado.

– No podría alejarme, aunque quisiera –me dijo y se recostó en mi hombro.

– No entiendo lo que me sucede. Yo no soy así –le conté.

– No lo pienses tanto. Yo estaré a tu lado. Eres un buen chico –me reiteró.

– No lo soy. Acabo de golpearte –le regañé.

– Para mí lo eres. Me dejaste ingresar de nuevo a tu vida y no pienso irme nuevamente.

– ¿Y si vuelvo a lastimarte?

– No lo harás, no lo volverás a hacer. No te dejaré que lo hagas. Todo estará bien.

Me recosté en su pecho y comencé a llorar. Imaginé su rostro maternal mientras acariciaba mi cabello. Mi cuerpo aún desnudo solo intentaba acurrucarse y conseguir más consuelo. Lágrimas de tantos años corrieron sin cesar. Sofi sonreía y repetía: ya pasó, yo estoy aquí. Tiernamente me llevó dentro de las sábanas para darme besos pequeños en la frente. Lloré por 20 minutos y sentí un consuelo profundo y duradero.

“No soy prisionero de nadie, ella no es mi prisionera, pensé.” Todo terminó muy rápido. Sofi seguía sonriente.

– ¿Ves? Todo está bien.

No podía articular alguna palabra, pero sentí, de alguna manera, que esa noche la amé aún más. Todo comenzó a oscurecer y un silencio duradero acabó dominando la habitación.

– Sofi, ¿le tienes miedo a algo?

– A la soledad –me contestó y se acomodó entre las sábanas.

– ¿Tú le temes a algo? –me preguntó.

– Sí, aunque no lo puedo recordar o es muy complicado decírtelo –bostecé.

Escuché cambiar el ritmo de su respiración y la temperatura comenzó a bajar.

– Siento que le temo a la naturaleza humana –agregué–, a esa naturaleza que se aburre del mismo amor y de la misma carne. De la que no se reconforta con un bello atardecer sino con el llanto. Temo volverme en un hombre que no sepa distinguir la realidad y dejarme llevar por la imaginación y olvide lo que realmente desea mi corazón. Temo lastimarte aún más, algún día –dije y me alcé un poco para poder besar su frente.

Sofi se quedó completamente dormida.

– Yo si te escuché –volvió a sonar en mi cabeza.

No presté atención. Tan solo quería dormir. Soñar que me abrazan, soñar que nunca nada ocurrió, que soy un niño que juega a la pelota, lejos del amor, de la lujuria y del rencor. ¡Sí!, tan solo quiero dormir sin poder despertar.